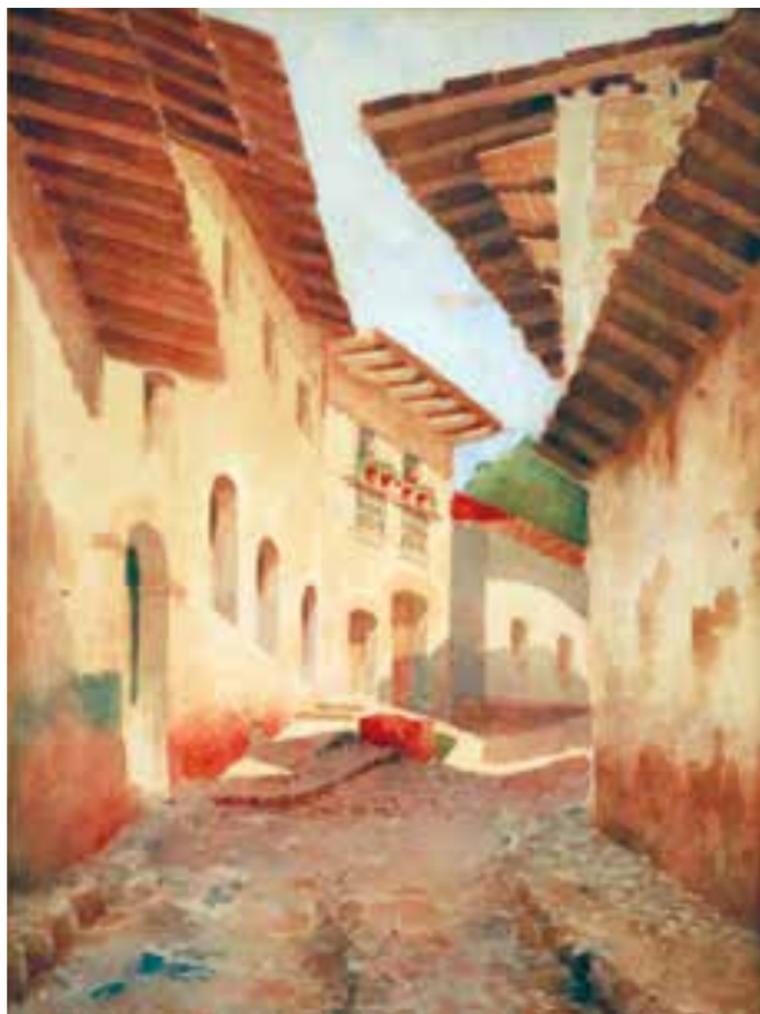


soy
Joaquín
Arcadio Pagaza

Yo, de natura admirador ferviente¹



Callejón de la Cruz, en el centro del Valle de Bravo. Acuarela de Enrique Beraud, *ca.* 1965.

IGNACIO PICHARDO PAGAZA

soy
Joaquín
Arcadio Pagaza

Yo, de natura admirador ferviente

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio
Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

Soy Joaquín Arcadio Pagaza. Yo, de natura admirador ferviente

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado
de México / El Colegio Mexiquense, A. C., 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México

Palacio del Poder Ejecutivo

Lerdo poniente núm. 300,

colonia Centro, C. P. 50000,

Toluca de Lerdo, Estado de México.

© José Ignacio Diego Pichardo Pagaza

ISBN (GEM): 978-607-495-654-2

ISBN (CMQ): 978-607-8509-36-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/64/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, y El Colegio Mexiquense, A. C.

- 920 Pichardo Pagaza, Ignacio
P592 Soy Joaquín Arcadio Pagaza. Yo, de natura admirador ferviente / Ignacio Pichardo Pagaza — — Zinacantepec, Estado de México: El Colegio Mexiquense, A. C.: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018.
XIII, 328 pp.
Incluye referencias bibliográficas.
ISBN (CMQ): 978-607-8509-36-2
1. Pagaza y Ordoñez, Joaquín Arcadio – 1839-1918 – Autobiografía. 2. Pagaza y Ordoñez, Joaquín Arcadio – Ob. de Veracruz – 1895 – 1918. 3. Pagaza y Ordoñez, Joaquín Arcadio – Vida y obra. 4. Valle de Bravo, México (Estado) - Historia 1939 - 1895. I. t.



El Colegio Mexiquense, A. C.

Dr. Víctor Humberto Benítez Treviño
Presidente

Dr. José Antonio Álvarez Lobato
Secretario General

Dr. Miguel Ángel Ruz Barrio
Coordinador de Investigación

D. R. © El Colegio Mexiquense, A. C.
Exhacienda Santa Cruz de los Patos s/n,
colonia Cerro del Murciélago, C. P. 51350,
Zinacantepec, Estado de México.
Correo electrónico: ventas@cmq.edu.mx
www.cmq.edu.mx

PRÓLOGO

El eminente poeta clásico Joaquín Arcadio Pagaza nació en Valle de Bravo, Estado de México, el 6 de enero de 1839 y murió en Jalapa el 11 de septiembre de 1918; lo anterior significa que el 11 de septiembre de 2018 se habrán cumplido 100 años de la muerte de tan ilustre literato. La obra de Joaquín Arcadio Pagaza constituye una significativa aportación a la literatura nacional; no obstante, ha caído en un relativo olvido aun en su tierra natal. En Valle de Bravo existen varias instituciones y sitios que llevan su nombre: la avenida principal de la población así se denomina; una plazoleta urbana; la principal escuela de educación primaria y media; la casa de la cultura y el museo. Los nuevos habitantes de la ciudad, que ha multiplicado su población en los últimos decenios, difícilmente pueden identificar quién fue el personaje, cuáles sus méritos y por qué las instituciones llevan su nombre.

Una de las motivaciones para escribir esta biografía es dar a conocer los principales acontecimientos y efemérides de la vida del humanista; señalar las obras que dejó escritas y las circunstancias en que fueron publicadas.

Es una biografía escrita en primera persona para facilitar su lectura, en lenguaje sencillo, ajeno a los latinismos y giros de un español en desuso, pero de carácter poético, como se aprecia en las hermosas composiciones del literato biografiado.

Los pobladores nuevos de alta capacidad económica han construido numerosas residencias campestres en las regiones aledañas al centro histórico de la ciudad. Mas ignoran por lo general datos de la existencia del Obispo Pagaza. Sin duda, entre ellos algunos ostentan una buena formación cultural; de ningún modo ignoran la personalidad de Joaquín Arcadio Pagaza.

Con el deseo de que la fecha conmemorativa del centenario no transcurriera desapercibida para los vecinos de Valle de Bravo ni para los amantes de la poesía en el Estado de México, tomé la decisión de escribir la biografía que el lector tiene en sus manos.

Mi tarea se facilitó, relativamente, por el hecho de que en los años de mi niñez y primera juventud oía hablar a mis familiares sobre este ilustre personaje. En Valle de Bravo, en Toluca y aun en la ciudad de México mi señora madre, Carmen Pagaza Varela, y su hermana menor, Ángela, originarias del Valle de Bravo, procuraban que las acompañara a las visitas con parientes y paisanos que habían conocido, cercanamente, al Obispo Pagaza. Más tarde, joven maduro, con frecuencia acudí a saludar a aquellas familias vallesanas. Era usual que en un momento la conversación girara en torno al Padre Pagaza, como cariñosamente llamaban al Obispo Joaquín Arcadio. Narraban su presencia principesca, su trato gentil con los vecinos de la ciudad; sus frecuentes visitas a la tierra natal y su no menos asidua asistencia a la Hacienda de La Labor en Oztoloapan y a la llamada La Huerta en Ixtapan del Oro.

Mi curiosidad por la persona del Obispo se acrecentaba; casi sin darme cuenta empecé a coleccionar sus obras y escritos. De esta manera, al paso de los años se formó una pequeña biblioteca con obras de y sobre Joaquín Arcadio.

Al conocerse la circunstancia de que había iniciado la formación de una colección de libros sobre él, mis amigos y parientes me hicieron llegar obras relacionadas con su persona. De siete libros que el poeta publicó a lo largo de su vida, pude conseguir los originales de seis de ellos.

Quiero mencionar aquí los nombres de algunos de mis parientes, todos de apellido Pagaza, con quienes tuve ocasión de charlar en no pocas ocasiones. En primer lugar mi madre y mi tía ya mencionadas, en segundo término algunas sobrinas cercanas al Obispo cuyos nombres de pila eran Amalia, Margarita y Josefina, y sus sobrinos Othón, Alfonso, Agustín, Rafael, Joaquín y Julián, entre otros. Dos familias vallesanas, algunos de cuyos miembros fueron amigos nuestros, tuvieron mucha cercanía con el Obispo; entre ellas las familias Maduro y Rebollar. Mi abuela María Luisa Varela Gómez y la Srita. Ernestina Maduro participaban —una como pianista, otra declamadora— en las veladas literario-musicales que se ofrecían al Obispo en las frecuentes visitas a su pueblo natal.

El eminente paisajista mexicano José María Velasco se distingue por su fidelidad a los rasgos

del paisaje, particularmente el detallado primer plano de sus bellísimos cuadros, por lo que justamente se le ha calificado como experto botánico. Con Joaquín Arcadio Pagaza ocurre otro tanto. Sus descripciones sobre montañas, bosques, ríos, vegetación acuática, flores, pájaros, variedades de árboles, frutos y otros elementos de la naturaleza, hacen de su trabajo una apología de lo que hoy denominamos “ecosistemas del medio ambiente”. La circunstancia mencionada resulta asombrosa, tomando en cuenta que la preocupación generalizada por la naturaleza y su preservación surgió en el mundo 50 años después de la muerte del poeta. Un gran deterioro ha sufrido el entorno natural al que Pagaza cantó de manera dulce, delicada y a veces dramática, en sus numerosas poesías originales. La inigualable región boscosa del Nevado de Toluca, las montañas que rodean a Tenango y el embeleso que le causan los múltiples ríos, arroyos, cañadas, barrancas, fuentes, flores y frutos de su nativo Valle de Bravo y regiones circundantes, ha sido inicua-mente abusada por quienes vivimos en aquellos sitios. Igualmente por personas que han hecho de esa ciudad y sus alrededores una región para

emprender negocios inmobiliarios como conjuntos habitacionales de lujo, tipo “campestre”, para lucrar con el paisaje. Hemos destruido una gran parte de la belleza que conoció y en la que se inspiró Pagaza para su obra poética; si no ha desaparecido del todo el lujuriente atractivo de la región es gracias a que algunas organizaciones y personas valerosas, amantes de la naturaleza, se han empeñado, durante lustros, en proteger lo que resta de aquella inigualada herencia.

La personalidad, talento y rasgos anímicos del Obispo Pagaza fueron intrínsecamente complejos y tal vez, en cierta medida, contradictorios. Por un lado su poderosa personalidad manifiesta en un aspecto adusto, imperativo y lejano pero aunado a un trato más que amable cuando se rompía la barrera de protección mediante la que se aseguraba. Algunos autores conocedores de su obra poética no dudan en hablar de la ternura en el carácter pagaciano. Así la menciona Alberto María Carreño, su discípulo. Es menester leer, entre muchos otros, dos sonetos intitulados: “A una florecilla” y “A una tórtola” para darse cuenta de la delicada sensibilidad de ese fino espíritu.

Por otro lado, Ignacio Montes de Oca en su famoso discurso en la Iglesia de La Profesa, durante la Consagración obispal de Monseñor Pagaza, su compañero y amigo, se refiere *in extenso* a la humildad, la timidez y la introversión de su colega Pagaza en los años pasados juntos en el Seminario.

Tenaz y obstinado, Pagaza era capaz de temerarias hazañas de las que siempre salió triunfante. Pienso que la biografía da muestra nítidamente de ese otro rasgo pagaciano.

Finalmente, la perenne nostalgia que abrumaba a aquel sabio humanista provinciano. Él mismo alude ampliamente en su obra poética a la tristeza profunda que de cuando en cuando invadía su ánimo.

En lo personal, me parece que el rasgo dominante, que prevaleció hasta el final de sus días como característica de su trabajo y de su manera de ser, fue su manifiesto amor a la naturaleza.

Entre las materias pendientes, ausencias y oquedades que seguramente se manifiestan en el texto que el lector tiene en sus manos, hay algunas que se deben señalar y tratar de explicar. La más importante: la falta de referencias

históricas coincidentes con el transcurso de vida de Joaquín Arcadio Pagaza. Más notoria resulta aún esa omisión, pues durante ese periodo, de 1839 a 1918, ocurrieron acontecimientos de una magnitud que se podría calificar como telúrica; dejaron huella profunda en la nación mexicana hasta nuestros días. Mencionamos algunos ejemplos sobresalientes: la injusta guerra norteamericana contra México, que nos arrebató la mitad del territorio de nuestro país, dio origen a uno de los periodos más desalentadores en la vida de la naciente república. El tránsito de un gobierno central con la convocatoria a una constitución federal definitiva, en el decenio de 1850-1860. En esa misma década la convulsión representada por la guerra de tres años, Guerra de Reforma; la expedición y aplicación de las Leyes de Reforma, entre ellas la de desamortización de bienes en manos muertas, léase en manos de la Iglesia católica y de las comunidades. A principios de la década de 1860-1870, la formación de una comisión de mexicanos conservadores que, derrotados por las armas, intentaron en el terreno político una revancha, a la postre fallida: disminuir los

triumfantes programas liberales, invitando a un príncipe extranjero a que viniera a gobernar la república. Los intereses de Napoleón III, que trataba de contener la expansión norteamericana, coincidieron con las peregrinas ideas de los conservadores mexicanos; lograron convencer al archiduque Maximiliano de Austria para que, transformado en emperador de los mexicanos, intentara conducir a México por el camino de una monarquía hereditaria.

Fusilado Maximiliano y restaurada la república, el Benemérito Don Benito Juárez se dedicó a reconstruir un país destrozado. Llegó el gobierno del General Díaz. Su largo periodo al mando del Ejecutivo, sus contradicciones, sus claroscuros en relación con el desarrollo económico y político del país, su prolongada dictadura final, dieron origen al fenómeno social más importante de México en el siglo xx: la Revolución Mexicana. La primera fase de ese movimiento, la militar, se prolongó hasta el final de la segunda década del siglo anterior.

Tales notorias ausencias en el presente texto no tienen origen en descuidos de la investigación; se desprenden de una actitud muy clara,

primero, del seminarista Pagaza, después del cura párroco, Padre Pagaza, más tarde Monseñor y, finalmente, cuarto Obispo de Veracruz, Joaquín Arcadio. Su formación filosófica y religiosa le hizo adoptar una peculiar visión del mundo; por una parte el entorno económico, social y político del país, es decir, el mundo del siglo. Por la otra, un mundo en el que reinaban la religión, el estudio y la naturaleza. Era un ambiente envolvente para Pagaza, como para algunos miembros del clero mexicano: dos esferas que no se hablaban ni tenían contacto entre sí. Este fenómeno se fue acentuando con la separación jurídica de la Iglesia y el Estado, con la formación de un Estado laico. La lectura detallada de sus epístolas intercambiadas con numerosos amigos; sus cartas pastorales a los feligreses de su parroquia o diócesis; las conversaciones con sus familiares, no revelan una preocupación expresa por lo que ocurría en el mundo “real” a su alrededor o en el siglo; sí, en cambio, una admiración profunda por el ambiente natural, al que su destino lo había hecho llegar.

Sería inaceptable que este autor y admirador del Obispo veracruzano pensara que

Pagaza carecía de la formación o sensibilidad para no abrumarse con los abismos de pobreza, ignorancia e insalubridad en los que se hallaba sumida la masa de la población mexicana. No, jamás me atrevería a afirmarlo. Sólo digo que esas preocupaciones no se reflejan en su poética, en su epistolario con muchos destacados intelectuales y artistas de su tiempo; que lo que se conoce de su acción pastoral siempre estuvo estrechamente relacionada con la salvación eterna de la grey a la que le tocó servir.

Creo importante hacer la aclaración siguiente: el texto biográfico respetó la ortografía usual durante el siglo XIX y, en particular, la usada por el eximio poeta en la redacción de sus poesías.

Finalmente, hago notar que el proemio ubicado en las próximas páginas da inicio a la autobiografía del Padre Pagaza.

Aprovecho estas breves líneas para mostrar mi agradecimiento por la espléndida ayuda que a lo largo de mi vida he recibido por parte de mis familiares, amigos y paisanos que me han hecho conocer algunas anécdotas y episodios de la trayectoria del seminarista, luego cura

párroco y finalmente Obispo Joaquín Arcadio Pagaza. Sin embargo, no sólo he obtenido fotografías y documentación personal de quien cariñosamente fue llamado durante años “el Padre Pagaza”; también me han obsequiado volúmenes pertenecientes a las versiones originales publicadas por el atildado poeta. Sería un exceso referirme a cada uno de ellos en particular; lo hago de manera general.

Para la publicación de esta biografía de Pagaza he recibido consejo, orientación y bibliografía de diversas personas e instituciones: El Colegio Mexiquense, A. C., la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México; de las personas siguientes: Dr. Guillermo Fernández Orozco, Mons. Samuel Marín Suárez, Dr. Carlos Herrejón (del Colegio de Zamora, Michoacán), Dr. Humberto Benítez Treviño, presidente de El Colegio Mexiquense, A. C., Dr. José Antonio Álvarez Lobato, Ing. Ismael Ordóñez, Lic. René Santín Villavicencio y su experto cuerpo de editores, Dra. Mílada Bazant Sánchez, Dra. Gloria Guadarrama,

Ing. Héctor Arvizu, Lic. Venancio Conzuelo, Dr. Ricardo Campos, entre otros. Quiero reconocer al director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Dr. Marco Aurelio Cienfuegos Terrón, por su apoyo permanente; a las licenciadas Miriam Gabriela Almazán Bejarano y Lorena Colín Esquivel, asistentes de investigación, de revisión y de edición; de manera especial deseo mencionar la invaluable aportación del Dr. en Filología Sergio López Mena.

IGNACIO PICHARDO PAGAZA

Valle de Bravo, México

Campus Universitario, Cerro de Coatepec, UAEM, Toluca, México

PROEMIO

Cuando mis padres me dieron como nombres propios los de Joaquín Arcadio, seguramente no imaginaron que algún día haría honor cabal a los mismos. Para mi enorme satisfacción así ocurrió cuando fui invitado como miembro de la Academia de los Arcades de Roma.

La lectura de numerosos artículos, prólogos y aun libros sobre mi trabajo literario, escritos en los últimos 30 años, me hizo notar los escasos datos biográficos que existían, por el azar o por propia elección, disponibles a los lectores en general y a los críticos literarios, en particular. Decidí escribir una breve biografía sobre mi persona antes de morir, exenta de referencias a la crítica literaria y en lenguaje llano, con el objeto de facilitar a los seminaristas y jóvenes estudiosos algunos datos adicionales sobre mi vida.

A finales del año de 1917 y principios de 1918, antiguos padecimientos del sistema digestivo me tenían postrado con frecuencia. Esa circunstancia exigía una alimentación exenta de carnes rojas, salsas picantes y cualquier clase de especias y otros condimentos. En no pocas ocasiones, ingería una comida al día consistente en potajes y papillas. Perdía peso y gradualmente me debilitaba.

Comprendí que la voluntad del Altísimo era recogerme de este valle de lágrimas y dar por terminada mis tareas a Su servicio.

Los hechos, relatos y anécdotas que se incluyen en este texto están incorporados con toda buena fe. Fidedignos hasta donde mi memoria los recuerda con nitidez, porque la vista, que también se debilita como el resto de mi cuerpo, no me permite acudir a documentación alguna. Donde tuve duda sobre las circunstancias o las personas, preferí omitir la referencia correspondiente, para no faltar a la verdad o incomodar a mis familiares, amigos o superiores.

He pensado que ciertos documentos literarios o de interés general como es el caso presente, destinados, tal vez, a ocupar la atención de generaciones futuras, los debía poner en manos de alguno de mis parientes cercanos, que me han acompañado en los últimos años y que merecen mi confianza. Entre esos documentos se encontrarán intercambios epistolares que no han salido a la luz hasta la fecha: la biografía mínima cuya redacción he concluido, que es la que tiene el lector en sus manos; el manuscrito con la traducción de las obras de Virgilio que se perdió en la Revolución; otros documentos, cartas personales.² La dolorosa destrucción del segundo tomo de las obras completas de Virgilio la comenté con varios amigos cercanos para que se conozca el destino nefasto de aquella traducción.

Me considero un humanista prendado con pasión de la naturaleza. Dos poesías, incompletas, que presento enseguida, servirán como limitado ejemplo para subrayar esa intensa devoción. Dejé a la sabiduría de la diosa Fortuna elegir las que muestren mi devoción a Natura y a los pastores de la Arcadia, como la bella y sencilla pastora Filis.

ROMANCE

[...]

*¡Ah! Te aseguro, Liranio,
Que allá en las aulas austeras
No aprendí lo que Natura
En estos campos me enseña.
En cada fuente que brota
Y en cuyas ondas inquietas
Huyen, saltando en las guijas,
Sonoras, blandas y amenas;
En cada flor que á la aurora
Remeciéndose despliega
Sus pétalos, alardeando
De su fragancia y belleza,
Y que en sudario á la tarde
Sus propias galas se truecan
Y viene el aura gimiendo
De su tallo á deponerla;
En cada hierba que nace,*

*Y en cada fronda que rueda,
Liranio, encuentro motivos
De reflexiones muy serias³*

MENALCAS

*Nada, pastor, halágame en la tierra
Más que las rosas y pintadas flores;
Su garbo, sus matices, sus olores,
Admiro embebecido en huerto y sierra.*

*Y enójame la inicua y torpe guerra
Que el colibrí y abejas zumbadores
Hacen al nardo por robar traidores
El licor que en sus pétalos encierra.*

*Dime, te ruego: dónde, y por qué leyes
Nacen las flores y en sus tiernas hojas
Llevan grabado el nombre de los reyes.*

*Si adivinas, en vano te acongojas
Por el desdén de Filis: de mis greyes
Y Filis con tu ingenio me despojas.⁴*

En esta breve biografía, no puedo referir con propiedad, desgraciadamente, los sucesos que derivaron en la designación de un Obispo, Delegado Apostólico, que se encargó de gobernar la Diócesis de Veracruz durante

mis años finales como diocesano. Mi limpia y veraz defensa ante la curia romana, más los alegatos, de una y otra parte, han quedado reservados bajo el sigilo vaticano, para los próximos 50 años.

Estoy seguro de que el Señor Altísimo, en su infinita sabiduría, permitirá que se conozca, algún día, la realidad de aquellos hechos y razonamientos. Que Dios Nuestro Señor bendiga al amable lector de estas líneas.

JOAQUÍN ARCADIO PAGAZA,
Obispo de Veracruz; marzo de 1918



El Ilmo. Rvdo. cuarto Obispo de Veracruz. Colección particular de Ignacio Pichardo Pagaza, N. Romero, *ca.* 1895.

DEDICATORIA
ARCADIO

Tú, y sólo tú, de cristalina fuente
Donde tranquilo el cielo se refleja,
Lograste descifrar la blanda queja,
Fijo el mirar en la húmida corriente.

Tú, y sólo tú, de triscador ambiente
El lenguaje entendiste, y de la oveja
El balar, y el susurro de la abeja
Que huye bañada en polen reluciente.

Y sólo tú, del pródigo aldeano
El candor al narrar, de su ventura
Y amable paz revelas el arcano.

Y el eterno atractivo de Natura
Acrecieron, tu ingenio soberano,
Tu excelso numen y sin par dulzura.⁵

I



El Sr. Pagaza seminarista. Fotografía tomada de *Episodios eclesiásticos de México*, de Pedro Sánchez J., 1948.

EL NIÑO VALLESANO

A principios del año de 1838, en la Hacienda de La Labor, mi madre dió una buena noticia a mi padre: “Estoy embarazada”, dijo. La sólida religiosidad de mis progenitores hizo que adoptaran un gesto reverencial para dar gracias al Altísimo por semejante bendición. En esa hora y lugar tomaron la decisión de trasladarse al pueblo del Valle de Bravo a vivir.

De hecho, la decisión fué que mi madre viviera su embarazo en el Valle de Bravo y que mi padre viajara cada semana de Oztoloapan y La Labor hasta el Valle de Bravo. Con un buen caballo “abajero” la jornada de cinco leguas le significaba entre cuatro y cinco horas desde la hacienda. El decurso relativamente largo se explica por el ascenso desde las planicies de La Labor por un camino de herradura, sinuoso y pendiente hasta la cumbre de los monolitos; Las Peñas, como las conoce el pueblo. El monte es tan denso en este sitio que las fieras encuentran allí su hábitat natural. Los cazadores comarcanos

de cuando en vez bajan a Otzoloapan con sus trofeos: el venado para la mesa y las pieles del gato montés, del bello puma o león, como se suele llamar en la región, para adornar los salones.

Al llegar a la ranchería de El Pinar del Marquesado, inicia el semiplano que, luego de dejar atrás el caserío de Gallinas Blancas, convoca al largo descenso hasta el viejo puente del indómito río del Molino. A lo lejos asoma la vetusta torre del vallesano barrio indígena de Santa María Ahuacatlán. “Hemos llegado al Valle”, exclaman los caminantes.

Nací en la entonces Villa del Valle de Bravo el día 6 de enero de 1839.⁶ Mis padres fueron Julián Pagaza y la señora Doña Josefa Ordoñez.⁷ Mi señor padre era originario de esa misma villa y mi madre de Temascaltepec, cabecera del municipio de ese nombre. En aquella época la Villa del Valle dependía administrativamente de Temascaltepec. Situación entendible por la preeminencia alcanzada por Temascaltepec durante el periodo de la Colonia, debido a sus ricos yacimientos de oro y plata, sólo comparables con los de Sultepec y, posteriormente, con los de Zacualpan.

Ambas poblaciones eran diferentes geográfica y hasta demográficamente. Temascaltepec, la cabecera, desde hacía siglos era un asentamiento habitado por criollos y mestizos, dedicados con gran éxito a la minería. Asentada en el fondo de una estrecha y feraz cañada basáltica, por cuyo lecho discurre un caudaloso curso de agua cristalina llamado río de Temascaltepec. Carece en su entorno inmediato de tierras de cultivo o de pastoreo. Es necesario subir cinco leguas hacia la cima de la sierra o bajar otras 10 hacia Tierra Caliente para encontrar terrenos agrícolas o de pastoreo. En el año en que nació, su actividad metalúrgica no había desaparecido del todo. Los mineros locales arrebatában con duro esfuerzo las postrimeras riquezas argentíferas o auríferas a la entraña rocosa. Bellas casonas del poblado Real de Arriba, a una legua de la cabecera, lo atestiguan.

La Villa del Valle, en cambio, tenía una reducida población mestiza asentada sobre un fértil collado. En el medio de aquella pradera se erguía la pequeña iglesia parroquial. La construcción, como muchas iglesias y parroquias de la Nueva España, se realizó con la técnica

española: los muros de adobe; la techumbre soportada por vigas de encino o del abeto llamado *Abies religiosa* u oyamel; con el ábside en semicírculo y todo cubierto con pesadas tejas de barro recocido. Los contrafuertes, de piedra, dando apoyo sólido a los elevados muros y a los grandes ventanales semigóticos.

Junto a la parroquia, en el escaso terreno plano, se construyó, desde la época colonial, un bello jardín central que, además de su infaltable quiosco, se distingue por los elevadísimos fresnos que lo rodean, probablemente de una variedad europea, que dan sombra al paseo dominical que tanto gusta a los jóvenes.

A diferencia del terruño de mi madre, la Villa del Valle tiene al pie de la suave colina donde se asienta, una enorme extensión plana, un fértil valle de varios miles de hectáreas. Cruzado por numerosos ríos y arroyos, resguardado por altísimas serranías selváticas cubiertas de altos y oscuros pinos. El Plan, como le llamamos familiarmente los lugareños, es un granero de cereales de toda clase y en especial de trigo; en los potreros de los numerosos ranchos y haciendas principales, se crían los caballos de transporte

y de trabajo, los burros y mulas para la carga; y el abundante ganado mayor y menor en los establos. Aquellas haciendas que disponen de bosques, los explotan para obtener combustible, la aromática goma llamada trementina y el valioso aguarrás. De los bosques se obtiene, naturalmente, una diversidad de productos como madera para la construcción de viviendas y corrales, leña para el consumo doméstico, tejamanil para las techumbres, “cinta” para los cincolotes de los agricultores y campesinos, así como otros productos de notable valor utilitario, como la vara de perlilla para las escobas o el musgo, el heno y los deliciosos hongos.

El benigno clima de aquel valle es pródigo para la recolección de la mayoría de las opimas frutas que los mexicanos gustamos consumir. Las de climas más cálidos vienen con toda facilidad de las huertas de la cercana Tierra Caliente; todo se vende los domingos en el tradicional mercado del pueblo: la chirimoya, la guanábana, la sandía, el mango petacón, el zapote blanco, el chicozapote, variedad de plátanos, la *Passiflora ligularis* o granada “de moco”; la granada roja, la guayaba, la papaya, la pomarrosa,

todas las variedades de cítricos y en temporada, el delicado y delicioso mamey. En un poema, que mucho aprecio, aludí a esa feraz campiña y sus productos.

RETO

Bajo perenne bóveda azulina,
De montes melenudos rodeado,
Hay un pueblo feraz, donde termina
La agreste cordillera del Nevado.
Le ciñen de agua dulce y cristalina
Arroyos mil; su clima regalado
Los sotos puebla de árboles y flores
Delicia de los pájaros cantores.

En un carril atónito el viajero
Ve germinar el trigo y prócer caña
Del azúcar, y el suave limonero
Y el avellano, en confusión extraña.
El mamey, el durazno y el uvero
Entrelazados cubren la campaña,
Donde dan á las brisas sus racimos
La datilera y plátanos opimos.
[...]

En la cercana próspera llanura
Retoza el mulo con el ágil toro,

Y la garceta de sin par blanca
Con los faisanes de penachos de oro;
Y sobre alfombra de eternal verdura,
Los cisnes con los ánades en coro,
Graznan y asordan el sutil ambiente
O se zabullen en la mansa fuente.⁸

A sabiendas de la parcialidad de mi sentimiento no dudo en decir que el Valle de Bravo es un paraíso terrenal.

En el Valle de Bravo crecí física e intelectualmente hasta los años de mi primera juventud. Al llegar por vez primera al Seminario, en el año de 1856, tenía 17 años.

Además del pueblo del Valle de Bravo, siempre he tenido un singular afecto y cariño por la aldea de San Martín Oztoloapan. Muy en particular por la Hacienda de La Labor que se ubica en terrenos aledaños de aquélla. Dice el viejo proverbio castizo: el corazón tiene razones que la razón no comprende. Algo similar ocurre conmigo tratándose de La Labor y de Oztoloapan. Allí fuí concebido por mis padres, por la Gracia del Señor, pues en ese lugar tenían su morada habitual. En aquel entorno espectacular

desarrolleme en el vientre de mi madre hasta que la prudencia aconsejó trasladarse al Valle de Bravo, población que para atender el alumbramiento disponía de mayores y más seguros medios. Allí di mis primeros pasos y mis primeros descubrimientos de la naturaleza de la mano de mi padre.

Mis progenitores vivían en la Hacienda de La Labor, en las goteras de San Martín, porque mi padre era su administrador. El propietario, un criollo adinerado, desempeñaba importantes cargos en la capital que le obligaban a ausentarse por largas temporadas para visitar las antiguas intendencias, hoy convertidas en estados de la república o en departamentos del gobierno central.

Como administrador, mi padre estaba obligado a llevar con rigor y verdad las cuentas del trabajo anual o esporádico que se hacía en la hacienda. Particularmente las relacionadas con la producción del trigo y del maíz. De igual importancia era la contabilidad que registraba los numerosos cambios en el nada pequeño ható del ganado vacuno y de los rebaños. También la contabilidad de las medianías y de las tercerías.

De la claridad y exactitud de esos números dependía la confianza que el propietario depositaba en su administrador.

Muchos años y vicisitudes hubieron de transcurrir para que mi persona, ya siendo propietario de La Labor, por intervención de la Divina Providencia, tuviera acceso a los libros de contabilidad de los tiempos de mi señor padre como administrador. Me di cuenta del valor que representa disponer de un servidor honrado, capacitado, comprometido con su trabajo, pero sobre todo leal a sus principios y a sus superiores que en él depositan su confianza.

Hace casi un cuarto de siglo se publicó un libro con algunas de mis traducciones parafrásticas de las *Odas* de Horacio y un grupo selecto de mis poesías originales. Intitulé a la obra *Algunas trovas últimas*. Entre aquellas poesías incluí un soneto dedicado a ese poderoso, agreste paisaje que rodea a Otzoloapan y a la Hacienda mencionada. Es oportuno reproducirlo en este punto. Reza así:

OTZOLOAPAN

Ni el tiempo, ni la ausencia y la distancia,
Ni el bien perdido, ni el afán presente
Han logrado borrarte de mi mente,
Bello lugar, asilo de mi infancia.

Aún me parece la abolenga estancia
Ver levantarse del *Xumili* enfrente
Y que me embriagan tu templado ambiente
Y de tus breñas la eternal fragancia.

Y tus desiertas áridas colinas
Miro ondular bajo tu ardiente cielo
Del sur hasta perderse en las neblinas;

Y saltar entre guijas, del riachuelo
De La Labor las aguas cristalinas
Bajo los sauces que plantó mi abuelo.⁹

El destino vocacional de un niño criollo como yo, perteneciente a la incipiente clase media, tenía un horizonte limitado: si los padres eran pequeños propietarios de un rancho productor de maíz o de caña de azúcar, por ejemplo, el hijo mayor estaba predestinado a continuar como agricultor y propietario. Los

restantes hijos varones deberían buscar en el comercio su *modus vivendi* o, con un poco de suerte y buenas amistades de sus progenitores en la capital del país, aspirar a un cargo gubernamental como jefe del departamento postal o administrador de rentas, entre otros. Obviamente eran pocas las oportunidades como las mencionadas.

Las opciones restantes eran, principalmente, la milicia y el Seminario. La primera se consideraba una carrera prácticamente hereditaria: si el padre pertenecía al ejército o había sido militar, los hijos podrían aspirar, con excelentes posibilidades, a ingresar en alguna academia militar y graduarse como oficiales. Escasos son los jóvenes que se ubican en esta situación.

Las familias de clase media, en el ámbito rural, todas ellas muy católicas, gracias a Dios, siempre aspiran a que algún miembro de su progenie varonil se incline hacia la vocación sacerdotal. Es una gracia divina y, consecuentemente, un gran honor para la familia.

Por cuanto a mí toca, nunca hubo duda de mi vocación. Desde mi tierna infancia mostré un impulso natural hacia la espiritualidad. Es

claro que, en aquellos años, las manifestaciones de esa pulsión eran ingenuas cuando no torpes. A Dios gracias siempre tuve el aliento de mis padres, en especial de mi madre. Me ayudaba a armar los pequeños altares que me deleitaba edificar en mi habitación y en el salón familiar de la casa. Me facilitaba esculturas de la Virgen, de los santos: San Francisco y San Antonio, estos últimos venerados en la localidad; también algún crucifijo pequeño del Señor de Santa María, que ocupó siempre el lugar principal.

A esta inclinación precoz me refería cuando redacté la dedicatoria incluida en el primer libro de poesías originales y traducciones que publiqué en el año de 1887, *Murmurios de la selva*. La dedicatoria en parte dice:

En edad bien temprana despertóse en mí la afición a las bellas letras; afición que iba en aumento a medida que pasaban los años, y que tuve por don precioso del cielo; puesto que la lectura instructiva y amena de los clásicos y el honesto deleite que trae la poesía absorbieron del todo las breves horas que me dejaban los estudios serios y las ocupaciones naturales de mi estado,

hurtándome a las asechanzas y peligros en la época más arriesgada de la vida.¹⁰

UNA AMIGA DE LA NIÑEZ

Durante el mes de mayo de cada año, dedicado a la hiperdulía de la Virgen María, mi madre me conducía a la parroquia pues formaba parte del coro infantil que acompañaba con salmos y cantos el ofrecimiento de las flores, privilegio de las niñas.¹¹

Entre las dos docenas o más de aquellas criaturas impecablemente vestidas de blanco, con sus blusas almidonadas, apretando contra el pecho una docena de gladiolas de níveo color, había una que me parecía el *summum* del fervor y la belleza, pues era blanca, de ojos verdes, y naturalmente bondadosa y recatada. Alguna poesía que escribí, en tercetos, muchos lustros después la dediqué al recuerdo de aquel sentimiento infantil, único y pasajero. Doy a conocer algunos versos de ella, recordando la tarde tormentosa en que hubimos de cruzar un arroyo crecido que discurría entre su choza y la mía; llevábala

cargando, crucé con ella a cuestras mientras oprimía mi cuello con sus brazos...

EPÍSTOLA A UNA AMIGA DE LA NIÑEZ

[...]

¿Recuerdas que una vez en el camino
Que a tu choza enlazaba con la mía
Nos sorprendió furioso torbellino?¹²

[...]

Sobre una piedra en medio a la corriente
Dejé un instante por cobrar aliento
La leve carga y enjugué mi frente.

El corazón, ¿lo ves?

Guarda avariento los episodios de la edad pasada
Y tu hermosa figura y aún tu acento.¹³

[...]

Tiempo después, todavía niño, fui monaguillo de los señores curas párrocos en la misa diaria de las ocho de la mañana, en la Parroquia de San Francisco. Contestaba en mi Latín titubeante y me esforzaba por entender las oraciones imaginando su traducción castellana. Posteriormente mis profesores las corregían y explicaban.

Conforme avanzaba en el estudio de las declinaciones latinas y el vocabulario amplísimo de esa lengua sin par, disfrutaba mayormente la tarea auxiliar encomendada.

GUSTO POR LA VESTIMENTA LITÚRGICA

Debo añadir algo que me enorgullecía y me deleitaba: el vestido de los monaguillos. Mi madre se empeñaba en confeccionarlos personalmente y planchar sus accesorios. Usaba en su confección las mejores telas y bordados que encargaba a la capital. Disponía yo de tres hábitos talares: uno negro, que era como sotana, uno rojo y mi preferido, uno azul claro o azul cielo. Se realzaban los hábitos con el alba o roquete, también llamado sobrepelliz. Es un vestido corto, blanco, que se usa sobre el hábito, que se remata en las mangas y en su parte baja con una cinta ancha, bordada. Le daba el toque de finura a todo el hábito del monaguillo o, en su caso, del acólito. Esa vestimenta, que mucho apreciaba, me hacía sentir otra persona, más digna de participar en las ceremonias sacramentales

oficiadas por el párroco, en nombre de Dios Nuestro Señor.

Yo creo que desde esa época data mi gusto por los finos vestidos que exige la variada liturgia de la Iglesia. No ignoro que ese gusto ha sido fuente de críticas y malas interpretaciones. He sido señalado como una persona soberbia, extravagante y alejada del común de las personas. Mi consejero y confesor lo sabe. Mis largos años como cura párroco y Vicario, así como los años pasados en el gobierno de la Catedral Metropolitana, lo atestiguan.

Siempre he querido igualar la vestimenta litúrgica con la importancia del ceremonial en el que el sacerdote participa de acuerdo a su rango; así lo ordenan el Canon y el Rito.

Mis amigos en diferentes ámbitos de la ideología social y literaria escribieron varios pequeños epigramas haciendo amables burlas respecto a mi vestimenta y actitud, que como príncipe de la Iglesia, siempre he querido respetar. Una de esas bromas, que si no mal recuerdo se le atribuye a Amado Nervo, la transcribo ahora con ánimo ejemplificativo. Dice:

¿Quién es príncipe en la calle
y en su casa una avestruz?

Joaquín Arcadio Pagaza

Obispo de Veracruz.

El ambiente familiar que me rodeaba, el rápido avance que lograba en el estudio de la lengua latina; mi inclinación a los temas espirituales y del intelecto; el hecho de que mis maestros sentían que no podían enseñarme otros temas de mayor profundidad, afianzaron con pocas dubitaciones la cuestión de mi vocación: iría al Seminario; sería sacerdote; consagraría mi vida al servicio de Dios si Él así lo permitía.

SE DEFINE MI VOCACIÓN

El grato panorama personal y familiar que me rodeaba se vió interrumpido, súbitamente, por un tristísimo acontecimiento. “Esta enfermita, muy mala”, me dijo Doña Chole, la señora que ayudaba en la cocina de la casa... “Su mamá dice que siente una bola en la boca del estómago, que no la deja comer; que le duele mucho”.

Días después mi padre me anunció que la llevaría a la ciudad de Toluca, en busca de algún médico que la pudiera sanar. El traslado sería penoso para ella; ocuparían una montura especialmente preparada para los enfermos; unas andas para moverla en los parajes más abruptos; al llegar a la Hacienda de San Juan de las Huertas de Zinacantepec, en el tren de mulas que viaja hasta Toluca. El regreso fué aún más doloroso por la debilidad de mi madre, cuyo semblante se tornaba, más que pálido, amarillento.

—Tendrás una conversación con tu padrino el señor cura D. Manuel Chaparro —me señaló mi padre con voz que sentí grave y preocupada—. Será una conversación entre adultos —añadió—. Te espera en la casa cural.¹⁴

—Joaquín Arcadio —expresó con rostro adusto el señor cura—, tu madre vivirá poco tiempo, ignoramos cuánto pero no serán muchos días. Tú sabes o intuyes que está muy delicada, con fuertes dolores en el vientre. En nombre de tu padre, en el mío propio y en el de mi comadrita santa te pido, en primer lugar, que ores pidiéndole al Señor resignación para cumplir con su Santa Voluntad. En segundo

lugar, que perseveres en tu decisión de estudiar la carrera sacerdotal. Dificilmente podrás imaginar la alegría que ella siente, aun moribunda, al saber que uno de sus hijos abrazará la vocación sacerdotal hasta alcanzar el Orden. Ve con Dios, hijo mío —añadió como era su inveterada costumbre.

En ese momento no pude llorar; no paré de hacerlo durante muchas noches subsecuentes. Particularmente al recordar las invocaciones que me enseñó, cada anochecer, desde pequeño, cuando aún no podía repetir completas las palabras iniciales de la sencilla oración que comienza: “Ángel de la Guarda, dulce compañía...”, o de la otra hermosa oración: “Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea...”.

Terminados mis estudios primarios en la escuela parroquial,¹⁵ el Vicario de la Iglesia de San Francisco, el Padre D. Manuel Chaparro, y el culto humanista D. Mariano Téllez, me iniciaron en el estudio de la lengua castellana, el Latín y la Filosofía. Ambos sacerdotes habían tenido una excelente formación en el Seminario Conciliar y eran hombres con una poderosa retentiva que les facilitaba las tareas de su

ministerio, pero también la enseñanza; a lo largo de su vida habían tenido algunos discípulos. Habiendo terminado la instrucción primaria, el Padre Chaparro no tuvo problema para convencerme de que siguiéramos con los estudios iniciales de la carrera sacerdotal. Posteriormente, el párroco Mariano Téllez me hizo estudiar a los mínimos y remínimos. Con rigor y sistema me fué llevando de la mano en esas materias siguiendo en forma general los lineamientos de la Colección de Reales Decretos, Órdenes y Cédulas de su Majestad (que Dios guarde) de las Reales Provisiones y otras Órdenes Dirigidas a la Universidad de Salamanca. El segundo tomo de la Colección de Reales Decretos mencionada se imprimió en el año de 1771, pero tuvo una larga duración antes de ser modificado. Como lo señalaba mi maestro, el mencionado párroco Mariano Téllez, esos Reales Decretos y Provisiones para la Universidad de Salamanca estaban inspirados en las discusiones y conclusiones sobre el sacerdocio que tuvieron lugar en el Santo Concilio de Trento. Sin ánimo de parecer presuntuoso, más bien por no tener otros menesteres que atender,

pude dedicarme intensamente al estudio tanto de la Gramática general como particularmente la de la lengua latina. También me inicié en los estudios de la Filosofía, de manera tal que mis maestros, por una parte, y mi padre por otra, pensaron que era recomendable inscribirme en el Seminario.¹⁶ Tenía yo 10 años. Una afortunada relación familiar con el Rector del Seminario Conciliar Diocesano permitió mi aceptación en esa renombrada institución.

EN EL SEMINARIO

Por la amistad que había entre Monseñor D. Manuel Andrade y Cabrera y mi señor padre, Julián Pagaza, este último se atrevió a solicitarle que interviniera ante el Rector del Seminario Conciliar de México para admitirme como alumno. A principios de enero de 1856 el señor Andrade y Cabrera se dirigió epistolarmente al señor Rector de aquella renombrada institución. En la solicitud se hacía constar que yo entraría como alumno pensionista. Adjuntó, también, mi fe de bautismo. Ese mismo mes de enero de

1856 se notificó a Monseñor Andrade y Cabrera que recibirían el testimonio de dos testigos; uno el del Sr. Pbro. D. Antonio Castillo, domiciliario del Arzobispado, que consideraba al solicitante “apto y sin impedimentos y que, conforme a lo dispuesto en el Santo Concilio de Trento, respecto a Seminarios, el joven de que se trata puede ser admitido en dicho colegio”. El otro testigo, D. Anastasio Castillo (sin haber constancia de una relación de parentesco entre ambos testigos), dijo que conocía a D. Arcadio desde que había nacido, por la intimidad que tenía con su padre.

Tuve la fortuna, por la gracia de Dios, que ese mismo mes de enero el Ilmo. Señor Arzobispo Lázaro de la Garza y Ballesteros me designara y me eligiera como colegial pensionista. Pocos días después recibí el título que me acreditaba como colegial seminarista.¹⁷

Fué un regalo del Señor que haya yo tenido por compañeros durante algún tiempo a Rafael de la Peña, a José María Silva y a D. Ignacio Montes de Oca y Obregón;¹⁸ todos ellos muy distinguidos intelectuales quienes, en sendas esferas de desarrollo personal, destacaron grandemente con posterioridad.

En ese año de 1856, siendo un alumno pensionista mis padres pagaban 11 pesos mensuales por mi manutención, mismos que eran enviados directamente a la Dirección del Seminario. Con ese estipendio se cubría la estancia, la comida y la cena. En ocasiones, cuando me visitaba alguno de mis progenitores (por lo regular mi señor padre), me obsequiaban dinero para adquirir alguna merienda de chocolate con bizcocho.¹⁹

Ese mismo año cursé los estudios de menores. Descubrí que esos estudios eran muy similares a los de la escuela parroquial del Valle. Estaba satisfecho de mi avance. Luego de unas cortas cuanto provechosas vacaciones en el Valle y en La Labor de Oztoloapan, regresé al Seminario en enero de 1857.

Reinicié los estudios; me correspondió realizar el curso de menores cuya cátedra desempeñó un sacerdote de nombre D. Ismael Jiménez. Era muy rígido e infundía un gran temor entre sus alumnos. El salón donde se impartía el curso era estrecho y poco confortable, por lo que se decidió dividir a los alumnos en dos grupos, pero con el mismo profesor Jiménez, quien impartía las clases en horarios diferentes.

Después de reflexionar un poco decidí regresar un tiempo a Valle de Bravo. Comenzaría a estudiar el curso de Filosofía en el Seminario, pero hasta enero del año siguiente. Como ya dije, mis profesores en la escuela parroquial del Valle me habían hecho conocer las materias que se pueden agrupar como mínimos y remínimos.

NOSTALGIA POR MI TIERRA

Quienes se enteraron de mi retiro perentorio del Seminario a los pocos meses de haber ingresado, trataron de explicar mi extraña conducta, entonces o muchos años después. Insinuaban que se debió a la conocida fama de severidad del profesor Jiménez. El fondo que explica mi aparente extraña actuación fué otro. Sufrí el primer golpe serio de melancolía, enfermedad del alma que me habría de acompañar durante toda mi vida.

Me siento obligado a ahondar en el tema de aquella primera experiencia con la enfermedad de la nostalgia, que aunada a la falta de interés en volver sobre estudios y materias

que, según mi leal saber y entender, ya habían sido domeñados, me impulsaron a separarme del Seminario por una temporada. Volvería a ver y disfrutar de mi querido Valle y, si Dios lo permitía, pasar algunos días de vacaciones con mi padre en La Labor al pie de su inigualable anfiteatro de selva y rocas monolíticas.

Otra circunstancia influyó también en mi determinación: la ausencia de otras materias de mayor atractivo, lo que hacía muy pesada la jornada diaria en el curso inicial del Seminario; aburrida, para decir la verdad. Al poco tiempo de haber llegado al Seminario, por primera vez, como ya dije, me invadió una tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente. Debo confesar que echaba de menos e intensamente a mi casa, a mis padres, a mis antiguos compañeros, al ambiente provinciano de mi pequeño pueblo, con sus acogedoras viviendas; las flores multicolores en cada ventana enrejada; con callejuelas empedradas y desnudos callejones de tierra y barro; con amplios tejados que desbordando los muros cubren las banquetas de cantera para impedir que el viandante se empape en los intempestivos aguaceros del verano.

Añoraba los hermosos bosques, prados, ríos y atardeceres arrebolados que tan hondamente disfruté. Me entristecía y obnubilaba saberme lejos de mi querido Valle. Me sentía con una nostalgia abrumadora.

A lo largo de la vida, no en una, sino en variadas ocasiones, acosáronme esos mismos sentimientos. Más maduro emocionalmente y con mayores responsabilidades me resultaba, tal vez, menos difícil superar la melancolía y la tristeza de sentirme lejos del terruño natal.

Para cerrar la explicación sobre esta circunstancia aparentemente sin importancia, debo señalar un dato adicional para aquellos lectores poco familiarizados con mi obra artística: en varios de mis sonetos y poesías originales que han visto la luz a lo largo de los años, se alude claramente a esta emoción. No me avergüenzo de semejante impulso.

He notado que ese mismo sentimiento se ha manifestado en muchos vallesanos que por distintas necesidades tienen que alejarse de aquel sitio de impar hermosura. No pocos buscan volver con frecuencia o bien disfrutar sus últimos días cerca de los montes umbríos, del

susurrar del viento entre los pinos, de caminar por los feraces senderos a la orilla de los arroyos que recorrieron en su niñez y contemplar el inacabable verdor de la naturaleza.

En alguna ocasión la tristeza me inspiró el siguiente soneto:

AL VOLVER A MI TIERRA NATAL

¡Pino locuaz, de blonda cabellera,
Aun das fragancia á mi nativo prado
Y frescor al flexible y argentado
Arroyo que retoza en la ribera!

Ciérnese aún el águila altanera
Encima el risco; vuela en el cercado
El zorzal; y arrebólase el nublado
En la occídua selvosa cordillera.

Y aun ostenta su brillo y lozanía
Aqueste madroñal... ¡oh Dios! en donde
Mi buen padre al encuentro me salía.

Y hoy que retorno, ¡él sólo se me esconde!...
No hay huella de su báculo en la vía...
Y por más que le llamo... ¡no responde!²⁰

REGRESO AL SEMINARIO

En aquellos meses de receso me di cuenta de que debería sobreponerme y regresar al camino de mi verdadera vocación. Así lo hice: en enero de 1858 regresé al Seminario a estudiar el curso de Filosofía.

Debo señalar, también, que desde temprana edad había apartado de mi ánimo toda influencia que pudieran tener las complejas circunstancias políticas que vivía mi Patria. Hay que recordar que en el año de 1857 se promulgó y publicó la Constitución que lleva ese nombre. Causó un gran malestar en una amplia sección de la población mexicana, pero especialmente en la Iglesia Católica y sus jerarquías. La repercusión de la nueva Constitución, que incorporaba la parte fundamental de la Ley Lerdo, conocida también como la Ley de Desamortización de Bienes de Manos Muertas, de junio de 1856, avivó en el Seminario un debate que se prolongaba ya por varios años. Se trataba de decidir en qué local debería asentarse el Seminario Conciliar; si en el hermoso edificio de la ex Inquisición, ubicado casi en la orilla de la ciudad,

o continuar en la vieja casona a un costado de la Catedral. Los argumentos iban en pro y en contra y los alumnos tomábamos partido, aunque nuestra opinión no llevara ningún peso.

No faltaba razón a quienes argüían que el riesgo de trabajar en el edificio de la ex Inquisición se había incrementado considerablemente a partir de la Constitución de 1857; que era preferible quedarse en la casa de siempre. En lo personal, deseaba no involucrarme de alguna manera en ese debate por la simple razón de que perturbaba la calma y la tranquilidad necesarias para mis estudios de Filosofía, Teología y Latín. Más tarde me llegó la noticia del destierro de varios eclesiásticos y militares conservadores sin juicio de ninguna especie, según se decía. Las profundas disensiones generadas por la nueva Constitución originaron el rompimiento que dió origen al golpe de Estado el 17 de diciembre de 1857, dando paso a la guerra civil que fué conocida como Guerra de Reforma. En enero de 1858 la situación política empeoró pues estalló la contienda en la ciudad de México. La impresión que se generó es que era una lucha por el poder por parte de los radicales

y los conservadores. En ese momento, 21 de enero, los conservadores vencieron a los radicales. Los conservadores se hicieron del poder con el General Zuloaga al frente. Con alegría el Arzobispo de México organizó un *Te Deum*. Mi decisión de regresar al Seminario no estaba vinculada a los acontecimientos políticos, pero no dejé de sentir cierto alivio por las acciones del General Zuloaga; nada anticipaba yo de los complicados acontecimientos en los que entró la relación de la Iglesia y el Estado mexicano.²¹

Mucho sentí, sin embargo, no encontrar en el Seminario a mi amado y sabio Rector Monseñor Sollano.

En el arranque de ese año escolar el Seminario puso en vigor el llamado “Proyecto de estudios preparatorios del Seminario Conciliar de México”. Me agradó que los alumnos que seguíamos la carrera eclesiástica estábamos obligados a avanzar en el estudio del Latín, mientras que quienes estudiaban carreras civiles tenían materias como la Química, la Historia Natural o las Matemáticas Superiores.²²

En el fragor de la Guerra de Reforma, los dirigentes militares liberales acordaron que el

tradicional edificio del Seminario debía pasar a manos del gobierno siguiendo los dictados de la nueva Constitución. Ante esta amenaza, se organizó un grupo para el cuidado del Seminario encabezado por el Obispo de León, el antiguo Rector, el apreciable José María Diez de Sollano, junto con el Rector en turno y el secretario de la Mitra, quienes se comprometieron a salvar lo que más se pudiera del Seminario. A pesar de los vigorosos ruegos que los mencionados eclesiásticos realizaron ante el General González Ortega, gobernador interino del distrito, para que el Seminario continuara con sus trabajos, pronto una fuerza considerable de soldados ocupó el edificio obligando a salir a los colegiales, a los catedráticos y al Rector.

La jerarquía eclesiástica decidió que el Seminario debía instalarse en una casa alquilada donde se agrupara a los mejores elementos, de buena calidad moral e intelectual. Se alquiló una residencia en la calle de Jesús número 2 que parecía tener todo lo necesario, incluyendo un oratorio. Estaba ubicada en la esquina de las calles de Jesús Nazareno (hoy Pino Suárez) y Rinconada de Jesús. Fueron elegidos 12 colegiales

para continuar sus estudios en esa casa. Entre ellos me encontraba yo.²³

Con mucha precaución, esa docena de seminaristas salíamos a recibir las cátedras de Teología Sagrada y de Moral en la Parroquia del Sagrario Metropolitano. Poco tiempo después, el Rector del Seminario fué notificado por el ministerio de Justicia de que el Seminario tendría que cambiar de local porque la anterior casa se iba a demoler, y entre los edificios que le propusieron al Rector se aceptó la oferta del ex Convento de San Camilo. Dicho convento se ubicaba en una calle que en cierto momento y por largo tiempo se denominó calle de Regina. Todas estas negociaciones nos hicieron pensar, tanto a nuestros superiores como a los alumnos, que los gobiernos liberales aceptaban la existencia y continuidad de nuestro Seminario.

Finalmente terminé mis estudios superiores de Teología y Filosofía para alcanzar la carrera eclesiástica y la ordenación sacerdotal. Era el año de 1861. En esos meses se formó la alianza para invadir México, entre Inglaterra, Francia y España, con el pretexto aparente de recuperar

la deuda que el país tenía con los gobiernos de aquellas potencias.

Mis superiores jerárquicos exhortáronme a buscar la ordenación lo antes posible, vistas las nefandas circunstancias que acarreaba la guerra contra la Triple Alianza. Entre ellas la negativa a autorizar el regreso de los Obispos y los Arzobispos de México a sus respectivas diócesis. Habían sido conminados por los liberales a dejar el país durante la Guerra de Reforma. Poco después nos enteramos que Inglaterra y España habían acordado con el gobierno fórmulas aceptables para el pago de sus respectivos adeudos. Únicamente la Francia se negaba a arreglo alguno con el propósito político de quedarse en el país y cumplir con los deseos del emperador Napoleón III y de algunos mexicanos, de establecer aquí una monarquía.

Páginas 66 y 67: ciudades y aldeas por las que cruzaron los seminaristas encabezados por el Sr. Pagaza, en su camino de la ciudad de México a Monterrey. La ruta fué la siguiente: ciudad de México, San Juan del Río, Querétaro, San Felipe (Torres Mochas), San Luis Potosí, Fresnillo, Saltillo y Monterrey [nota del editor]. *Cinco siglos de identidad viva. Camino Real de Tierra Adentro. Patrimonio de la Humanidad*, 2016.



MEXICO AND INTERNAL PROVINCES.

Explanation
+ British & Spanish Bds.
- etc.



II



El padre Pagaza. Fotografía tomada de *Joaquín Arcadio Pagaza. Poeta. Fotografías*, de Jorge Alarcón, 1973.

EL ANSIADO ORDEN

Transcurrían los primeros días de enero de 1862. A mí en lo personal y a otros cinco compañeros que también habían culminado sus estudios sacerdotales nos apremiaba alcanzar la ordenación sacerdotal. Los compañeros en esa misma circunstancia, seminaristas a quienes únicamente recuerdo por sus apellidos, pues he olvidado sus nombres: el señor Guerrero, anteriormente miembro de la Orden Dominicana; el señor Magaña, que murió en la Villa de Guadalupe, los señores Pórtela y Varona Gutiérrez, este último canónigo dignísimo de la Colegiata de Guadalupe.²⁴

Ante la ausencia del Arzobispo de la Diócesis Metropolitana, S. Ilma. Monseñor José Lázaro de la Garza y Ballesteros, la diócesis más cercana que se mantenía íntegra era la de Monterrey, Nuevo León. Convoqué a mis condiscípulos para conminarlos a marchar a aquella lejana ciudad nortea para rogar a Su Excelencia Ilma. el Señor Obispo Madero, que nos

ordenara conforme al *Ritual* y las sagradas leyes eclesiásticas. Tal vez por ser hombres jóvenes, por el ferviente deseo de servir cuanto antes a Dios Nuestro Señor, acogieron con entusiasmo la idea propuesta. Confieso que no había realizado cabalmente los alcances de semejante empresa.

La distancia que separa a las dos ciudades excede 900 kilómetros. La opción más razonable, si no la única, era transportarnos en diligencia por los caminos públicos que hacían el viaje con regularidad (hasta donde lo permitían las asediadas vías del país). El viaje se llevaría a cabo en diligencia por el llamado Camino Real de Tierra Adentro. Además de costosa, la jornada era peligrosa. No obstante, ningún riesgo que pudiéramos afrontar era comparable a la dicha de entrar al servicio del Señor del modo más inmediato.

Como ya dije, éramos seis los seminaristas que anhelábamos con ardor el Orden Sacerdotal. Conseguimos reunir el dinero para adquirir el pasaje en la diligencia que viajaba por el Camino de Tierra Adentro hasta San Felipe, Guanajuato, y proseguir a Monterrey. Al arribar

rogaríamos a S. E. Ilmo. Monseñor Madrid, dignísimo Obispo de aquella diócesis,²⁵ que nos hiciera el grande honor de otorgarnos ese Santo Sacramento; tomarnos juramento, imponernos sus manos y bendecirnos con los Santos Óleos. Es difícil explicar lo que esta ceremonia sacramental representa para un seminarista con auténtica vocación: la extraordinaria posibilidad de llevar a cabo, diariamente, el Santo Sacrificio de la Eucaristía; la entrada y entrega para siempre a una vida pastoral de sacrificio, de trabajo y de servicio de Dios y del prójimo, de soledad personal y en no pocas ocasiones de pobreza. A cambio, la cercanía cada vez mayor a la presencia de Dios Nuestro Señor y la tranquilidad de, en el postrer momento, si su Santa Voluntad lo permite, alcanzar la Vida Eterna. El sacramento del Orden Sacerdotal es uno de los siete que han sido definidos por los Padres de la Iglesia desde los tiempos de Jesucristo, por los primeros apóstoles y durante los siglos iniciales del cristianismo. De los siete sacramentos, el Orden Sacerdotal reviste peculiar importancia porque de no existir sacerdotes ordenados conforme al *Ritual*, no se podrían administrar los

restantes salvo el bautismo. Es un sacramento revestido de solemnidades especiales: en primer lugar, sólo puede otorgarlo un superior en la jerarquía del clero, en este caso, un Obispo. El Orden Sacerdotal debe apegarse estrictamente a lo establecido en el libro eclesiástico llamado *Ritual*. El momento más solemne es aquel posterior al que el aspirante se postra en el suelo como muestra de humildad y de subordinación a la Voluntad Divina: él o los sacerdotes que van a ser ungidos con el Santo Óleo llamado Crisma deben conocer el *Ritual* para poder responder a las oraciones del Obispo Consagrante. Mientras los aspirantes permanecen en el suelo, el Señor Obispo se acerca a ellos, les coloca las manos en forma de cruz y las baña con el Santo Crisma. Posteriormente surge el Momento: el Obispo Consagrante y sus concelebrantes bendicen con el Crisma ambas manos del futuro sacerdote. Con una cinta de seda para cada uno de los ungidos, el Obispo limpia las manos del nuevo sacerdote. Éste ya puede consagrar la Eucaristía. Son esas manos consagradas las únicas autorizadas por Nuestra Santa Iglesia para officiar el Santo Sacramento

de la Eucaristía. Tal es la inmensa responsabilidad del aspirante. Una vez consagradas las manos del nuevo sacerdote, el Obispo le hace entrega de la Eucaristía. Le invita a subir al altar y concelebrar con él la parte siguiente de la Santa Misa. Son momentos de la máxima emoción; de la aceptación de la mayor responsabilidad que un hombre religioso puede tener a lo largo de su vida. De ese momento en adelante, diariamente o con mayor frecuencia si fuese necesario, podrá el sacerdote officiar la Santísima Eucaristía.

Sin el Orden Sacerdotal los largos años de sacrificio y de dedicación al estudio de la Teología y de la Filosofía resultan poco útiles; por ello las manos del sacerdote constituyen su instrumento más poderoso, investido, influido y alentado por la Gracia Divina, a través de sus representantes sobre la tierra que son los Obispos.

DECEPCIÓN EN MONTERREY

Volviendo a nuestro discurrir tierra adentro, debo aclarar que, por falta de recursos, habíamos adquirido tres pasajes en segunda clase y

otros tres en tercera. Naturalmente haríamos la mudanza de asientos entre los seis, conforme fuéramos avanzando de legua en legua y de posada en posada.

Despreocupados nos acomodamos en el carruaje que iba a tope con nueve pasajeros. El carroceros y su sobrestante en la parte delantera; el zagal o palafrenero, de pie o en un angosto asiento de madera en la parte posterior. En aquellos caminos que cruzaban zonas notoriamente peligrosas por la abundancia de asaltantes, las diligencias se hacían acompañar, en ocasiones, de uno o varios escopeteros, con sendas armas y en algunos casos con una poderosa llamada “trabuco”. Esta última es una suerte de escopeta de cañón corto y ancho que dispara un proyectil, el cual, a corta distancia, se esparce convirtiéndose en un arma letal. Los malhechores le temen por obvias razones. Cuando se dan cuenta que en la diligencia alguno de los escopeteros carga un trabuco, con frecuencia pasan de largo gritando el consabido saludo del caminero “vaya usted con Dios”. En esta parte del camino, nuestra diligencia llevaba la presencia únicamente de un escopetero. La jornada

diaria duraba muchas horas, dependiendo del estado del camino; si este último era sinuoso o si había densos bosques a los lados como el caso de los famosos caminos de Río Frío y de Salazar en el Estado de México. El trayecto por un camino plano y regular, como los del Norte del país entre San Luis Potosí, Saltillo y Monterrey, devoraba las distancias de entre 17 y 20 leguas diarias según el vigor, la alimentación y el cansancio de las bestias. En las vías más sinuosas del centro del país, las diligencias alcanzaban, con suerte, solamente entre 10 o 12 leguas en una jornada. Cada cinco leguas se podía encontrar una posta para remudar; para que los pasajeros descansaran un poco o pernoctaran, según el caso. Por lo que a mí concierne, mi elevada estatura, el tamaño de mis extremidades inferiores y la estrechez de los asientos, causábanme penosas molestias al paso de las horas. Ningún cansancio o dolor era suficiente para disuadir mi propósito.

Las posadas y las postas anexas son, casi siempre, un sólido edificio o una casona del pueblo. En las poblaciones principales puede encontrarse una posada o un hostel con cuartos

medianamente aceptables y comida caliente. En los caminos transitados las posadas disponen de un mesón para que los arrieros, sus ayudantes y las recuas reposen. Existen allí grandes corrales para las caballerías; caballerizas para las bestias que requieren más cuidados. Los propietarios o encargados de las posadas tienen convenios con la compañía de transporte para remudar las bestias fatigadas. A lo largo del camino de México a Monterrey se ubican numerosos negocios de este tipo por ser la segunda vía en importancia que conduce a la frontera Norte; de hecho, a partir de San Felipe (Torres Mochas) se inicia el ramal que lleva hasta Monterrey. Calculo que más de 50 postas y posadas asisten a un numeroso público que se desplaza por la ruta; lo cual no impide que haya atracos y asaltos de bandoleros, guerrilleros o ex soldados de uno u otro bando, y por ávidos forajidos y malhechores en contubernio con las propias escoltas, supuestamente destinadas a la protección de las diligencias y sus pasajeros.

La mayoría de las posadas, salvo honrosas excepciones, son lugares sucios y con comida de mala calidad. Por cierto, que no encontrábamos

una explicación razonable; el propietario de la mayoría del transporte en diligencia en las rutas importantes del país era un español de nombre Hermes Zurutuza, que además de las diligencias era propietario u operador de numerosas posadas, pero no se preocupaba un ápice por mejorar las condiciones de las postas, mesones y posadas que le habrían dejado, sin duda, un mejor rendimiento para su negocio.²⁶

A partir de la ciudad de México la vía para el Norte discurre por San Juan del Río, la ciudad de Querétaro; al llegar a Guanajuato, en San Felipe, está la desviación para Saltillo y Nuevo León. Los seminaristas que buscábamos con ansia llegar a Monterrey sentíamos entusiasmo porque, salvo alguno, los restantes viajeros no conocíamos el renombrado Camino Real de Tierra Adentro. Sabíamos que era la principal vía de comunicación del México independiente como lo había sido desde los inicios de la época colonial. Por ese camino transitaron los aventureros y gambusinos en busca del oro y la plata; viajaban los funcionarios que buscaban hacer presente al gobierno de la república; viajaban los frailes y sacerdotes fundadores de

misiones; viajaban los comerciantes cargados de alimentos y mercancías variopintas; en otro tiempo circuló semestralmente la rica, poderosa e inmensa caravana denominada La Conduc-ta; finalmente, por el Camino Real de Tierra Adentro viajaban los militares con sus ejércitos.

Naturalmente después de la guerra del 48 contra los norteamericanos se trastocó ese de-venir de cosas y personas; pero el Camino Real de Tierra Adentro, sin ese nombre, continuó como el vínculo principal del centro del país con las vastas regiones semivacías del Norte.

Salimos de México rumbo a Cuautitlán de madrugada para llegar al anochecer a las cercanías de Jilotepec a un pintoresco pueblo llamado Polotitlán; allí pernoctamos en un albergue ubicado en los portales, frente al jardín y su bello quiosco con aquel singular reloj que le da señorío al conjunto.

Atrás, a legua y media, habíamos dejado la muy antigua y renombrada Hacienda de Arroyo Zarco, en la cual las diligencias de los pu-dientes y poderosos hacían la primera pernocta en su discurrir hacia el Norte. Al día siguiente viajamos hacia la elegante ciudad de Querétaro

con hermosos edificios coloniales, fuentes y acueductos, para alcanzar la población de San Miguel el Grande, hoy conocido como San Miguel de Allende. Después de descansar en esa población, nuestra intención era continuar hasta San Felipe (Torres Mochas); dejaríamos el camino Tierra Adentro y continuaríamos en el ramal que llega a San Luis Potosí.²⁷

La introducción de los ferrocarriles y últimamente los vehículos a motor, ha cambiado considerablemente el panorama. Hoy en día es más rápido y confortable viajar a las capitales de los estados. Sin embargo, los mesones y posadas no serán reemplazados en poco tiempo, pues el comercio, mediante la arriería, seguirá floreciente por los caminos secundarios. Perdurará por muchos años en tanto no haya más accesos transitables para los ferrocarriles o los nuevos vehículos a motor.

Conservo el recuerdo del paisaje cambiante conforme avanzábamos hacia el Norte. Seguramente porque aquel fué mi primer viaje de larga distancia. Atrás quedaban las peligrosas serranías cubiertas de bosques de pinos y abetos en las montañas que rodean al Valle de México;

en el tramo inicial rumbo a Querétaro cruzamos inmensos prados de inacabable verdor y azuladas milpas sembradas de alfalfa o de maíz; son las cuencas pertenecientes a las grandes haciendas como las de Venta de Carpio, Vista Hermosa, Tepotzotlán y Jalpa, que habilitan de leche y de maíz a la ciudad de México y sus alrededores. En el camino a Querétaro, antes de San Juan del Río, aparecen raros fenómenos de la naturaleza: por una parte esparcidos y lejanos uno de otro, los aromáticos árboles de pirú; por otra, las extrañas formas y figuras, no menos que los usos que les dan sus habitantes, de enhiestos troncos y brazos de una variedad alta y prolífica de cactus popularmente llamados “órganos”; más adelante llanuras inmensas de ese otro cactus o agave que ha sido a la vez bendición y perdición para los mexicanos: el maguey pulquero. A partir de Querétaro y prácticamente en todo el estado de Guanajuato, las féculas y abundosas aguas del río Lerma transforman el Bajío en un granero y una huerta de hortalizas para buena parte del país.

Antes de llegar a la aristocrática ciudad de San Luis Potosí, se anuncia un nuevo tipo

de vegetación: la semidesértica del Norte. Las ricas y bellas edificaciones coloniales de San Luis palidecen frente a sus señoriales conventos y la magnífica Catedral. Un viejo mapa del siglo XVII marca claramente la ruta del Camino Real de Tierra Adentro, desde México hasta Zacatecas. Ese mismo mapa señala un nuevo camino, al que también se le llamaba “real” por asociación, que saliendo de San Felipe (Torres Mochas) sobre la ruta antes mencionada, se dirige hasta San Luis Potosí; en línea recta, llega a dos pequeñas poblaciones llamadas, respectivamente, Venado y Charcas. En ese antiguo mapa no aparece la conexión entre esta última población y Saltillo para finalizar en Monterrey; en otros mapas más recientes queda claro que ésa es la ruta pasando por Mazapil, Saltillo, hasta la llamada Sultana del Norte.²⁸ La aridez de los parajes es impresionante. Extensiones incalculables; serranías imponentes desnudas de vegetación, planicies donde crecen aquí, allá y acullá mezquites, biznagas, abrojos y plantas rastreras. Monotonía de un paisaje que anonada el espíritu por sus dimensiones, que puede conducir a la enajenación. La razón mira estupefacta

al ganado vacuno y ovino “ramonear” entre las espinas de la exánime vegetación. Parecía que nos hallábamos en el desierto franco.

Admito que esta impresión era resultado de los ojos prejuiciados de un hombre del centro del país. Las excepciones a estos solitarios cuanto yermos paisajes las constituían extensiones de fecundos cultivos que rodeaban a las inmensas haciendas; algunas de las cuales, nos informaban, llegaban a disponer de hasta 300 mil hectáreas; sólo una pequeña porción eran áreas de cultivo, el resto se dedicaba a la ganadería de ramoneo en grandes extensiones o simplemente a engrandecer el ego de sus ausentes propietarios.

Para conllevar más gratamente las prolongadas jornadas que nos separaban de Saltillo y Monterrey, rezamos juntos el santo rosario, nuestros misales y libros de las horas. Sobraba tiempo. Decidí relatar a mis colegas un incidente narrado por el Doctor Altamirano. Al terminar mi perorata, creo que se dieron cabal cuenta de la cercanía del peligro en el que nos habíamos hallado; sin darnos cuenta cabal de ello.

D. Ignacio Manuel Altamirano, contemporáneo nuestro, excelente literato y político liberal, describe con lujo de detalles el asalto sufrido por él y los restantes pasajeros de la diligencia en los sombríos y densos parajes de los bosques de Salazar, en el camino de Toluca a México. Con otro compañero estudiante del afamado Instituto Científico y Literario de Toluca viajaban a la capital, explica Altamirano, a conocer la culta ciudad de México. Aun cuando han transcurrido poco más de 10 años entre esa fecha y la jornada que los seminaristas emprendimos, las poblaciones y la condición de los caminos no había variado mucho; tal vez se había deteriorado en alguna medida: la invasión norteamericana, la Guerra de Reforma y la invasión francesa, dejaron una secuela de pobreza e inseguridad en el país. Transcribo el recuerdo de algunos párrafos sobre la narración del asalto sufrido por Altamirano, que se me grabaron de modo indeleble.²⁹

Relata el escritor que él y un compañero del famoso Instituto Científico y Literario de Toluca, becarios ambos de sus respectivos ayuntamientos, consiguieron ahorrar 40 pesos para viajar unos

días y conocer la capital de la república. El boleto de ida y regreso en la diligencia costó 12 pesos a cada uno. A las 6:30 de la mañana, se presentaron en la estación de las diligencias. Por fortuna para ellos, personas prudentes les aconsejaron obtener una libranza de la plaza de Toluca sobre la plaza de México para no exponer sus fondos si los llevaban en moneda corriente. “Mi compañero arregló este asunto”. Logró que un benévolo comerciante, no sé si de la familia de los Lechugas o de los Carracos (*sic*, probablemente Carrascos) o de los Pliegos, diera una ordencita sobre México...

En su relato, Altamirano dice: “[...] nuestra figura en la diligencia era exótica; no volvimos a ver otro ejemplar similar, sino cuando el gran D. Benito Juárez hizo su correría en el interior, alejándose de los franceses.

Naturalmente nuestro aspecto encogido y triste, nuestras levitas de gran solapa y nuestro sombrero alto hicieron reír furtivamente a todos los compañeros de viaje, tan luego como nos vieron colocarnos humildemente en dos asientos de la parte trasera del coche [...]

[...] sonaron las siete de la mañana y se dio la orden de partir. Sonó el látigo, arrancaron las mulas y la diligencia partió en efecto echando chispas en el empedrado y haciendo un ruido de los mil demonios. La mañana estaba brumosa y horriblemente fría. El vientecillo del Nevado colándose por las portezuelas nos entumecía y paralizaba, pero salió el sol, avanzó la hora y pronto advertimos que habíamos salvado el espacio de llanura que media entre Toluca y la aldea polvorosa y triste que llama todo el mundo ciudad de Lerma [...]

La escolta que había seguido de lejos la diligencia, se acercó hasta marchar a su costado. Mandábala en jefe un sargento gordinflón y chaparrito, colorado como tomate, de bigote gris y con los ojos de borracho. Lo seguían como 13 o 14 dragones cubiertos con chacos de cuero negro, envueltos en barraganes amarillos y montados en caballos flacos...

Entrábamos en una espesura, el sargento volvió a acercarse.

—Mi licenciado —habló dirigiéndose al pasajero bien vestido y mejor enjoyado—. Voy por aquí a dar una campeada; no me tardo; quiero

sorprender a unos que me dicen que andan desbalagados por unos escondrijos.

—Bueno —respondió el abogado—, pero no se nos aparte mucho.

—No tenga usted cuidado, mi licenciado, voy a una vista... a una vista, un ojo al gato y otro al garabato...

La escolta se perdió en las obscuridades del bosque (del Monte de las Cruces) por el lado izquierdo.

No habían transcurrido unos cinco minutos y la diligencia seguía caminando lentamente, cuando se escuchó del lado derecho del bosque un agudo silbido y salieron como flechas de entre los pinos y por una hondonada oscura donde el camino hacía recodo, hasta cinco bandidos jinetes en poderosos caballos, cubiertos con sarapes, envuelta la cara en pañuelos negros y armados de mosquetes. Y Colín, el cochero, no dijo más que esta palabra aterradora:

—¡Los compadres!

[...] un jinete montado en arrogante caballo, con el ancho sombrero hasta los ojos negros de árabe y teniendo en una mano delgada y nervuda una pistola americana, se detuvo a un

costado de la diligencia. Otros se situaron del lado opuesto, otros se apearon de sus caballos que tuvo un tercero y se dirigieron mosquete en mano a cada una de las portezuelas.

[...]

[...] abrieron las covachas, registraron los baúles, se llevaron lo mejor, registraron papeles, cartas, devolviendo lo que no les servía, entre lo que estaba nuestra libranza, los expedientes del licenciado, y el breviario del cura, y cuando terminaron a su sabor la operación, cargados con su botín, se internaron el bosque, lentamente y al paso de sus caballos...

—¡Miserable sargento! ¡Canalla! ¡Ya me acordaré de él!

[...] momentos después apareció el sargento con sus dragones, muy orondo y muy satisfecho.

—¿Qué dice usted de nuevo, mi licenciado?
—gritó de nuevo acercándose a la diligencia.

—Digo —contestó Lanzacorta— que ya sabrá el gobierno la clase de alhaja que es usted.

—¿Pues que han robado, amigo Colín?
—preguntó al cochero.

—Sí, señor, hace diez minutos.

—(el bandido) ¿Roca?

—No sé.

—Sí, sí; Roca, Roca —exclamó la señora de las verrugas...

—Hoy me las paga todas; hoy lo cuelgo —dijo el sargento poniéndose a galope con sus dragones e internándose por el lado derecho en seguimiento de los bandidos...

Desde aquel momento no volvimos a ver al sargento. Probablemente había ido a recibir su parte del botín, en la guarida del señor del Monte de las Cruces".³⁰

En la capital del estado de Nuevo León ocurrió un inesperado, triste y para nosotros desalentador acontecimiento. Al día siguiente de nuestro arribo, descansados luego de un fresco baño, pues no estábamos acostumbrados a los calores del mes de mayo en aquella vasta región, nos dirigimos al Palacio Diocesano para solicitar una cita con S. Ilmo. Monseñor Doctor Madrid, Obispo de Nuevo León, cuyo nombre de pila se me borró. Con el dolor pintado en el rostro el párroco encargado de la Mitra nos expresó que la noche anterior a la víspera, el Señor Obispo Madrid había muerto de una vieja dolencia.

Desolados, sin haber alcanzado nuestro anhelo, regresamos a la ciudad de México para decidir de qué modo alcanzar nuestra indeclinable meta.

A JALAPA

En conciliábulo llegamos a la conclusión de que, en la república, ninguna ciudad accesible ofrecía una diócesis cuyo Obispo se mantuviera al frente. Algunos habían muerto sin reemplazo y los más habían huido fuera del territorio nacional. En el extranjero la diócesis más cercana estaba en la isla de Cuba, probablemente en La Habana o en una acogedora ciudad denominada Varadero a distancia de 10 o 12 leguas de La Habana.

Decidimos aprovechar la simpatía que probablemente tuviéramos de parte del Servicio Exterior Mexicano, puesto que el gobierno en turno era de bandera conservadora. Las circunstancias externas no eran de ninguna manera favorables; el ejército francés, reputado como uno de los más organizados y valientes de Europa,

avanzaba con lentitud pero a paso firme desde el Puerto de Veracruz hasta el Altiplano de Puebla y la ciudad de México.

Convencí a mis compañeros de no abandonar ni desistir de nuestro propósito; que obtuviéramos el permiso para viajar a La Habana. Sin dificultad nos recibió el director general para América Latina del Ministerio de Relaciones Exteriores. En pocos días obtuvimos la deseada visa para trasladarnos a aquella isla, aunque nos sentíamos temerosos de las vicisitudes que nos esperaban en esos tiempos políticos tan complicados.

Sabíamos que había algunos tramos en construcción del ferrocarril para el Puerto de Veracruz; decidiríamos en su momento si era posible utilizarlos, aunque fuera parcialmente; no confiábamos, sin embargo, en esa circunstancia. Nos aprestamos a iniciar otra larga jornada en diligencias; en esta ocasión tratando de eludir algún encuentro con avanzadas invasoras o con los defensores de la Patria.³¹

Nos esperaban largas horas en diligencia o a caballo y las pernoctas en posadas de escasa limpieza y mala comida. Nos alentaba saber que la ruta entre la ciudad de México y el Puerto

de Veracruz y viceversa, era una de las de mayor tráfico y tránsito en el territorio nacional. No obstante, estaríamos atentos para no topar ni de cerca a los bandos combatientes. La ruta que habíamos decidido seguir nos llevaría desde la capital del país pasando por Río Frío y llegando a San Martín Texmelucan; en lugar de continuar para Cholula y Puebla, desde San Martín trataríamos de llegar a Amozoc y Nopaluca, El Pinar, Cuapiaxtla, Tepeyahualco y desde allí continuar hasta Perote. Habríamos de cruzar por lo que los lugareños llaman El Llano, que es uno de los lugares más áridos e inhóspitos del centro del país.

A sabiendas de las penosas jornadas que nos esperaban, a bordo de las diligencias, decidimos partir lo antes posible para el Puerto de Veracruz para embarcarnos a La Habana. Seguramente en la diócesis de la mencionada ciudad S. Ilmo. Señor Obispo accedería a nuestros ruegos.

Nuevamente adquirimos tres boletos de la segunda y tres de la tercera clases hasta San Martín Texmelucan; no pasaríamos por Cholula ni Puebla porque en esas ciudades aumentaba cada nueva semana el estruendo de los tambores

guerreros Abordaríamos, con rumbo a Perote y Jalapa por los medios disponibles, a pie, a caballo o, de haberlos, por guayín o diligencia. La inauguración del camino de fierro al Puerto de Veracruz, terminado por completo, estaba a 10 años de distancia.

No éramos ajenos a los peligros que se corrían en la iniciativa que estábamos a punto de comenzar. Hasta el mes de febrero del año de 1862, las tropas de la Triple Alianza —España, Inglaterra y Francia— mantenían fuerte presión militar sobre el gobierno encabezado por D. Benito Juárez a raíz de la promulgación de la Ley de Suspensión de Pagos. Sus tropas y naves de guerra permanecían, acantonadas unas y recaladas otras, en el Puerto. El Presidente Juárez logró obtener mayoría en un Congreso casi mayoritariamente contrario, para tomar todas las medidas necesarias para lograr la disolución de la Triple Alianza y contener la invasión. Dió instrucciones a su Ministro de Asuntos Extranjeros, D. Manuel Doblado, para iniciar una ofensiva diplomática con tal efecto. Se redactaron los prolegómenos del Tratado de la Soledad en los cuales se establecía

la derogación de la Ley de Suspensión de Pagos, se adoptaban medidas para redimir gradualmente los créditos a favor de los países acreedores a cambio del retiro de tropas y naves de guerra. España e Inglaterra aceptaron tales prolegómenos e iniciaron la retirada. Únicamente la Francia se negó a suscribir el Tratado. Anunció su intención de marchar rumbo al Altiplano de México con el claro, aunque no confeso, propósito de asediar la capital del país. Eventualmente deseaban conseguir su capitulación. Transparentaron sus motivaciones políticas de las que ya se tenía noticia; implantar en el país una segunda monarquía a la cabeza de la cual estaría un príncipe europeo. Para ello los franceses disponían del apoyo del Partido Conservador; de un grupo de diplomáticos mexicanos; políticos y miembros del Alto Clero mexicano, más el auxilio de algunos militares traidores a la Patria y las tropas que comandaban.³²

El ejército francés era conducido por Carlos Fernando Latrille, Conde de Lorencez, quienes llegaron al Puerto de Veracruz el 6 de marzo de 1862. Pocos días después los invasores dieron a conocer su doble intención de no suscribir el

Tratado pero a cambio marchar hacia el Altiplano. Los valientes defensores mexicanos, comandados por el hábil General Ignacio Zaragoza, se concentraban en la ciudad de Puebla, sus fuertes y poblaciones circunvecinas.

En este dramático escenario los seminaristas tomamos la decisión de viajar hacia Jalapa, luego al Puerto de Veracruz y embarcarnos rumbo a La Habana, Cuba.

Desde tiempos coloniales, para llegar al Puerto de Veracruz existían dos caminos: uno más directo pasando por Puebla de los Ángeles, de allí a las Cumbres de Acultzingo a Córdoba y el Puerto. La otra ruta llegaba a Perote pasando por Puebla o por los accesos que partían de las poblaciones del estado de Tlaxcala, que arribaban a los inmensos llanos de El Salado y Oriental; leguas adelante desembocaban en la cordillera de la Sierra Madre Oriental, hasta las estribaciones del pueblo y Fuerte de Perote.³³

Luego de reflexionar sobre ambas opciones elegimos la ruta Perote-Jalapa-Veracruz. La razón era, como ya expresé, evitar acercarnos a las regiones donde se movilizaban fuerzas armadas:

invasoras y defensoras. Los cuerpos y batallones del ejército mexicano se desplazaban desde distintas direcciones hacia Puebla con intención de hacerse fuertes en esa plaza. Por su parte, el Conde de Lorencez y sus oficiales habían anunciado su intención de alejarse de Veracruz para moverse hacia el Altiplano; eventualmente tomar por asalto a la ciudad de Puebla.³⁴

A pesar de que ambas rutas eran las más transitadas del país, por los viajeros, los comerciantes y los arrieros, desde los siglos coloniales, sabíamos que su construcción y mantenimiento había sido cada vez más difícil por la escasez de mano de obra en el estado de Veracruz. Los grandes hacendados disputaban a los gobiernos locales la disposición de la mano de obra indígena; segundo, las ordenanzas borbónicas de los años anteriores al triunfo de la Guerra de Independencia, así como la legislación de los primeros lustros de la nueva nación, establecieron, con justicia, que se pagara en efectivo la mano de obra indígena usada para la construcción y el mantenimiento de las vías. Una consecuencia de estas decisiones fué la necesidad de imponer peajes en ambas rutas.³⁵

Corrían los últimos días del mes de marzo de 1862. La segunda jornada de nuestro periplo terminó por la noche en la posada de Río Frío, propiedad de un ciudadano alemán, en medio de abetos y pinos de elevado fuste en la Sierra Nevada, cuyo clima hacía honor a su nombre. En esos días no se había publicado la posteriormente exitosa novela de Manuel Payno,³⁶ mi colega correspondiente de la Real Academia Española, uno de cuyos títulos es, precisamente, *Los bandidos de Río Frío*. En ese momento no imaginábamos que la cena caliente que nos fué servida en aquella posada, cabe una aromática y cálida chimenea, sería la última comida deleitosa que gustaríamos hasta llegar a Jalapa.

Al día siguiente a las seis de la mañana partimos rumbo a Texmelucan (San Martín) donde, a la hora del Ángelus, dejamos la diligencia y a los pasajeros que seguían rumbo a Puebla. Alquilamos unas cabalgaduras que nos llevaron en una larguísima jornada hasta Amosoque o Amozoc, como hoy en día se conoce a ese triste poblado.³⁷

No fué sino hasta la madrugada del día siguiente que nos dimos cuenta cabal del cambio

que mostraba la naturaleza comarcana. La campiña (si es dable usar ese nombre) era árida y casi desprovista de vegetación. A la hora del almuerzo, en una paupérrima posta del camino, remudamos. Tortillas, frijoles mal sazonados y salsa picante fué nuestro austero refrigerio, como correspondía casualmente al espíritu de la Cuaresma, en cuya melancólica atmósfera de duelo nos encontrábamos insertos.

Al manifestar nuestro asombro por la aridez del paisaje, el posadero nos hizo ver que, por estas comarcas, cuando menos había cactus, biznagas y suculentas; empero, estábamos próximos al inicio de una enorme zona del Oriente de Puebla conocida por los lugareños como El Llano; cuyo nombre no se atribuía a los pastos y otra vegetación rastrera que allí pudiera existir. De hecho, no la había; que ese apelativo se le asignaba a la región por ser un terreno mayormente plano, polvoriento, desprovisto de árboles, arbustos, elevaciones o promontorios dignos del nombre.

Cabalgamos más de 20 leguas sobre ese panorama lunar, aspirando un fino polvo salitroso, hasta que, extrañamente, las cabalgaduras

comenzaron a trastabillar en un terreno pantanoso. Trotábamos por una zona de humedad. Luego de pernoctar en una posada que se ubicaba en el interior del casco de una pequeña hacienda, cerca de Tepeyahualco, continuamos en la madrugada. Al partir observamos en la lejanía la silueta de una serranía rematada por un enorme monolito: ¡el Cofre de Perote, al fin!³⁸

Nos cambió el humor y el estado de ánimo. Comenzó el descenso hacia Jalapa por un escabroso camino de rocas. Personalmente me resultó grato y atractivo por la sorprendente variedad de especies de flora no vistas antes por ninguno de los seminaristas, el de la voz incluido. Árboles de tronco tornasolado denominados cedros rojos, otros de fuste más oscuro, pero parejamente majestuosos; plantas tropicales de un tamaño descomunal, selvas impenetrables a ambos lados del camino; arroyos y torrentes que se perdían en las oscuras profundidades de barrancas imponentes, con lejano estruendo. Todo el tiempo acompañados o más bien inmersos en una densa niebla y empapados por una fina lluvia que parecía mojarnos sin que se transformara en franco

aguacero. Pasamos la población de Banderas y finalmente arribamos a Jalapa.³⁹

Los primeros días de nuestra estancia en la bella Pluviosilla, como se conoce también a la ciudad de Jalapa, luego de acomodarnos con parientes, conocidos y, en último término, alojados en diferentes casas. Yo permanecí en la del Sr. Pbro. D. Juan Pablo Venegas y después en la del muy estimable Sr. D. José M. Naredo.⁴⁰ Nos dedicamos a conocer la ciudad tan lluviosa cuanto hermosa. Disfrutábamos de sus sombrosos jardines plenos de fragantes flores de encendido color del trópico. Dedicamos nuestro tiempo a enviar y recibir correos con empresas navieras que hacían la ruta Veracruz, La Habana, a varios puertos de Europa. En una ocasión, volviendo una vez más sobre el tema de nuestro viaje a La Habana, frente al amable Sr. Pbro. D. Juan Pablo Venegas, éste nos comentó con cierto asombro:

—¿Por qué no habláis con su Excelencia Monseñor Fray Francisco Ramírez, Obispo titular de Caradero?⁴¹ Casualmente se encuentra en Jalapa. Si él accede a ordenaros os ahorraríais el difícil, largo y costoso viaje a La Habana.

—Ciertamente, tenéis razón, Monseñor —dijimos.

—¿Podrías proporcionarnos algunas señas que nos permitan ubicarlo?

—Naturalmente, mantenemos una cordial relación. Ignoro cuándo piense Su Ilustrísima volver a Cuba y a su diócesis, pero considero que entre más pronto hablen ustedes con él, será de mayor provecho para ambas partes.

—En efecto, haremos como usted sabiamente nos sugiere, Monseñor. De antemano gracias por facilitarnos la comunicación con Su Ilustrísima.

POR FIN, EL ORDEN SACERDOTAL

Llenos de entusiasmo nos dedicamos a localizar las señas recibidas para hacer una cita con Su Ilustrísima. Al cabo de un par de días logramos hablar con él y le expusimos nuestra angustiada situación:

—Déjenme reflexionar unos días y les comunicaré mi decisión, por ahora no es posible hablar con Su Excelencia el Delegado Apostólico,

representante del Vaticano, por haberse embarcado recientemente a Europa; por otro lado, no me parece lo más apropiado intentar comunicarnos con la Santa Sede en Roma, por los graves acontecimientos que enfrenta la nación mexicana.

Es posible que Su Ilustrísima haya percibido la intensa pasión que nos movía para recibir el Orden e iniciar el ejercicio de nuestra sagrada vocación. En efecto, pocos días después de aquella entrevista el Señor Obispo de Caradero nos comunicó su aceptación para impartir el Santo Sacramento de la Orden Sacerdotal. Se requerían algunos días para tener todo a punto para la celebración de esa memorable ceremonia. Transcurría la última semana del mes de abril; nos propuso el 19 de mayo para la ordenación. Además, le solicitamos su generosa intervención para bendecir y consagrar seis ánforas con 20 litros cada una, de fino aceite de olivo importado, para entregarlas a las parroquias más necesitadas en el centro del país.

Accedió con gentileza a consagrar los Santos Óleos que demandábamos; a nosotros tocaba ahora hacer los preparativos para regresar a la ciudad de México: presentarnos ante la Diócesis

Metropolitana, que carecía de Arzobispo por las vicisitudes de las guerras.

Como es sabido por todos los mexicanos, unos días antes de la ceremonia de ordenación, a cuyas solemnidades me referí párrafos atrás, el 5 de mayo del año del Señor de 1862, las heroicas tropas mexicanas comandadas por los generales Zaragoza, Díaz y otros, derrotaron a los perniciosos invasores al mando del General Lorencez, durante el hoy famoso sitio de Puebla. El General Zaragoza prohibió todo tránsito, excepto de carácter militar, entre la ciudad de Puebla y el Puerto de Veracruz. Nos vimos en la necesidad imperiosa de solicitar al General Zaragoza un permiso o salvoconducto para regresar a la Diócesis Metropolitana de México; entregar los Santos Óleos, ponerlos a disposición de la Mitra e iniciar nuestras primeras tareas sacerdotales.⁴²

Escribí un vigoroso exhorto al comandante del vencedor ejército mexicano solicitando autorización para transitar rumbo a la ciudad de México. La Virgen de Guadalupe y nuestra juvenil irresponsabilidad nos ayudaron porque a vuelta del personero que condujo el exhorto

recibimos una autorización, de hecho un salvoconducto, para transitar hasta la ciudad de México con nuestra preciosa carga. No obstante, el General Zaragoza impuso una severa restricción: podríamos regresar a la ciudad de México evitando nuestro paso, a cualquier precio, por la ciudad de Puebla y su región comarcana.

Nada fácil era cumplir con semejante condición pues nos obligaba a llegar a la población de Tehuacán, muy alejada de las dos vías principales. Nos constreñía a seguir el camino que va de Jalapa a Córdoba y que asciende, penosamente, a las famosas Cumbres de Acultzingo. De ese lugar, debíamos localizar la ruta más corta y menos peligrosa para arribar a Tehuacán, de donde podríamos continuar a la ciudad de México.

Curiosamente, la parte más difícil para obtener el salvoconducto del General Zaragoza resultó la búsqueda y contratación de un correo personal que llevara nuestro exhorto hasta ese ilustre personaje. Nos costó 30 pesos de plata y un acto de absoluta fe y confianza en el personero elegido; por cierto, fué un indígena, feligrés de la parroquia de Córdoba quien accedió a ese riesgoso intento.⁴³

SOBRE UN VIEJO “GUAYÍN”

Sintiendo una extraña mezcla de tristeza y alegría dejamos Jalapa. Allí terminaba la juvenil etapa de nuestra vida como seminaristas. Comenzaban los tiempos de grandes responsabilidades. ¡Cuán lejos estaba de imaginar que 33 años más tarde regresaría a Jalapa! Habrían de ser circunstancias inimaginables para cumplir la más inaudita encomienda del Señor hacia éste, el último y más humilde de sus siervos: Joaquín Arcadio, Obispo de Veracruz.

Descansamos un día en la bella y perfumada Córdoba, antes de iniciar el fragoso camino de vuelta a la ciudad de México.

Dos acontecimientos menores del viaje de retorno se me grabaron: el primero fué el penoso ascenso en un añoso carromato de madera llamado “guayín”, tirado por bestias de carga hasta alcanzar el final de las Cumbres de Acultzingo; buena parte de la sinuosa pendiente hubimos de empujarlo nosotros para auxiliar a las fatigadas bestias.⁴⁴ En dos ocasiones encontramos patrullas de reconocimiento, una de cada bando en contienda, a quienes explicamos los motivos

y la carga que llevábamos, las evidencias resultaron suficientes para dejarnos pasar.

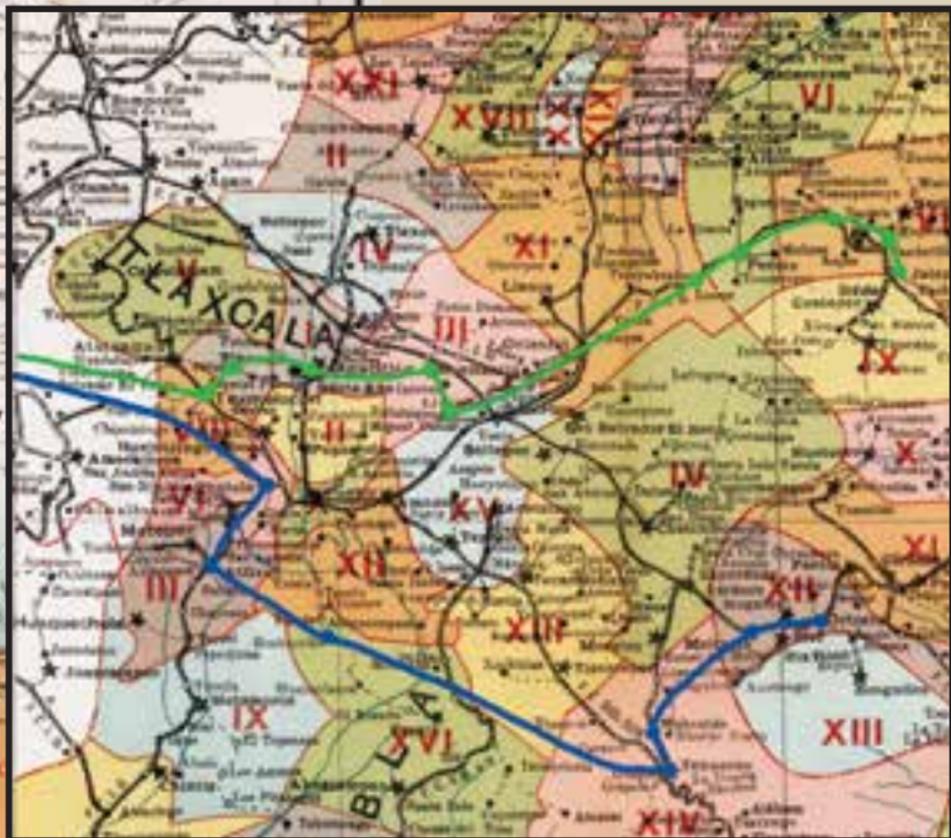
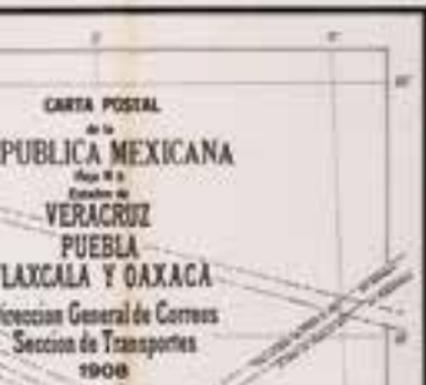
Viajamos largas jornadas marchando tras el carromato, cargado el guayín con el peso de las ánforas que contenían los Santos Óleos y los sacerdotes a quienes tocaba descanso en el camino. Tras fatigar el camino del Altiplano en aquel guayín pudimos descansar por unos días en Tehuacán, estado de Puebla. El comandante de un batallón de los Heroicos Defensores nos pidió que trasladáramos a la ciudad de México a un militar herido. Lo hicimos con gusto, aunque sabíamos que cada cierto número de leguas tendríamos que bajar del guayín para permitir que nuestro caminante en turno descansara por un tiempo. Arribamos a Tehuacán en los últimos días de la segunda quincena del mes de junio de 1862. Estábamos a muchas leguas de la vía más directa a nuestra meta. No obstante, nos quedaba clara la razón de tan penosa y poco natural desviación: cuando las tropas del General Porfirio Díaz rechazaron el esfuerzo desesperado del ejército francés por apoderarse del Fuerte de Loreto, en las últimas horas del 5 de mayo, atacaron a bayoneta calada contra los

mexicanos para apoderarse de la batería elevada que les había causado muchas bajas: fueron rechazados y batidos en el combate cuerpo a cuerpo. Se retiraron en desorden y se dirigieron hacia la población de Amozoc desde donde, varios meses después, regresaron a Veracruz para intentar de nuevo el sitio a la ciudad de Puebla.⁴⁵

Decidimos rodear esa ciudad, evitándola, para marchar hacia Tecamachalco, Tepeaca y Cholula. Posteriormente retomar el camino hacia Río Frío, pasando por las cercanías de Texmelucan. Avanzar sobre Ixtapaluca y finalmente arribar a México.

Nos hallábamos en la capital, gracias a Dios, exhaustos pero sanos y salvos. Eran los primeros días de julio de aquel, por muchas razones memorable, año del Señor de 1862. Unos días de descanso y recuperación nos dejaron preparados para presentarnos a la Mitra Diocesana; ponernos a las órdenes superiores y conocer lo que nos deparaba el futuro inmediato; ahora como representantes de Cristo Nuestro Señor en la tierra.





Ciudades y aldeas por las que cruzaron los seminaristas encabezados por el Sr. Pagaza, en su camino de la ciudad de México a Jalapa. Ruta de ida: Ayotla, San Martín Texmelucan, Milagro, Tlaxcala, Santa Ana Chiautempan, Huamantla, Nopalucan, Tepeyahualco, Perote, Las Vigas, Banderilla y Jalapa. Ruta de regreso: Orizaba, Maltrata, Miahuatlán, Tehuacán, Huehuetla, Atlixco, Cholula, San Martín, Río Frío, Ayotla y ciudad de México [nota del editor]. David Rumsay Map Collection. *Carta Postal de la República Mexicana. Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala y Oaxaca.*

III



El Padre Pagaza, cura párroco de Tenango. Fotografía tomada de *Joaquín Arcadio Pagaza. Poeta. Fotografías*, de Jorge Alarcón, 1973.

LA FAMA INESPERADA

En febrero de 1864 el Vicario Capitular me llamó a las oficinas del Arzobispado diciéndome: “Padre Pagaza, se va usted a la importante Parroquia de Taxco, como su cura párroco.”⁴⁶

La Mitra Diocesana nos exhortó a que nuestro cuartel general, por así decir, estuviera en la nueva sede del Seminario Conciliar; no sería nuestro albergue personal. Deseaba la Mitra encabezada por el Vicario Capitular, por ausencia del Arzobispo de México Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, que aprovecháramos el tiempo apoyando a los señores curas de parroquias cercanas; muy especialmente deberíamos organizar y participar en los necesarios ejercicios espirituales. Yo pedí autorización respetuosa de que se me permitiera, además, regresar a mis pospuestos estudios de Latín superior, Griego, Teología y Retórica. La autorización me fue concedida; aunque seguida de la advertencia de que ciudades importantes en el país carecían de curas párrocos permanentes;

pronto nos comisionarían a una de ellas. Solicité licencia para pasar una temporada en mi tierra natal y llegar a principios de abril al nuevo destino.

VISITA CON DEJE DE NOSTALGIA

Durante ese viaje, con mixtos sentimientos de alegría y pesadumbre, algunos de mis parientes vallesanos y yo pernoctamos la víspera como huéspedes de la Hacienda de San Francisco Tlalcilcalpan, cercana a Zinacantepec. Saldríamos rumbo al Valle, por el antiguo camino de herradura que conduce a Santa María del Monte, temprano en la madrugada; rogué a mis huéspedes que me permitieran officiar, en privado, la Santa Misa, porque pretendía ofrecer la Cantamisa a mi padre de propecta edad, a la memoria de mi santa madre y a mi pueblo. Accedieron. Ofreciéronme que en los espesos muros de la capilla de la hacienda escribirían una leyenda que recordara el suceso. Lustros después la efeméride seguía recordada allí. Nos prestaron buenos caballos, seguros y de paso

rápido. Pretendía llegar al anochecer a la casa de mis padres; prepararme en la oración y la meditación para la Cantamisa a las ocho de la mañana siguiente.

Al caer la tarde dejamos atrás la pequeña población de Amanalco en cuya iglesia, con modesto estilo románico, de muros y contrafuertes de piedra, rezamos el Padre Nuestro y el Ave María por la pronta evangelización de sus habitantes indígenas.

Muchas horas a caballo y sendas leguas transcurrieron desde la salida de Santa María del Monte y el ascenso a la Cumbre, por una vertiente de los helados picachos del Nevado de Toluca. Dejamos a la siniestra el cerro o volcán de San Antonio; de un monte a otro cabalgamos durante horas un largo trecho por los densos y umbríos bosques de pinos, abetos y oyameles; en el paraje denominado Palo Mancornado, habiendo tramontado la Cumbre, atisbamos muchas leguas abajo, el tono verde pálido del vallecito y la laguna de Amanalco y las tierras fértiles de la Hacienda de Santa María Pipioltepec. Nos esperaba el administrador de la Hacienda de Pipiol con una deliciosa y

reparadora merienda. Febo, el inmortal dios sol, iniciaba su rápido descenso hacia el ocaso por el rumbo de los cerros de la Tierra Caliente, entre Iztapan del Oro y Santo Tomás de los Plátanos.

Al retomar el camino mi emoción iba en aumento; no sólo por sentirme cerca de mi padre y de mis parientes, de los paisajes infantiles, sino porque la mañana siguiente sería mi Cantamisa. Le reservaba a mi padre un pequeño regalo que sabía le daría satisfacción. Siempre en terrenos de la Hacienda de Pipioltepec existe una pequeña rancharía que se nombra La Candelaria, a escasas dos leguas del Valle de Bravo. Entre ambos sitios, en medio de cerrados, aromáticos y rumorosos bosques de ocote (*Pinus montezumae*), se habían reunido dos docenas de jinetes jóvenes; entre ellos, también, algunos amigos de antaño; deseaban acompañarme en el arribo a mi pueblo.⁴⁷ Bajamos a Rincón de Estradas, caserío asentado en las cercanías de un caudaloso manantial, pasamos por el paraje conocido como Tres Puentes; siempre rodeados por bosques de pino y algunos fresnos incipientes. Tres arroyos límpidos allí confluyen; nos

detuvimos en un bello sitio, a pocos metros de las casitas del Rincón de Estradas, a una altura desde donde vislúmbrense los trigales, las casitas de adobe con sus rojos techos de teja del escondido barrio de Otumba. Sopla allí una suave brisa húmeda, refrescante, que los literatos llaman “el céfiro” por correr de Poniente a Oriente. Una simpática aldehuela es Otumba, en la que habitan los artesanos fabricantes de la vernácula y apreciada loza de barro negro; su asiento son las orillas de una barranca pletórica de fresnos centenarios que crecen en ambas márgenes del fresco arroyo cristalino, conocido por los vecinos como río Tizates. Más abajo, también a orillas del Tizates, en el largo empedrado de la calzada de Otumba,⁴⁸ los siglos han formado un impresionante bosque de árboles frutales denominados Los Guayabos. Descubrí la figura algo encorvada de mi padre. Nos abrazamos con intenso amor y sentimiento. Una premonición sacudió mi espíritu por segundos. ¿Sería el postrer abrazo? Desmontamos. A pie seguimos por la calzada, rodeados de amigos y parientes. Después de los Alfareros, directamente arribamos a la plaza o jardín central y a la

Parroquia de San Francisco. Esa misma noche, en el silencio profundo de la obscuridad provinciana, trémulo de emoción escribí el siguiente soneto:

OTUMBA

Al asomar encima la pendiente
Boscosa y de los céfiros morada,
Una ladera mírase agobiada
Por el trigo en sazón y por un puente.

Allí para cada ave hay una fuente;
Para cada raudal una cascada;
Y para cada salto una arbolada
Sombrosa vega, blonda y floreciente;

En cada arbusto se vislumbra un nido,
Un corimbo de flores, una poma,
O un cándido panal de miel henchido;

Suda cada árbol odorante goma;
Y en cada risco pardo y carcomido
Arrulla lastimera una paloma.⁴⁹

La Cantamisa, a las ocho en punto de la mañana, la concelebré acompañado de los párrocos de Temascaltepec y de Tejupilco. Fué un

momento de gran intimidad espiritual: alcanzar un objetivo vocacional, un gran propósito cumplido, vencer innúmeras vicisitudes, el fin de una etapa vital y el inicio de algo mucho mayor. Me sentí cerca del Altísimo como nunca antes; no me alcanzaban las oraciones ni el pensamiento para dar gracias a Dios Nuestro Señor por la gracia concedida.⁵⁰

Al término de la Eucaristía, cuando todo parecía haber terminado, después de la frase solemne *Ite missa est*, levanteme, descendí unos peldaños del altar y acerqueme al reclinatorio que ocupaba mi padre; llevaba una cajita de plata que puse en sus manos temblorosas. El señor cura párroco de Temascaltepec, alertado anticipadamente, explicó a los feligreses aquello que contenía la caja y qué significaba. “Se trata —dijo— de un regalo a su queridísimo padre: la cinta de seda que el Señor Obispo usó para limpiar el Santo Crisma con el que consagró las manos del nuevo sacerdote, nuestro querido Padre Pagaza”. Yo estaba radiante pero extrañamente pesaroso.⁵¹

TAXCO INDÓMITO

La ciudad pertenecía al Estado de México. Taxco se ubica hoy en el Sur del nuevo estado de Guerrero en plena Sierra Madre Occidental; es una hermosa población fundada por los mineros españoles en los siglos de la Colonia. Dió a la Madre Patria el fruto de sus entrañas: la plata más pura desde el Sur del río Grande hasta el Norte del Perú. Siempre sentí admiración por su hermosa parroquia, Santa Prisca, de impresionante estilo barroco-churrigueresco; la mandó construir el empresario minero José de la Borda en el siglo XVIII.

Quedé absorto por la belleza del trabajo de filigrana de cantera en su fachada; a mi madre le recordaba los inigualables bordados de Bruselas, en las infaltables carpetas y servilletas sobre las que las matronas de prosapia servían el té o el café o como los remates del alba o de los amitos en el vestido parroquial.

Poco imaginaba en ese momento que mi enemigo en aquel nuevo ejercicio ministerial en Taxco habría ser el clima y la feraz e indómita naturaleza.

Llegué a la ciudad al inicio de la época de más intenso calor en la Tierra Caliente, en los primeros días de abril de 1864. Mis paisanos oriundos de las zonas comarcanas a la cabecera del Valle de Bravo conocemos de oídas o presencialmente la región al Sur de nuestros pueblos; aludo a los que se ubican más allá del Salto de Ixtapantongo, tales como Otzoloapan, Santo Tomás de los Plátanos, Zacazonapan, Luvianos o Bejucos. Por el otro lado, hacia el Sur Oriente del Valle están Tejupilco, Amatepec, Tlatlaya, Zacualpan y otras más que no citaré. Lo que deseo hacer notar es que esas poblaciones constituyen, para los habitantes de las estribaciones de la cordillera del Nevado de Toluca, “nuestra Tierra Caliente”. Sin embargo, la verdadera Tierra Caliente de Guerrero, como también la de Michoacán, se coloca un largo trecho más adelante en el rigor del clima y las características de su naturaleza.

Quedeme estupefacto al darme cabal cuenta que la vida y el trabajo cotidiano de la entera población de Taxco y la comarca, estaban rigurosamente organizados en torno a los cambios cotidianos del clima. La ciudad parecía quedar

suspensa o adormecida entre la una y las seis de la tarde. Es posible, pensé, que algunos tengan por costumbre hacer la siesta en esas horas. Me equivocaba: los pastores, los labriegos y otros agrícolas que laboran a la intemperie comienzan su faena cotidiana con la primera aurora; entre cinco y seis de la mañana. La suspenden al medio día; cuando regresan al trabajo, cosa que únicamente hacen quienes habitan cerca de su sitio de ocupación, la tarde va cayendo. Los comerciantes y quienes prestan algún servicio también cierran sus locales en un horario similar. Pero el bullicio y la actividad se apodera nuevamente de los habitantes antes de la dieciocho horas, cuando llaman al rosario; no pocos sacan a las calles o balcones sus rústicas sillas de palma para conversar, fumar, tomar el mezcal o el intransitable aguardiente o simplemente mirar quién pasa delante de su puerta. Las razones de este peculiar comportamiento son el agobiante calor y la carencia de brisa.

Numerosas poblaciones, aldeas y rancherías integran el dominio de la parroquia. Las capillas adscritas a esa demarcación no están demasiado distantes del centro de Taxco, si hubiera

manera de hacerlo en línea recta; pero Taxco está enclavado en uno de los nudos montañosos de más agresiva topografía en esa área serrana. En la dura realidad, los feligreses de la parroquia habitan en grande aislamiento; para llegar a la cabecera deberán fatigar largas jornadas a caballo —en pocas ocasiones—, la mayoría en mulas o en toros de trabajo; invierten horas de camino y leguas de viaje. Pronto me di cuenta de que mi encomienda era un gran reto; la Providencia así lo había dispuesto: me parecía la prueba faltante en la consolidación de la madurez vocacional.

Una tarde del perpetuo verano de Taxco, escribí:

Hay un pueblo del mar no muy distante,
del mar del Sur, de clima tan ardiente
que al medio día corre vacilante
a buscar brisa la irritada gente.
De cigarras sin fin la voz chirriante
resuena en el *huamil*; y el mudo ambiente
de los palmares, en insectos ricos,
no agita los brillantes abanicos [...] ⁵²

Inútilmente intenté, un día sí y otro también, mantener el mismo ritmo y uso de mi tiempo, las ocupaciones y hábitos que me eran propios en el clima benigno del Altiplano. No me fué posible. Poco tiempo había transcurrido desde mi llegada, cuando en las primeras horas de cierta tarde un feligrés me solicitó, con premura, acompañarle a su humilde choza en el fondo de un barranco para confesar y llevar la Sagrada Eucaristía a su moribunda esposa. Salvo la agresiva pendiente de la vereda conductora, no esperaba mayor sorpresa de esa tardía jornada. No fué así. Al regresar a la casa parroquial, menos cansado que fastidiado, sentéme a la mesa de tosca madera de “parota”, una especie de higuera gigante, que servía para tomar los alimentos y como rústica mesa de trabajo; me allegué lápiz, un cuaderno de notas y escribí un pequeño recuerdo, entre otros, de ese viaje:

El zumbador *gegen* y los molestos
zancudos y el maléfico mosquito
obligan a vivir haciendo gestos
y a exhalar a la vez agudo grito;
más otros palúdicos funestos

que se crían en número infinito
pican y acozan rezumbando fieros,
tanto, que salen de rascarse, uñeros.⁵³

Al paso de los días y las horas de forzado tedio vespertino, no pudiendo concentrar mi atención en pensamientos más elevados, dedíqueme, tal vez por la ardiente temperatura del ambiente, a redactar muchos versos en octavas; narré en ellos el incontable número de insectos venenosos que pululan en la selvática maleza de aquella Tierra Caliente; parejamente, señalé los reptiles peligrosos, habitantes comunes de aquel país, desconocidos en otras latitudes. Confieso que no lo hice por una disposición naturalista; más bien por el temor y el rechazo que me inspiraban.

Terminada la estación de más intenso calor hacia septiembre de 1864, empezaron las lluvias torrenciales, en ocasiones transformadas en ciclones. Conforme la noticia del nuevo párroco de Taxco se expandía por las ranherías y aldeas comarcanas, el trabajo pastoral se intensificaba. Si bien el agobio de las temperaturas elevadas había cedido, ahora las molestias se

trasladaban a la protección del número casi infinito de insectos y reptiles que se multiplicaban por doquier.

Con frecuencia me atrapaban escalofríos y temperaturas corporales inusitadas, las personas que me atendían, en la casa parroquial, intentaban con fomentos de agua fría impedir desmayos y delirios. Pensé que convenía dejar un registro del estado de cosas en que me encontraba, por si requería solicitar auxilio médico más adelante. Ciertamente, por salud mental me había parecido útil el primer ejercicio poético realizado al contar, también en octavas, una leyenda que se había apoderado de las mentes ingenuas, ágrafas y analfabetas de una población relativamente mayor; aquella narrativa de un fantasma que en vida había sido una atractiva joven mujer, vecina de la aldea, de quien se decía haber dedicado su vida a obras de caridad y embellecimiento de la iglesia del lugar. Aquel poema, que intitulé preliminarmente “María”, fué un ejercicio juvenil que me tuvo ocupado; me hizo disfrutar del placer de convocar a las musas, aunque en lenguaje llano, como acomodaba bien al tema, destinado a imaginarios lectores

de mi parroquia. No obstante, fué tan elemental el manejo de la materia y la forma, que me hice el propósito de nunca publicarlo. Se dió a la luz mas no de *motu proprio*; fué por decisión solitaria, no autorizada, de mi amigo el Pbro. Lucio Estrada, cura de Sultepec, en el año de 1890.⁵⁴

Ese ejercicio poético me ayudó a conllevar mis dolencias, pero sobre todo a sobreponerme al difícil, y en ocasiones oneroso, cumplimiento de los deberes pastorales. De hecho, escribí un relato autobiográfico trasladado a la figura y acción de un anciano sacerdote que recién había sido adscrito a una parroquia que se asemejaba en todo punto a la de Taxco. Algunas de mis jornadas en lejanas poblaciones de la sierra duraban hasta una semana antes de llegar con auxilio espiritual a las familias necesitadas; aquellas fatigosas andanzas las atribuí al anciano sacerdote que brotó de mi imaginación.

No todo era fantasía en la modesta lira que intentaba tañer en solitario. Ese largo poema descriptivo de la Tierra Caliente me permitió ejercitar la observación minuciosa de la naturaleza tropical; su traslado al idioma español, en

busca siempre del adjetivo pertinente, del ritmo, la métrica y la consonancia. Acomodábame a la forma de octava real también llamada octava italiana. Hasta ese momento, mi estro había consistido en los intentos de traducir a los poetas clásicos Virgilio y Horacio en sus extensas obras; igualmente, ensayar algunos titubeantes sonetos dedicados a rincones privilegiados de mi tierra natal.

Parecíame escuchar una y otra vez las palabras de la Homilía del Obispo Consagrante de Caradero en Jalapa:

Entre los feligreses el sacerdote debe buscar la conciliación hasta lograr una verdadera integración de los distintos grupos sin disminuir ni denigrar a alguno de ellos; el cura párroco debe hallar fórmulas sencillas para hacer llegar la formación pastoral a su grey; incansablemente ha de buscar que sus feligreses se acerquen a la Confesión y a la Sagrada Eucaristía; debe procurar que los niños y jóvenes vivaces y alertas de sus comunidades, continúen con sus estudios, descubriendo en alguno de ellos la vocación sacerdotal; sin imponer condiciones se

ofrecerá a llevar los Sacramentos, incluyendo los Santos Óleos, a los más ancianos y enfermos procurando atenderlos con amor y caridad en las postrimerías de la vida; no importará qué tan difícil sea llegar hasta ellos. Tratará de abrir una escuela parroquial, en caso de no haberla, igualmente, escuelas “Amigas” para proveer la educación de las niñas. Predicará una y otra vez sobre los Diez Mandamientos y buscará, incansable, su cumplimiento.⁵⁵

Recuerdo bien la aventura que sufrí en la búsqueda de una familia que habitaba cierta lejana ranchería. Un pariente fué encomendado por su familia para llevarme hasta aquella gente plena de necesidades espirituales, físicas y de salud. Viajamos en el lomo de dos toros de tiro. Ciertos momentos fueron particularmente difíciles en el trayecto que duró casi una semana: cruzar una angosta, profundísima barranca, en cuya sima rugía un torrente; pasábase sobre un puente tejido con enredaderas y lianas; llegar a la cabaña a orillas de la aldea que buscábamos; encontrar que varios días antes la enferma, motivo de nuestro viaje, había fallecido; estaba enterrada.

Como ejemplo de semejantes tribulaciones transcribo aquí algunas octavas que darán alguna idea de las angustias que conllevaba el párroco de Taxco; por entonces, todavía, el Padre Pagaza. Al llegar hasta el profundo cañón el anciano cura se detiene titubeante:

MARÍA: POEMA DESCRIPTIVO
DE LA TIERRA CALIENTE

[...]

Sobre ese abismo, de árboles añosos
que pueblan las orillas de ambos lados,
torzales de bejucos correosos
para servir de puente vense atados.
Por ellos pasan firmes y garbosos,
en pasamanos flojos apoyados
guardando el equilibrio y haciendo eses,
Pie tras pie sus audaces feligreses.

[...]

No hay refugio posible, inevitable
es el peligro; finge que no atiende
a lo que escucha, el puente deleznable
a gatas va á tentar; sobre él se tiende;
con las piernas se afianza, y muy afable
al compañero ruega que le vende

por evitar que doble aquel suplicio
la vista del horrendo precipicio.

Se adelanta el costeño, y de los brazos
le afianza, y cauto para atrás camina;
le arrastra y lleva haciéndole pedazos
el vestido; rémecese y rechina
el fiero puente, y lleno de arañazos
y maldiciendo á suerte tan mezquina,
ya en la otra parte, se desvenda el cura
y no exponerse más, jura y perjura.

[...]

Medio desnudas salen las mujeres
y se asoman los trémulos ancianos
diciendo: *¿anto padre, entra si quieres
y échanoj bendición con laj doj manos.
maj al enfermo confesaj no ejperes
pue' todoj loj que miraj ejtan sanos;
ya nueve diaj que murió el enfermo
del calambre con bajca, toj y muermo.*

[...]

los brazos tiende y dice: ¡Padre Santo!...
¡Padre!... no puede más; le ahoga el llanto.⁵⁶

RETORNO AL SEMINARIO

Posiblemente por haber sido inoculado por algún mosquito transmisor de las fiebres palúdicas, al paso de los meses mi malestar fué en aumento; el tiempo llegó en que no me sentía con la fuerza suficiente para atender las labores pastorales de aquella jurisdicción parroquial desafiante. Decidí escribir un memorial en forma de epístola al Ilmo. y Rvdmo. Arzobispo D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, de la Diócesis de México. Roguele me hiciera favor de aceptar mi renuncia para no afectar el posible terreno pastoral ganado con mi feligresía. Estábamos en los primeros meses del año de 1865. A vuelta de correo recibí la aceptación de la renuncia al cargo de cura párroco de Taxco, signada por el propio Arzobispo de México; me pedía presentarme en la ciudad capital tan pronto como la salud para emprender el viaje lo permitiera. En la misma epístola de respuesta, S. E. el Sr. Arzobispo me insinuaba que quería me desempeñara, nuevamente, como profesor en el Seminario Conciliar Diocesano impartiendo, probablemente, las cátedras de Retórica y Gramática española y latina.

Antes de terminar el ciclo escolar de medio año me presenté ante S. E. D. Pelagio Antonio, Obispo de Labastida y Dávalos; retomé intensiva preparación para impartir las cátedras que se me habían asignado.

Sin embargo, tal vez porque el Sr. Arzobispo vió mi estado físico lamentable, me sugirió que acompañara al cura párroco designado de Cuernavaca, ciudad con un clima envidiable todo el año, para apoyarle en los trabajos de organización y arranque de aquella parroquia. Seguramente pensó, acertadamente, que así culminaría mi recuperación de los males palúdicos.

Desde luego incorporeme como facultativo, miembro formal del Claustro del Seminario Conciliar en los cursos más avanzados para los seminaristas. Las cátedras que impartí en los siguientes años estaban estrechamente vinculadas a las etapas superiores de estudio en el Seminario.

El primer peldaño de esos estudios giraba en torno al tema genérico de las Humanidades: Gramática española; Retórica; Matemáticas; Geografía; Cosmografía; Latín; Griego y una lengua moderna como el Francés, el Alemán o más raramente, Inglés. Su duración era prolongada,

podía tomar hasta cinco años. Las cátedras de Gramática española, Retórica, Latín y Griego me deleitaban y era poca la preparación y esfuerzo adicionales porque conocía los temas y los amaba desde pequeño. No así con las restantes materias que tomábanme largas horas de preparación.

El segundo peldaño se dedica al análisis de diferentes áreas de la Filosofía cristiana; entre ellas: Metafísica (estudio de las propiedades, principios y causas primeras del ser); Lógica menor y mayor; Psicología Filosófica; Cosmología (origen del universo); Teodicea (la vía natural para conocer la existencia de Dios); Ética (estudio de los valores morales, inamovibles y perennes, en los actos humanos).

La tercera etapa fundamental de los estudios superiores del seminario es la Teología. Usualmente se integra de la manera siguiente: el Dogma (estudio de las verdades reveladas, es decir, la Fe); la Moral (el estudio del deber ser en el comportamiento del hombre); los Sacramentos y los Mandamientos; el Culto (la relación de la criatura con su Creador).

Los poetas latinos y griegos me apasionaban. De los poetas griegos, a quien estudiábamos con más ahínco en nuestros años del Seminario era a Teócrito, en su idioma original, el griego clásico. Ese placer literario seguramente debe mucho a mi distinguido compañero de estudios humanistas, el destacado intelectual potosino, posteriormente el Ilmo. Rvdmo., Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de San Luis Potosí. A la edad de 17 años inició la traducción de los *Idilios* del poeta, con uno dedicado por Teócrito a Adonis. Mucho tiempo después se publicaron en una bella edición; la conservo conmigo como joya preciada.⁵⁷

Escritores y poetas latinos eran, naturalmente, materia de estudio en mi cátedra: Cicerón, el gran orador y político; Tito Livio, el historiador; Séneca, el filósofo; Ovidio y sus metamorfosis; los comediantes Plauto y Terencio; el vencedor de la Guerra de las Galias (*De bello gallico*), Julio César; Lucano y su famosa *Farsalia*. El reto para mí consistía en elegir y seleccionar de entre el enorme acervo literario latino. Sin embargo, siempre volvíamos a los clásicos: Virgilio y Horacio. Fuera de toda modestia diré

que, en el estudio de los textos latinos de estos dos autores, consultábamos traducciones de literatos contemporáneos y antiguos; pero los jóvenes pedían regresar a mis propias traducciones literales y parafrásticas. Tal vez únicamente por complacerme.

Gratos y provechosos, en más de un sentido, fueron aquellos tiempos en el entrañable claustro del ex Convento de San Camilo; con sus bellos arcos de cantera labrada y umbríos corredores; lejano en la memoria quedaba el edificio primero del Seminario Conciliar, al que asistí en los meses iniciales como estudiante, con sus habitaciones estrechas e incómodas. Como institución, el Seminario Conciliar de México, de inspiración tridentina, se fundó 1697 por el Ilmo, S. E. Monseñor D. Francisco Aguiar y Ceijas. Inició en una construcción adosada a la Catedral Metropolitana, cuyo valor al paso de los años era más sentimental que arquitectónico o funcional. El gobierno ordenó que se derribara; después de algunos titubeos las autoridades otorgaron al Seminario el edificio del ex Convento de San Camilo por la intervención directa del Presidente D. Benito Juárez.⁵⁸

Al terminar las vacaciones del ciclo escolar e iniciar el nuevo, en enero de 1865 —había transcurrido casi un lustro de mi regreso de la parroquia de Taxco— me llamó a la oficina de la diócesis el Ilmo. y Rvdmo. Arzobispo D. Antonio Pelagio Labastida y Dávalos. Me sugirió aceptar el cargo de cura párroco del Sagrario Metropolitano. Acepté gustoso porque además de la confianza y el honor que ello representaba, dióme un respiro de las tareas intelectuales de la cátedra. Seguramente así lo intuyó S. E. el señor Arzobispo, pues pocos meses después enviome a Cuernavaca; pequeña, tranquila ciudad de clima primaveral perenne. Pude leer y escribir a mi libre albedrío hasta que el Sr. Pbro. de Cuernavaca, D. Vito Cruz Manjarrez, promovió mi nombramiento como su auxiliar. En el tiempo que me dejaban libre mis deberes pastorales, púseme a trabajar con ahínco en las traducciones de los poetas latinos y en el recuerdo vivo, nítido, de los paisajes de mi tierra natal; revisé las traducciones parafrásticas de algunas partes de las *Geórgicas* y pulí algunos sonetos originales.

EN TENANGO DEL VALLE

A mediados de 1872, recibí la noticia, sorpresiva para mí, de que el Sr. Arzobispo de México había pensado designarme como cura párroco de la población de Tenango del Valle, ubicada a dos leguas de la ciudad de Toluca.

Viví en Tenango del Valle hasta el año de 1882; con mirada retrospectiva puedo decir que fué la etapa más intensa en mi vida pastoral; sin estar exenta de dificultades y algunas tribulaciones a las que logré sobreponerme, sostuve un trabajo apasionado, cálido, cercano del todo con mis feligreses. A cambio recibí de ellos su más vivo y entrañable cariño. En 1875, estando en mi labor parroquial en Tenango, me enteré subrepticamente de lo siguiente: el Padre José María Silva, profesor del Seminario Conciliar de México, mi amigo querido, dió a conocer entre sus colegas de la capital, D. Rafael Ángel de la Peña, D. Alejandro Arango y Escandón y el Padre D. Tirso Rafael de Córdoba, algunos sonetos escritos por mí, sin revelar el nombre del autor, atribuyéndolos a un tal padre Gómez,

de Valle de Bravo.⁵⁹ Fueron acogidos con muestras de entusiasmo y hasta de admiración.

PÁRROCO EN CUERPO Y ALMA

Durante los años transcurridos en el desempeño de mis cátedras en el Seminario Conciliar, diversos diarios, revistas literarias y honrosas inserciones en el órgano oficial de la Academia Mexicana de la Lengua, distinguieronme dando a luz algunos sonetos originales y traducciones del Latín en verso castellano.

En mi caso la obra literaria fué reuniéndose gradualmente con los años, a paso y medida que Dios Nuestro Señor me encomendaba tareas pastorales al servicio de nuestra Santa Madre Iglesia.

El clima en mi nueva adscripción era muy distinto al de Tierra Caliente, al de Cuernavaca o al de Valle de Bravo y la ciudad de México. En Tenango de Arista —tal es el nombre de la cabecera municipal de Tenango del Valle— el ambiente es frío, casi siempre, o cuando menos fresco; aun en verano. Muy pronto caí en cuenta de las ventajas que ofrece un clima templado: permite vestir con

abrigadora sotana, alzacuellos, esclavina y capa pluvial en su caso; en el clima de Tenango nació mi gusto por la elegante capa española que protege sin quitar libertad de movimientos. Lo más importante es que el clima templado facilita la concentración mental, la reflexión y el estudio. En Tenango la temperatura promedio en todo el año es de 12 grados centígrados.

El territorio municipal se ubica en la parte Sur occidental del Valle de Toluca. La porción del mismo que está más al Poniente, asciende por la falda del Nevado, hasta los llanos intermontanos rodeados de bosques densos y umbríos que pertenecen a las comunidades de Balderas, Putla, Tlanixco y Pueblo Nuevo; el territorio que se halla al sur de la cabecera comprende una región montañosa, cuyo centro geográfico es la población de San Francisco Tepexoxuca; en esa región de lomeríos y montañas se ubica el imponente cerro o monte que los comarcanos llaman el Monte Azul o Xuxtépetl. El camino de herradura para llegar de Tenango a Tepexoxuca asciende casi a la cima del Xuxtépetl en medio de un cerrado bosque intensamente aromático, de pino y oyamel. Debía yo recorrer a caballo esa

panorámica vereda con bastante frecuencia por la relevancia de la feligresía de San Francisco. La sobrecogedora soledad del monte y el silencio reinante me inspiraron un día, muchos años después, un soneto dedicado a ese bello y salvaje entorno; desde la primera ocasión que recorrí a caballo aquella estrecha vereda me sedujo el lóbrego y solitario hábitat; pedí a mis feligreses de Tepexoxuca que en cierto paraje construyeran una pequeña cabaña de madera para orar y meditar. Diez años después de mi arribo a Tenango, entronizado como Obispo de Veracruz, antes de ir a la diócesis que el Santo Padre había asignado, decidí despedirme de mis paisanos del Valle de Bravo y de mis feligreses en Tenango. En esa ocasión fuí hasta Tepexoxuca, por el viejo camino de herradura. El soneto que me inspiró aquel camino dice:

XUXTEPÉTL

AL TORNAR POR VEZ PRIMERA A TENANGO DEL VALLE

Guardián del Valle que de azul y gualda
en alto solio tu cabeza erguida

airoso elevas cana y mal ceñida
de roble y pino en húmeda guirnalda.

Libre y feliz, a tu amorosa falda
logré atenuar las penas de mi vida
¿Y hoy?... ¡Solo mi cabaña derruida
cobijas con tu manto de esmeralda!

En tu gemir de agreste melodía
en tu hálito aromoso, en tu severo
mirar, ya no hallo encanto y poesía.

Oh monte, monte de quietud venero
en tu ardua selva rumorosa y fría
acógeme ya pobre y forastero.⁶⁰

Las poblaciones más importantes del municipio se denominan “delegaciones” y entre ellas figuran: San Bartolomé Atlatlahuca, San Francisco Putla, Tejalpa, Tepehuisco, San Francisco Tepexoxuca, Santiaguito Coaxuxtenco, San Pedro Tlanixco, Santa María Jajalpa, San Francisco Tetela, San Miguel Balderas y Santa Cruz Pueblo Nuevo. La población de estas delegaciones es mayoritariamente de origen indígena con un pequeño porcentaje de criollos y mestizos y

algunos europeos de origen español. La inmensa mayoría profesa la religión católica, aunque impregnada de muchos ritos, hábitos y devociones que tienen su origen en la era del paganismo.

VIDA COTIDIANA EN LA PARROQUIA⁶¹

Es lamentable señalarlo, pero a pesar de que existen escuelas primarias en las principales delegaciones de la Diócesis de Tenango, la población es mayoritariamente analfabeta.

Tal vez por esa composición de la población y también por mi carácter ocasionalmente imperativo, se presentaron algunos problemas con las fiscalías y las mayordomías que atienden el día a día en las iglesias y capillas y en la celebración de la fiesta de cada pueblo. Más adelante habréme de referir a esos diferendos y malentendidos con un grupo pequeño de los habitantes. Por ahora quiero dejar constancia que el clima y el variado paisaje de Tenango del Valle, así como los bien definidos asentamientos de la población, casi todos comunicados por caminos de herradura, permitieron

una mezcla afortunada en el uso de mi tiempo. En las madrugadas se sentía frío intenso pero soportable mediante una buena chimenea; aun en la primavera. No digo el verano porque es la época de lluvias; asoma el sol tímidamente, llueve con frecuencia casi siempre por las tardes y el nivel de humedad es elevado. Érame posible trabajar y concentrarme en la ingente vocación poética durante algunas horas antes y después de celebrar la Santa Misa en una pequeña y pobre iglesia de mi parroquia. El resto del tiempo dedicábalo a mis labores pastorales visitando a la feligresía en diversas delegaciones o supervisando los mantenimientos en las iglesias y capillas; tareas que disfrutaba intensamente. La orografía del territorio municipal es montañosa, con hermosos bosques; acomoda a una planicie amplia en la que se asientan varias delegaciones; lomeríos y collados que unen las montañas. Algunos trechos de los caminos permiten al jinete, si la montura es confiable, leer tranquilamente un libro de interés.

Fui feliz en Tenango del Valle, sin dejar de pensar nunca en mi tierra natal que visitaba con frecuencia; se cumplió mi anhelado deseo

de entregarme a la pastoral, a la vez que perfeccionaba los estudios de las lenguas clásicas e inspirábame en los bellos paisajes para empuñar la rústica zampoña.

Los desencuentros con algunos seglares de Tenango se refieren a las circunstancias siguientes: como se sabe, hay seglares que ocupan cargos de cierta relevancia dentro de la parroquia; que ejercen atribuciones que le corresponden propiamente al responsable de la parroquia, es decir, al cura párroco. Tales personas ocupan cargos de dos tipos: por un lado se trata de los fiscales y sus auxiliares, los “topiles”; por otro, los mayordomos. En las iglesias y capillas que están en las delegaciones de la parroquia, los encargados de cuidarlas son los fiscales y sus auxiliares. Deben mantenerlas limpias; son los encargados de dar los avisos correspondientes mediante las campanas, tales como el Ángelus, el Santo Rosario, la Santa Misa, la presencia del cura párroco, los toques de duelo, las convocatorias a reuniones de los feligreses, etcétera. El número de fiscales y auxiliares está en relación con el número de iglesias y capillas importantes que existen en la jurisdicción parroquial. Sin embargo, en ciertas

poblaciones esas personas se arrogan atribuciones que corresponden directamente a la autoridad parroquial: la designación de los recolectores de las limosnas; la hora en que deba oficiarse la Santa Misa; la hora en que deban abrirse las puertas de la iglesia para el propósito anterior; las horas en que deban mantenerse abiertas, etcétera. En algunos casos los fiscales tienen la pretensión de que para que el párroco entre a la iglesia es menester pedirles a ellos el permiso correspondiente. Pueden o no acceder. Por su parte, los llamados mayordomos son los encargados de organizar las fiestas del patrono o patrona de la población y como tal deciden sobre una serie de aspectos que corresponden a la autoridad parroquial; para dar un solo ejemplo: el horario y la ruta que deben seguir las peregrinaciones en el atrio o fuera de él. Otros aspectos de estas festividades pueden prestarse a abusos por parte de los mayordomos que redundan en perjuicio económico de los feligreses sin que nada tengan que ver con la devoción de la celebración. Tal es el caso de las cuotas obligatorias para organizar comilonas o saraos que en ocasiones degeneran en borracheras y

conductas poco edificantes. Impuse orden y uniformidad en el desarrollo de estas actividades tanto en la cabecera municipal como en las delegaciones. Fueron aceptadas de buen grado mayoritariamente; empero, en la cabecera y en algunas otras iglesias cuya identificación se me ha borrado de la memoria, unieronse fiscales y mayordomos para rechazar mis órdenes. No cedí ante los reclamos que fueron subiendo de tono hasta volverse irrespetuosos si es que no zafios.

Di aviso a la autoridad civil de las arbitrariedades de aquellas personas que, encargadas del mantenimiento cotidiano de las iglesias, parecían dispuestas a que sólo su voluntad soberana, sin fundamento, decidiera cómo administrar la iglesia de la que estaban encargados. Ante semejante arbitrariedad, parejamente, di aviso a la Mitra Metropolitana. La autoridad civil tomó cartas en el asunto, pero en cuanto retiraron su presencia volvieron a campear las conductas no razonables.

Los 10 años anteriores a mi llegada a la parroquia de Tenango habían visto pasar por ella sendos curas párrocos; a razón de uno por año en

promedio. Esa inestabilidad seguramente propició la formación de un relativo vacío de autoridad eclesial, aprovechada por aquellos feligreses que ocupaban cargos como auxiliares litúrgicos para ampliar su margen de acción.⁶²

Acudiendo al nombramiento con el que distinguíome S. E. Ilmo. Rvdmo. Arzobispo Labastida como Vicario Foráneo de Tenango de Valle, decidí trasladarme a alguna de las poblaciones cercanas a Tenango para que se calmaran los ánimos. Para ese momento la Mitra había tomado conocimiento. Igualmente sabía el Señor Arzobispo Labastida sobre el conflicto con este pequeño pero extrovertido grupo de feligreses. Ocurrieron dos acontecimientos dignos de mencionar: por una parte algunos feligreses al darse cuenta de que me trasladaría a otra población, vinieron con ojos llorosos a suplicarme que no lo hiciera; me enternecieron. Por otra parte, recibí el anuncio de una próxima visita a Tenango del Vicario Foráneo general enviado por el Señor Arzobispo.

La Mitra, en efecto, nos obsequió a un Vicario Visitador que llevó un saludo del Ilmo. y Rvdmo., Señor Arzobispo Labastida a los

feligreses. También me entregó una invitación para presentarme en la Residencia Episcopal. Acepté con agrado; traslademe a la ciudad de México a principios del mes de marzo de 1875 y permanecí allí hasta el mes de mayo de ese mismo año. Designé en calidad de encargado de la parroquia al padre Felipe Arteaga. A mi regreso a Tenango constaté con satisfacción que los rijosos habían depuesto su actitud y con humildad me presentaron su saludo y afecto; naturalmente lo recibí de la misma manera.

No era extraño que el propio diocesano o su representante, el Vicario General, hicieran una visita pastoral a alguna de las parroquias de su extensa jurisdicción. Di a conocer este posible suceso a mis feligreses, desde el púlpito, durante una misa dominical. Se disolvieron las nubes de tormenta y todo volvió a la normalidad. Como se verá más adelante, no sería la última vez que tuviera que enfrentar la hosca rebeldía ante mi autoridad.

Por conducto del visitador foráneo, entereme del deseo del Arzobispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, de que gustaríale enviar a algunos alumnos destacados, terminados sus estudios en el Seminario Conciliar, a la parroquia en

Tenango del Valle. La idea del Señor Arzobispo era que estos estudiantes avanzados culminaran su preparación en diversas materias superiores bajo mi dirección. Sentí que era una restricción para mi persona, pero acaté gustoso las instrucciones de mi admirado Superior. Pequeños grupos de dos o tres seminaristas me visitaban, se alojaban en la casa parroquial; allí trabajábamos. Revisaba yo sus traducciones del Latín; se perfeccionaba su inteligencia sobre la Teología, la Teodicea y aún sobre la Gramática española superior y la retórica. El tiempo disponible para mis estudios personales quedó reducido a las horas de la madrugada, pero fué, creo yo, bien aprovechado: revisé y di pulimento a algunos de los sonetos elaborados. Con discreción se los entregué a un amigo mío, el Sr. Licenciado D. José María Silva, rogándole que no diera a conocer su autoría; que la atribuyera al Padre Gómez, un anciano sabio que vivía en Valle de Bravo.

Uno de los aspectos que me satisfizo cuando supe que llegaría a la parroquia de Tenango, es que tiene una larga historia y tradición; aunque algunos sostienen que la primera iglesia se abrió al culto en 1614; también se dice que el Ilmo.

Fortino Hipólito Vera, en su opúsculo denominado “Itinerario parroquial”, sostiene que el 20 de noviembre de 1569 era cura de la parroquia de Tenango D. Alonso Martínez de Sallas. De cualquier modo, estas fechas dejan ver la prosapia de la parroquia y la antigüedad de sus iglesias. Luego de tomar posesión visité la segunda iglesia en importancia, que es muy sólida e incluso en algún tiempo tuvo adosada la casa cural. Se trata de la Iglesia del Señor del Calvario.

Muy pronto me di cuenta de las numerosas cofradías que albergaba la parroquia, tales como la Preciosa Sangre, las Benditas Ánimas, la del Santísimo Sacramento y otras más. Llamóme la atención una de ellas en particular llamada la Cofradía de los Faroles. Las personas de mayor edad recuerdan que un grupo de vecinos se reunió en la casa del señor cura Francisco Bernal para formar la Hermandad de los Faroles, cuya obligación principal era la de acompañar los viáticos (Sacramento de la Eucaristía que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte), llevando cada cófrade su respectivo farol. Los viáticos de los propios cófrades revestían mayor solemnidad y los cófrades difuntos tenían

sus sufragios. Los cófrades encargados de acompañar al párroco y a la Santa Eucaristía cargaban el palio bajo el cual marchaba el cura párroco y su respectivo farol. En lo personal me gustaba esa tradición porque las comunicativas campanillas llamaban la atención de los vecinos, sobre la preciosa encomienda que yo llevaba. En tiempo de tormentas desplegaba la capa de lluvias, pero en invierno no era suficiente para defenderse de las bajas temperaturas y la humedad; fue entonces que comencé a usar la capa española como parte de mi vestimenta normal, mencionada por algunos de mis contemporáneos con asombro o con irrisión.

Nuevamente mencionaré que mis años en Tenango me permitieron la concentración en el estudio, la inspiración, la oración y el intercambio de ideas sobre la traducción más apta de ciertos versos y poemas de los clásicos latinos; los seminaristas avanzados que venían del Conciliar Metropolitano eran mis auxiliares en estos gratos aunque, en ocasiones, tediosos deberes. Reconozco que también encontré el tiempo para escribir algunos sonetos sobre mi tierra natal, a la que visitaba asiduamente dos veces por año

como ya he dicho; pude perfeccionar otras poesías y traducciones escritas con anterioridad.

Transcribo un soneto inspirado en aquella inolvidable población.

EN TENANGO DEL VALLE

Deus nobis haec otia fecit.

Virgilio

Tímida, insomne, apenas abrillanta
La aurora el bosque, y de colores suaves
Los cielos tiñe, al canto de las aves
Inmolo en templo humilde la Hostia santa.

Sigo y persigo con ligera planta
Mis greyes, libre de cuidados graves;
Me da su sombra, en vez de ricas trabes,
Un roble que hasta el éter se levanta.

Delia su luz; los árboles sus pomas;
El arroyuelo que á mis pies murmura
Sus cristales; las flores sus aromas;

Y el cefrillo inquieto, en la espesura
Compite en el gemir con las palomas
Y me regala ensueños de ventura.⁶³

Tirso Rafael Córdoba fué nombrado miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua; tomó posesión de la silla XIII el 29 de marzo de 1881: decidió entonces ordenarse sacerdote. Fuimos amigos y compañeros en la Academia Mexicana de la Lengua;⁶⁴ antes también en su época de profesor en el Seminario Conciliar. Un hombre con fino talento y múltiples virtudes. En septiembre de 1881, el Cura de la Sierra, que tal era el seudónimo del Padre Córdoba, dió a conocer al público que yo, el Padre Pagaza, era el autor de algunos sonetos considerados de notable belleza que se atribuían a un tal Padre Gómez. Desde 1875 el Padre José María Silva, también profesor del Seminario Conciliar de México, dió a conocer entre sus amigos quién era el verdadero autor de aquellos cantos. Así se lo comentó a D. Rafael Ángel de la Peña y Alejandro Arango y Escandón de la Academia Mexicana de la Lengua. El Padre Córdoba no tuvo dificultad en que la noticia de su descubrimiento se extendiera en los círculos literarios de la ciudad de México, porque era un periodista reconocido y estimado entre sus colegas.

A finales de 1882, el Obispo Labastida y Dávalos, convencido, probablemente, del cabal dominio del Latín que muestran mis trabajos; o tal vez pensando en la belleza y sentimiento que en ellas cree ver, consideró que había cumplido mi labor pastoral, por el momento. Mandóme llamar a la Diócesis Metropolitana, lo cual significaba dejar la parroquia de Tenango del Valle. A fines del año fuí postulado como socio foráneo de la Academia Mexicana de la Lengua. El 2 de septiembre de ese mismo año de 1882, tomé posesión como párroco del Sagrario Metropolitano. Mi salida de Tenango del Valle era irreversible.

La despedida de mi feligresía fué sincera, particularmente emotiva. Una multitud empezó a reunirse a las puertas de la casa cural para verme salir en el coche tirado por blancos corceles que proveyéronme los fieles feligreses, especialmente, para el último adiós. La víspera, con el ánimo sumergido en la emoción, redacté un soneto que, si bien imperfecto, pretende transmitir mi honda tristeza, de cuya factura transcribo sólo el primer cuarteto:

AL PARTIR DE TENANGO DEL VALLE

Amadas ovejitas... ¡Oh tormento
Inefable y cruel! Llegó el temido
Fatal instante; y del pastor querido
Vais a escuchar el postrimer acento.⁶⁵
[...]

LAURELES LITERARIOS
EN LA GRAN CIUDAD

El 2 de septiembre del año de 1882, después de algunas semanas del nuevo retorno al Seminario, el Arzobispo Labastida me designó Presbítero del Sagrario Metropolitano. ¡Qué ironía! De la humilde parroquia de Tenango a la del Sagrario. En aquel momento no imaginé que sería un primer peldaño en el discurrir de una vida eclesiástica que terminaría con los máximos honores. Ciertamente, sentía que había alcanzado, finalmente, gracias a Dios, plena madurez intelectual, artística y espiritual.

Sin otro ánimo que el de dar información a mis lectores transcribo la impresión que mi persona causó al notable literato Alberto María

Carreño, una de las mentes literarias más agudas de la época, cuando nos presentaron:

Y paréceme tenerlo hoy mismo ante mis ojos; de hercúlea talla, de moreno rostro, de penetrante mirar, inspiraba sumo respeto su fisonomía, a la que daba cierto tinte de severidad el grueso labio inferior, colgante un poco. Era la suya, sin embargo, un alma blanca y sencilla, siempre dispuesta a la ternura; y jamás podré olvidar toda la que tuvo para el monacillo del Sagrario que era yo.⁶⁶

El año de mi retorno de Tenango con el distinguido cargo de párroco del Sagrario, dos críticos reputados, D. Rafael Ángel de la Peña y el polígrafo D. Tirso Rafael Córdova, pronunciaron inmerecidos elogios de mi obra poética ante los miembros de la prestigiosa Academia Mexicana de la Lengua, señalando que yo debería ocupar un sitio de la misma en cuanto la oportunidad se presentase. Poco tiempo después el notable poeta, amigo mío, D. Alejandro Arango y Escandón, que me hacía el honor de tener en alta estima mi trabajo literario,

especialmente mis traducciones de los maestros latinos, me propuso formalmente como miembro de número de la Academia. Cúpome la fortuna y la distinción de que al año siguiente, en septiembre de 1883, la Academia me aceptara como uno de sus integrantes y que fuese reconocido, al mismo tiempo, como socio correspondiente extranjero en la Real Española.⁶⁷ Pocos años después recayeron sobre mí dos nuevas distinciones eclesiásticas, en diciembre de 1885 fuí nombrado Prebendado de la Catedral de México y en 1887 Canónigo de la misma.⁶⁸

En los siguientes dos lustros desde mi regreso de Tenango al Seminario, cúpome la íntima satisfacción de ver publicados en distintos medios literarios algunos sonetos y otras poesías. Así, en 1882, *La Voz de México* incluyó ocho sonetos.⁶⁹ En 1883, en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española*, se incluyó el soneto que dediqué a la memoria, precisamente, de Alejandro Arango y Escandón, académico fallecido en febrero de ese año. Anteriormente, a propuesta de mi amigo Alejandro, fuí incorporado como socio de número a la memorable institución;

aunque para mi pesar en el sitial que ocupaba el difunto poeta. En 1884, *El Tiempo* publicóme cuatro sonetos; poco después este medio literario dió a conocer otros cuatro.⁷⁰ Entre 1886 y 1891, en las *Memorias de la Academia Mexicana* se publican las traducciones parafrásticas de tres églogas de Virgilio; también la traducción parafrástica de algunas odas de Horacio; publicóse, igualmente, el poema latino del Padre Rafael Landivar, intitulado *Rusticatio Mexicana*, en versión parafrástica; igualmente la traducción parafrástica de la égloga latina del Padre Francisco J. Alegre.

En 1887 me decidí a dar a luz muchas de estas poesías y otros sonetos originales desconocidos, en un libro que intitulé *Murmurios de la selva: ensayos poéticos*, al que me referiré más adelante.

Incluyo aquí, como un divertimento de este prolongado recuento, una traducción que mereció un inusual y singular comentario:

LOS LAGOS DE MÉJICO

[...]

Existe una Ciudad al Occidente,
Lejos de aquí, del mundo conocida

Con el nombre de Méjico; esplendente
Es su cielo, muy amplia y concurrida;
Famosa por sus ínclitas proezas,
Por sus hijos, su clima y sus riquezas.
En otro tiempo domeñó orgullosa
Sin sombra de litigio
A la casta del indio recelosa
De fe, entusiasmo, y de valor, prodigio.
El español ahora
A las razas y pueblos subyugando
En guerra pertinaz y asoladora,
El cetro empuña del supremo mando.
A esta Ciudad limpísimas rodean
De dos lagunas las cerúleas aguas
Dónde á impulso del remo culebrean
Las ligeras y gráciles piraguas.⁷¹

Libro primero del poema latino intitulado
Rusticatio Mexicana del P. Landivar⁷¹

RECTOR DEL SEMINARIO

En 1887, como ya dije, fui designado Canónigo de la Catedral Metropolitana. Tres años después, elegido Secretario del Gobierno Arzobispal. La designación más importante de mi carrera llegó

en 1891, cuando fuí seleccionado Rector del Seminario Conciliar.

Desde la atalaya que representan los numerosos lustros que me separan hoy, de mi ejercicio de cura párroco en Tenango afirmo sin temor a un equívoco, que aquéllos fueron años fecundos de un alto provecho personal. Creo haber desempeñado con amor y fruición la labor pastoral que me exigían los feligreses. En ese tiempo pude avanzar en el perfeccionamiento de las traducciones de Horacio y de Virgilio, así como en la creación de poesía original. Aunque debo señalar, como lo han notado positivamente alguno de mis críticos, la traducción parafrástica sobre todo de Virgilio, el Mantuano, implicó un alto grado de intuición creativa, buscando el sentido profundo y el tono propio del original. No omito mencionar las horas largas en las madrugadas, antes de los fulgores del alba, destinadas a la revisión una y otra vez del trabajo hecho.

Tenango fué para mí un suave bálsamo que me apoyó a conllevar las dolencias del espíritu que se manifestaban como añoranza y melancolía; unas veces con levedad y otras más profundas. Aludo

a la circunstancia que aquella parroquia en una población relativamente cercana a mi entrañable Valle de Bravo me facilitó visitarlo una y hasta dos veces por año. En tales visitas no dejé de acudir a Oztoloapan y a La Labor. Procuraba que las vacaciones coincidieran con los meses más hermosos del año: noviembre y diciembre. El cambio sutil en el color de los bosques, de los encinos y madroños; las suaves alboradas que al parpadear de quien las mira se tornan cielos incandescentes que, segundos después, cambian sus fulgores; los atardeceres inigualables, fuente permanente de inspiración. Tenango me dió la oportunidad de madurar mi sempiterna inclinación literaria. Sobre todo, abrió la puerta al ejercicio de la pastoral, esencia de mi vocación sacerdotal. Creo haber servido intensa y amorosamente a Nuestra Santa Madre Iglesia y a Dios Nuestro Señor en aquella humilde tarea parroquial. A mi regreso al Seminario me concreté a desarrollar la cátedra dentro de los lineamientos estrictos que me había impuesto la filosofía educativa de los jesuitas. Exponía mis lecciones con el mejor ánimo aunque estaba convencido de que los tiempos requerían otros enfoques académicos. Coincidió

con los profesores jesuitas en que era necesario introducir en el programa académico del Seminario materias de Ciencias Naturales, además de las Matemáticas y el Cálculo. Era muy satisfactorio que se impartieran conocimientos de Química, Física y Cronología. Sin embargo, no estaba de acuerdo con su directriz de no aceptar alumnos aventajados e irreprochables en su conducta, por el hecho de no manifestar vocación sacerdotal. Me parecía que era perder la oportunidad de formar ciudadanos valiosos para el mundo seglar.

Las cátedras me dejaron tiempo suficiente para indagar en algunos aspectos científicos que se habían desarrollado ampliamente en el siglo. Sin descuidar, desde luego, la labor literaria, pues con cierta frecuencia las publicaciones de este género en la ciudad demandaban mi colaboración.

Luego de mi ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua pensé seriamente en la publicación de un libro con las traducciones de los clásicos latinos y las poesías originales, escritas a lo largo de los años. Sería una publicación financiada con mi propio peculio; ¿qué editor con un juicio mínimamente mercantil tomaría el riesgo de publicar la obra de un poeta provinciano

conocido sólo por un puñado de literatos amantes de la tradición? No, la obra la publicaría por el gusto de ponerla en manos de lectores con sentido estético, acostumbrados a disfrutar de la poesía clásica y de la bucólica.

Creo que esta primera obra, a pesar de su corto tiraje, fué recibida con gusto por la república de las letras mexicanas y los críticos literarios; me abrió las puertas, con calidez, en los círculos intelectuales de habla castellana en México y allende nuestras fronteras.

No es éste el lugar para aludir, siquiera brevemente, a la obra inmortal de los dos grandes poetas latinos: Virgilio y Horacio. Menos aún de intentar la discusión del valor literario de mis traducciones literales o parafrásticas. Esa tarea ya se ha iniciado, hasta donde me doy cabal cuenta; se quedará, no obstante, como materia pendiente para los estudiosos que en la posteridad privilegien el estudio del humanismo y de las bellas letras.

EN EL SEMINARIO, AIRE FRESCO

Quiero referirme a una circunstancia relativamente poco conocida pero de amplia repercusión en la educación de México; al menos eso pienso. Es innegable que el Seminario Conciliar de México había estado por varios años bajo el manto de distinguidos personajes de la Compañía de Jesús. Tampoco se debe negar la experiencia ni la vocación para la enseñanza de muchos de los militantes de la Compañía; mas, en relación al Seminario los rectores del mismo, tal vez con la aprobación de los ilustrísimos Arzobispos de México, estuvieron de acuerdo en una formación ortodoxa y exclusiva para futuros sacerdotes; el Seminario estaba cerrado para estudiantes que buscaban una preparación superior de alta calidad, pero quienes no necesariamente tenían vocación hacia el Orden.

En 1866 fué designado Rector D. Joaquín María Díaz Vargas, quien permaneció sólo un año al frente de la institución. Se da como explicación, la cual es plausible, el hecho de que el Señor Arzobispo D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos anticipó su salida del país por

la circunstancia de lo que S. Ilma. presentía el deterioro de la situación política, porque se iniciaba el retiro de las invasoras tropas francesas. Éstas regresaban a su país, para enfrentar una posible guerra con la gran potencia militar europea: la Prusia de Bismarck; en lo que el Arzobispo de México no se equivocó. Con todo el respeto y admiración que siempre mantuve para el Ilmo. y Rvdo. Obispo Labastida y Dávalos, mi mentor y maestro, no coincidí con su superior juicio de solicitar a Roma que la Compañía fuera la encargada de regir el Seminario Conciliar durante su exilio. El 19 de diciembre de ese mismo año el Padre José Soler, sacerdote jesuita, fué nombrado Vicerrector; el Arzobispo en el exilio reservó para él el título de Rector; aunque en la práctica quien dirigía los destinos del colegiado era el Padre Soler. Aparentemente con esa acción se trataría de evitar una confrontación directa del Seminario con el gobierno en el evento de una retirada total del ejército francés, como en efecto ocurrió.

DIFERENDOS CON LOS JESUITAS

Los jesuitas, con el Padre Soler a la cabeza, continuaron con su política que llamaremos de apertura y ampliación en cuanto a los contenidos de la enseñanza superior sacerdotal; pero negativa respecto a la admisión de alumnos externos de buena moral y costumbres, no necesariamente dotados de vocación sacerdotal. La conducción del Seminario por jesuitas y la directriz sobre los alumnos, generaron malestar en el Clero Secular: se consideraba menospreciado por el mismo Arzobispo en el exilio, puesto que en otras épocas los jesuitas habían influido y no pocas veces conducido al Seminario. La inconformidad del Clero Secular llegó hasta Roma; los seculares argumentaban que el Seminario había sido conducido por ellos; se mantuvo incólume la voluntad del Arzobispo. El triunfo del partido liberal y el ascenso al poder de un gobierno de este signo, seguramente presidido por el Señor D. Benito Juárez, intranquilizaba a los miembros de la Compañía; aunque, por otro lado, representaba su seguridad personal puesto que el edificio que ocupaba el Seminario, el viejo Convento

de San Camilo, había sido otorgado a la institución por el propio Juárez. No era probable que en el corto plazo esa determinación se modificara; de este modo los miembros de la Compañía sentían que la Ley de Desamortización de los Bienes no les podía afectar. (Según el juicio de algunos historiadores muy posteriores, “el Padre Soler realizó un trabajo magnífico en la dirección del Seminario y fue asistido por otros jesuitas”.⁷³) Durante este periodo dramático fué el único colegio que no cerró sus puertas a pesar de los momentos intensamente conflictivos que se vivían.⁷⁴

El 4 de febrero de 1891 murió mi pastor, mi maestro y guía el Ilmo. Rvdo. Sr. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos en la ciudad de México. Le sucedió en el cargo el Excmo. Rvdmo. Dr. D. Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera; este insigne varón nombróme Rector del Seminario Conciliar de México en enero de 1892, en sustitución del ya mencionado Reverendo Padre D. José Soler, sacerdote jesuita, que por más de cuatro años había dirigido la institución. La Compañía de Jesús dió por terminado su compromiso de supervisar el rumbo

académico y las actividades cotidianas del Seminario. Seguramente pensando con acierto que mi persona, como nuevo Rector, no coincidía con el punto de vista de aquella histórica Congregación. Ciertamente yo difería un tanto en el contenido de la currícula de enseñanza para los alumnos de los grados superiores del Seminario, como en algunos de los procedimientos aplicados en la conducción de éste, a saber: su negativa a abrir las puertas del Colegio a estudiantes externos de buena conducta, comprometidos con los estudios y de reconocida formación católica.

Estudié con detenimiento las constituciones de la Preparatoria Nacional de México, desde la llegada de su fundador, el maestro Gabino Barreda. Este distinguido intelectual, considerándose discípulo del positivista francés Augusto Comte, decidió modernizar la nueva institución de educación superior para dotarla de peso específico tal que pudiera, a través de sus ex alumnos, hacer acto de presencia en la política gubernamental de la República Restaurada.

Inicié los cambios que consideraba oportunos en estas tres direcciones: en primera instancia,

la planta de maestros; segunda, la currícula de las materias adicionales que los estudiantes debían conocer; tercera, abrir las puertas a los jóvenes católicos de probada moral y compromiso con el estudio para que, como estudiantes diurnos, tuvieran acceso a los nuevos avances científicos, filosóficos y sociales que campeaban en la sociedad a finales del siglo XIX.

Por lo que toca a la enseñanza de la Filosofía y la Teología, nuestros hermanos en Cristo, los profesores jesuitas, seguían los modelos más tradicionales de la filosofía escolástica tomista; tal vez era insuficiente la importancia otorgada al conjunto de propuestas y revisiones emanadas del Concilio de Trento. Por lo que corresponde a la materia científica, aunque en la currícula no se ignoraban los avances de la moderna Cosmología, de la Geografía, la Física y la Química, no había referencias detalladas sobre la aplicación del método científico al estudio de las Ciencias Naturales. Por esa razón, decidí incorporar las nuevas enseñanzas de Nuestra Santa Madre Iglesia en materia de Filosofía y de Teología e introducir nuevos avances en el campo científico; me refiero a los progresos

de la Física, la Astronomía, la Biología y, sobre todo, de las Matemáticas superiores. Quiero transmitir un párrafo de mi apreciado discípulo Alberto María Carreño, a quien le tocó ser parte de los cambios en el Seminario; escribió:

Una verdadera transformación sufrió entonces el Seminario: del brazo y hermanablemente caminaron unidos el Álgebra y los Mínimos, la Geometría y los Medianos, la Física y los Superiores. Desapareció, pues la antigua división que separaba el estudio de Latín del de la Filosofía; profesores y alumnos se multiplicaron, y el austero Seminario de sacerdotes trocóse en un amplio y moderno Instituto Científico...⁷⁵

LA MÁXIMA DISTINCIÓN

Un poco más de tres años duró ese encargo inolvidable en la Rectoría de mi Seminario. A principios de 1895 llegóme el rumor bien fundamentado de que El Vaticano pensaba en otorgarme la máxima distinción que confiere Nuestra Santa Madre Iglesia a pocos de sus

siervos, eligiéndome como el próximo Obispo de Veracruz con sede en Jalapa. Nuevamente acudo al testimonio de mi discípulo Alberto, citado renglones arriba, cuando se consumó la voluntad del Santo Padre consagrándome como Obispo; momento en el que mi vida como ser humano y como sacerdote se transformó para siempre.

Sabed lo que en ese mismo día escribió el diario *El Partido Liberal*:

Hoy en la mañana se verificará en la Iglesia de la Profesa la consagración episcopal del Señor Canónigo D. Joaquín Arcadio Pagaza, poeta eximio, ceñido desde hace años con la aureola de la gloria y que hoy lo va a ser con la de la potestad prelatia. Este encumbramiento a una alta dignidad es motivo de intenso júbilo para todos los cultivadores de las letras mexicanas, pues el Sr. Pagaza, por su talento indiscutible, por su inspiración fragante y diáfana, por su espíritu levantado y progresista, por sus sentimientos generosos y leales, por su carácter tan franco como cariñoso, por todo lo que es y lo que vale, se ha creado un círculo inmenso de

admiradores que ven en él a la personificación completa del sacerdote ilustrado, del creyente sincero, del amigo capaz del sacrificio y del poeta altísimo, orgullo verdadero del habla de Cervantes, de Garcilaso y de Fray Luis.

Nosotros, separados por las ideas del nuevo Príncipe de la Iglesia, no lo estamos ni por la admiración ni por el cariño. Miramos en él al egregio representante en Mejjico de una escuela poética, al cultivador incomparable de la belleza latina, al Virgilio redivivo que ha hecho brotar de sus poesías todo el perfume del idilio, sin dejar por esto de tañer algunas veces las cuerdas sonoras, vibrantes y hondamente humanas de la lira moderna; miramos en él al temperamento superior, al hombre enérgico que mira de frente, sin arredrarse, todas las tempestades de la vida y que sigue imperturbable su senda; vemos, por último, al amigo sincero de todos los escritores liberales, que para abrir las puertas de su casa y los brazos de su amistad, no se ha fijado nunca en credos políticos ni en las escuelas religiosas, porque sólo ha exigido el talento, la virtud y la nobleza...⁷⁶

MUERTE DE PELAGIO ANTONIO, ARZOBISPO
DE LABASTIDA Y DÁVALOS

La noticia de su deceso fué para mí un momento de suprema emotividad; de igual o mayor intensidad que aquella que invadióme al enterarme de la propuesta de la Preconización que, de mi persona, hizo su Santidad León XIII, como Obispo de Veracruz. Aquellos días tristísimos y de gran pesar ensombrecieron mi alma y ánimo por muchos años. No de otra manera puedo expresar la orfandad en que me dejó la muerte de mi mentor el Arzobispo de México, D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Murió el 4 de febrero de 1891.

Dos años antes, en 1889, con motivo de su cincuentenario sacerdotal, un grupo de intelectuales concedores de su obra formamos una comisión para festejar literariamente a tan singular personaje y amigo. Cúpome el honor de presidir la comisión que contaba entre sus miembros a siete distinguidos poetas, todos ellos cercanos compañeros y amigos de quien esto escribe. Recuerdo los nombres de D. Joaquín García Icazbalceta, de D. Rafael Ángel de la Peña, D.

José María Roa Bárcena y de D. Manuel Solé. Con las poesías y prosas seleccionadas editamos un libro que, pienso, recibió buena acogida en la república de las letras mexicanas. Mi contribución adoptó una antigua forma literaria en desuso, denominada “reto”, de la que me sentí satisfecho. Así se llamaba en algunas aldeas de la Arcadia a las loas que alternativamente dicen dos personas, y que pueden compararse a los versos amebos de ciertas églogas.⁷⁷ Transcribo como muestra dos de los 30 sonetos que recitaban, uno a la vez, dos jóvenes pastores en honor del Arzobispo que festejaba su jubileo sacerdotal luego de 50 años de haber sido ordenado. Cada pastor contendiente en el reto abordaba el mismo tema pero desde una aproximación diferente. Los primeros dos sonetos decían:

FILENO

¡Salve mil veces, apacible día!
¡Báñete el sol con nítidos fulgores,
Trinen las aves, yérganse las flores,
Y ensaye el aura suave melodía!

Hijos felices de la selva fría,
Juntad, juntad los hatos triscadores;
Y apartad de las madres los mejores
Níveos corderos que el distrito cría.

Y de la aurora al vívido destello
Seguid del río la florida senda,
Y el vellocino relavadles bello;

Y á cada uno, con purpúrea venda
Sonora esquila suspendedle al cuello
Y al Mayoral llevadlos en ofrenda.

ALCINO

Al asomar el fúlgido lucero
Y bajo el manto de vernal aurora,
Fue nacido en la vega de Zamora
Cabe la linfa del cerúleo Duero.

A la sombra del glauco limonero
Cuna le dió la hiedra vividora;
Le arrullaron la onda bullidora;
La calandria y el céfiro parlero.

Muy niño aún, su máxima ventura
Cifraba en acorrer con mano pía
Al pobre, blanco de la suerte dura;

Ya joven, gala de sin par valía
Fue de su pueblo; y en la edad madura
Ornato de su patria y alegría.⁷⁸

Un tiempo después escribí un soneto para el catafalco erigido en la Catedral de México, el día de las exequias del Ilmo. Arzobispo Labastida; transcribo únicamente los dos últimos tercetos.

PASTOR

[...]
De su egregio Pastor así la hermosa
Mística grey henchida de amargura
La cátedra circunda tumultuosa;

Y exhalando en sollozos su ternura,
Con mirtos cubre la reciente fosa
Y eleva sus plegarias á la altura.⁷⁹

SUNTUOSA CEREMONIA DE CONSAGRACIÓN

Regreso al tema que dejé líneas arriba: la ceremonia de mi Consagración como Obispo, el 1 de mayo de 1895. Dificilmente pude haber imaginado una ocasión tan cuidadosa y de brillante ejecución como aquella; fué solemne y distinguida, tanto por haberse celebrado en la iglesia con mayor prosapia y tradición de la ciudad de México, la Profesa, pletórica denotables invitados, como por el sin par discurso, preparado para la ocasión, leído por mi hermano en letras, antiguo compañero, el Ilmo. y Rvmo. Obispo de San Luis Potosí, Dr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, conocido entre los árcades de Roma con el nombre de Ipandro Acaico. Desde ese día hasta la fecha esa pieza oratoria ha sido citada innúmeras veces cuando se alude a mi persona. Llenóme de tantos enjundiosos como inmerecidos elogios que todavía hoy me hacen sonrojar.

Deseo transcribir la tesis central sostenida por mi honorable hermano de San Luis Potosí, Ipandro Acaico, en aquella memorable ocasión.

No obstante, sería injusto si no hago un esfuerzo de recordación y traigo a colación algunos acontecimientos acaecidos antes, durante y posteriores al día de mi Consagración. Un evento tal vez menor, pero de significación para mí, fué la distinción que me hizo la Legión de San Benito al imponerme la gran cruz de esa hermandad, cuyo patrono es caro a mi espíritu. La reunión tuvo lugar en la sala de gobierno de la secretaría de la Mitra; el padrino del acto fué el Ilmo. Sr. Arzobispo Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera. Ciertamente fué mi último acto oficial en la honrosa encomienda eclesiástica de la Diócesis Metropolitana. Al iniciar la semana siguiente, semana de Pascua, entré a tomar ejercicios espirituales para prepararme debidamente a la inminente encomienda que el Pontífice León XIII confirmaría en mi Consagración.

El periódico *El Tiempo* publicó una nota que me causó alguna molestia y de la cual se hizo eco, si bien moderadamente, el propio Obispo Consagrante de San Luis Potosí. Decía aquella referencia periodística que “[...] el Obispo electo de Veracruz viene a encontrarse una situación muy espinosa; llamado a arreglarlo todo, a

reivindicarlo todo, a darle mucha respetabilidad a su autoridad eclesiástica; más por fortuna, sus dotes [...] le harán salir adelante [...]”. No, no acepto una crítica, por leve e indirecta, a mis ilustres antecesores.

Tuvo mucha razón el Sr. Obispo Montes de Oca al señalar que en todos los sitios se presentan dificultades, pero que es mucho lo que mis antecesores habían trabajado y logrado en esa diócesis. Las invitaciones para la ceremonia de Consagración ya se habían puesto en circulación. Tengo a la vista un ejemplar de aquella invitación, 23 años ha, de la que rescato los nombres de mis padrinos: Antonio Riva y Echeverría, en representación del Sr. D. Teodoro A. Dehesa; Casimiro del Collado, en representación de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española; el Lic. Rafael Dondé, Sebastián Camacho y José María Roa Bárcena, en representación de la ciudad de Jalapa; Ignacio Flores Bando, en representación de la ciudad de Orizaba; los Licenciados Agustín Rodríguez y Joaquín J. de Araoz, y el Doctor Rafael Lavista [...].⁸⁰

Nuevamente hago referencia a la nota escrita por el corresponsal de *El Tiempo* el 1 de mayo de 1895, en la que se incluye una breve biografía de quien esto escribe. Por primera ocasión un medio de amplia circulación nacional dió a conocer un juicio reservado casi exclusivamente a la crítica literaria. El comentario al que aludo es del

[...] extraordinario crítico literario español D. Marcelino Menéndez y Pelayo en su antología de Poetas hispanoamericanos publicada por la Real Academia Española. En ese comentario el eximio crítico se refiere a una traducción hecha por Pagaza del poema latino *Rusticatio* del jesuita Padre Landivar. Dice D. Marcelino “Pero ya no en su texto original, que aquí no tiene cabida, algo verán de la *Rusticatio* nuestros lectores en la magistral versión parafrástica que del primer canto relativo á los Lagos ha hecho el elegantísimo poeta mexicano D. Joaquín Arcadio Pagaza, con lo cual podremos también, aunque indirectamente, dar cabida en esta colección al autor de los *Murmurios de la Selva*, que es sin contradicción uno de los más acrisolados

versificadores clásicos que hoy honran las letras españolas.⁸¹

Ahora transcribo un comentario de Ipandro Acaico que al recordarlo siempre me hace sonreír, pues lo encuentro algo jocoso:

[...] ¡Oh señores! No os podré pintar mi sorpresa, cuando una ocasión, en el seno de la Academia Mexicana, oí leer uno tras otro, mil dulcísimos cantos y me fue revelado el nombre de su autor. No, no es posible exclamé una y mil veces, no pueden ser estos cantares tan armoniosos y correctos, frutos de aquel modestísimo ingenio, de aquel estudiante tan tímido, que unido conmigo por la más íntima amistad, jamás, ni aún a mí descubrió su talento [...]⁸²

Una de las ideas ampliamente desarrollada en su discurso por el eminente Obispo de San Luis Potosí, es aquella, prolíficamente expuesta, respecto de la cual entre muchos argumentos reflexivos y de alta cultura dijo lo siguiente:

Hay dos clases de Obispos, y las ha habido desde el tiempo del Apóstol San Pablo: el Obispo que bautiza y el Obispo que evangeliza. Hay dos clases de ministerio en la vida Pastoral el uno es el que ejerce el prelado activo y celoso que personalmente administra los sacramentos, que camina siempre entre el pueblo, que preside a todas las devociones, que ignora y afecta ignorar cuanto se relaciona con negocios al parecer ajenos a la iglesia, que no se mezcla con los magnates y tiene horror a la diplomacia... el otro es el que practica el pontífice que se deja ver poco porque está en el gabinete ojeando sus libros ya de Ciencias Teológicas, ya de Filosofía, ya de Letras Humanas, que deja lo material de la administración y de los sacramentos a otras manos y se reserva para sí la evangelización en escala mayor, que comprende, que el ganar a los hombres que descuellan en todos los ramos influye en la conservación y propagación de la fe, y que no desdeña los medios terrenos y aun profanos que la Providencia le proporciona para consolidar las bases de la Iglesia que se le ha encomendado. El primero es el que San Pablo sintetiza en la palabra *baptizare*; el segundo el que designa con el vocablo *evangelizare*.

Serás, pues, el tipo del Obispo evangelizador y también si lo quieres y el caso lo exige, podrás ser dechado del Obispo que bautiza.⁸³

REGALOS PARA EL NUEVO OBISPO

Aunque en su momento expresé mi agradecimiento a las numerosas personas, caballeros y damas, que me hicieron sendos obsequios, desde finas y ricas joyas hasta modestos pañuelos bordados a mano, no quisiera dejar pasar el momento para expresar de nuevo mi reconocimiento a aquellos bondadosos fieles, muchos de ellos amigos personales. Si acaso alguna vez alguno de ellos o sus descendientes llega a leer esta modesta biografía que sepa de la gratitud que guardo hacia ellos. Es difícil que recuerde, por muchos motivos, uno por uno de esos presentes invaluableles; destaca entre ellos el pectoral de oro, esmeralda y brillantes, regalo de los padrinos; el anillo pastoral de oro, esmeralda y brillantes, regalo también de los padrinos, ambas piezas son de bastante mérito, valiosas y de muy buen gusto; se encontraban encerradas en

una caja forrada de terciopelo negro. Una tarjeta de plata acompañaba al regalo.

Otros regalos consistieron en magníficas ediciones de Virgilio y Horacio; varios misales; plumas de oro en elegantes estuches; adminículos de oro para la Santa Misa, juegos de té y café en plata sobredorada. Albas bordadas, jarras de plata y de plata dorada, casullas en telas preciosas, varias charolas de plata; sandalias bordadas de oro y perlas, además multitud de pañuelos, alzacuellos, amitos, etcétera, etcétera.⁸⁴

A este tema de los regalos añadiré un dato que puede parecer frívolo pero que forma parte del agradecimiento sobre el que deseo dejar constancia: en el retrato al que podríamos llamar “oficial”, que hube de mandar hacer en los años inmediatamente posteriores a mi Consagración, un óleo en el que aparezco sentado con el atuendo episcopal salvo la mitra que sustituí con un solideo, aparezco portando el pectoral de oro y piedras preciosas al que aludí renglones arriba, el anillo pastoral y uno de los misales que me obsequiaron. Me habría gustado, no obstante, que el misal fuera el mismo que me obsequió el Obispo Consagrante Montes de Oca, quien

a su vez lo recibió como un regalo personal de Su Santidad Pío IX. Ciertamente ése fué el misal que cargué en mis espaldas durante luengos momentos durante la Consagración.

CANTAMISA

Decidí cantar la primera misa como Obispo en mi tierra natal, el Valle de Bravo. Seis días después de la fecha de la Consagración, el 6 de mayo de 1895, salí rumbo a mi tierra añorada; viajamos por carretera hasta Toluca donde permanecí algunas horas, para seguir después por un camino transitable hasta la Hacienda de San Nicolás donde pernoctamos mis acompañantes y yo. Al romper el alba del día siguiente ofrecí, en privado, la Santa Misa en la capilla de la hacienda, tomamos café y alguna colación y en buenos caballos que mis amigos hacendados nos prestaron, emprendimos el largo ascenso al paraje denominado La Cumbre, en la parte alta del Nevado de Toluca, para que al anochecer llegáramos al pequeño poblado de Amanalco donde teníamos planeado pernoctar.

Durante el trayecto recibimos muestras de afecto de los habitantes de los ranchos y haciendas cercanas que querían saludar al nuevo Obispo. Por la noche, ya en Amanalco, hubo fuegos artificiales y una verbena popular. Al día siguiente a las seis de la mañana, invitáronme a bendecir la recién reconstruida capilla de la población. La Villa del Valle está a cinco leguas de Amanalco por lo que en el camino, poco a poco, fué integrándose a la comitiva un grupo de hombres a caballo. Al llegar a la ranchería llamada Rincón de Estradas, venía una comitiva con 213 cabalgaduras y numerosos feligreses de a pie. La muchedumbre que continuaba creciendo provenía no sólo de la cabecera sino de las poblaciones cercanas, como Temascaltepec, la Asunción Malacatepec, San Martín Oztolapan, Santa María Pipioltepec, San Juan Atezcapan y muchos lugares comarcanos. Toda la calzada de Otumba, hasta las goteras de la población, estaba adornada con coloridos y atractivos arcos de flores y leyendas de bienvenida; al llegar a las primeras calles de la población desde los balcones nos arrojaban pétalos y daban muestras de contento; continuamos hasta la

parroquia, Iglesia de San Francisco; ahí cantamos un *Te Deum* solemne y posteriormente ofrecí la bendición episcopal. Del templo a mi casa estuve acompañado por un numeroso concurso tal que las calles estaban literalmente pletóricas. A las puertas de mi hogar di a besar el anillo pastoral a todo aquel que lo deseó. Sentado en la sala principal de la casa (que ahora llama la gente a la par bondadosa e ingenua el “Salón del Trono”), bajo un bonito y nuevo dosel, se acercó la señorita Ernestina Cárdenas y me dirigió palabras emocionadas.⁸⁵

Conllevando la dolorosa ausencia de mis padres, el domingo 14 a las 11:00 a. m. terminó mi primera misa pontifical ante la atenta concurrencia de los feligreses. A la una mis amigos y vecinos ofrecieronme un banquete; el resto de la tarde ocupela en preparar mi viaje a la Hacienda de La Labor en Otzoloapan.

Durante las primeras noches pasadas en mi tierra como Obispo, en el silencio provinciano, me preguntaba una y otra vez cómo y dónde surgió en mí ese enorme e innegable amor por la Madre Naturaleza, que me desbordaba. En varias ocasiones intenté explicar la ingrata

suerte que era vivir alejado de mi pueblo y sus paisajes: tal vez nunca con tanta claridad como en aquellas veladas de recuerdos y nostalgias. Al notar el entusiasmo por lo que mis paisanos consideran un gran triunfo en la carrera eclesiástica y la vida literaria, les he intentado responder con un poema; está integrado por siete octavas que desearía reproducir, pero sé bien que no es oportuno. Escogí una que creo explica mi sentimiento; es la tercera, dice así:

[...]

En estos montes de tenaz verdura,
entre estos riscos y húmidos bajíos,
el lenguaje entendí del aura pura
y la voz ronca de impetuosos ríos;
aquí cifraba la mayor ventura
en recorrer los cármenes sombríos,
y en buscar con dulcísima tristeza
del campo hermoso la eternal belleza.

8 de mayo de 1895⁸⁶

Se ha formado en mí una arraigada costumbre: en cada ocasión que visito mi tierra natal regreso a la Hacienda de La Labor, en las

goteras de la población de Oztoloapan. Mis padres, mis hermanos y yo vivimos allí, esporádica y felizmente, los años de mi más tierna infancia.

La subida desde los trigales que riega el río del Molino, también conocido como el Salitre, en el camino de Valle de Bravo a Oztoloapan tiene una fuerte pendiente por la brecha sinuosa del bosque hasta vencer la cordillera al pie del Cerro Gordo. Escogí esta ruta de herradura por encontrarnos en el mes de mayo que es particularmente caluroso. Al terminar la pendiente la ruta discurre entre altos y umbríos bosques de pino en la planicie intermontana. Dejando atrás la ranchería de Gallinas Blancas se desemboca en un hermosísimo valle de alta montaña que forma parte del paraje denominado Pinar del Marquesado; como otros valles de altura, en Amanalco y en Salazar, aqueste es un terreno abierto rodeado de magníficas montañas en donde pastan abundantes venados y sus crías y ocasionalmente se acercan modestos agrícolas con sus rebaños de blancas ovejas triscadoras. Seis meses del año los montes y el vallecito se cubren de una fina capa de neblina; todo es silencio y quietud que sólo rompe el

pesado vuelo de las aves de rapiña. Esa misma noche en las tranquilas horas del reposo en La Labor, redacté un soneto que así dice:

EL PINAR

En su dentada y lúcida corona
De arena y hielo y pórvido plomizo
Una llanura de sin par hechizo
Encierra el monte en descampada zona.

El Noto allí las nubes amontona
Y nieves cuaja y hórrido granizo;
Y fatiga al venado espantadizo,
Al remedar la voz, Eco burlona.

El águila se cierne y leda gira
Fascinando á la tímida serpiente
Que silba en vano, encógese y estira;

Ruge el león garrudo y prepotente;
Y del pinar en la melena espira
Helado y melancólico el ambiente.⁸⁷

Al culminar el valle de montaña el camino se vuelve a internar a la selva umbría; aquí y acullá se miran hermosos ejemplares de robustos fresnos

y rojizos madroños. La pendiente que desciende es suave hasta alcanzar la base de un inmenso monolito basáltico que los lugareños han bautizado como el Pico del Águila; allí se inicia el sinuoso camino de descenso, de alta dificultad aun para los viandantes por lo pedregoso de su estrecha superficie; éstos son los dominios preferidos de los ciervos y su enemigo mortal, el puma. Al terminar la pendiente se desemboca en los terrenos planos de El Calvario y el casco de La Labor.

Otzoloapan se ubica ya en el inicio de la Tierra Caliente en esa región del Estado de México. El calor se vuelve agresivo y temible. Sin mayor discernimiento y con toda antelación, escogí para el regreso la ruta que pasa arriba de El Salto de Ixtapantongo porque, gracias a un fenómeno atmosférico, se puede emprender sin demasiadas molestias antes del mediodía a pesar del candente sol. La diferencia de temperaturas entre las ardorosas montañas de Zacazonapan y Otzoloapan y las frías serranías del Nevado de Toluca forma un corredor de permanente viento; es una agradable brisa a quien decide llegar a Valle de Bravo por

la vía de Las Mesas. El camino transcurre por la cuenca cerrada de un ameno vallecito, rodeado por temibles montañas, en cuya ribera se asienta el caserío de Atezcapan; su transparente laguna es pródiga en peces de blanca y sávida carne. A media legua se ubica ya la fresca y ubérrima planicie del Valle de Bravo cruzada por numerosos ríos y arroyos. A lo lejos se distingue la silueta cupular del santuario de Santa María Ahuacatlán en las goteras de la otrora Villa del Valle.

Sentado en la terraza de La Labor, en la rústica casa de adobe que construyó mi abuelo ayudado por mi padre, contemplaba frente a mí la próxima serranía; miraba la imponente mole de granito llamada El Fraile, con su procesión de otros gigantes monolitos, seguro indicio de la lejana erupción de un milenario volcán. Contemplaba los indóciles cañaverales, los maduros platanares y el rumiante ganado. Recuerdo nítidamente el soneto dedicado al hogar de mis abuelos y de mis padres; transcribo los tercetos que cierran el soneto. Dicen así:

LA LABOR

[...]

¡Dado séame, oh tierra bendecida,
bajo tu limpio cielo de zafiro
buscar a trechos la quietud perdida!

¡Dado séame hallar en tu retiro,
cercano ya a la muerte, oscura de vida
y a tu aura dar el postrimer suspiro!¹⁸⁸

A mi regreso a Valle de Bravo me esperaban despedidas postreras; exclamaciones por el pronto retorno y deseos de buenaventura; se formaron largas filas de niños y jóvenes en busca de la confirmación. Empecé a caballo el retorno hasta donde pude abordar el trenecito a Toluca; avisé a mis antiguos feligreses de Tenango del Valle que me acercaría para una despedida somera y, probablemente, definitiva. Breve fué la estancia en aquella parroquia donde experimenté la vida pastoral a fondo; donde creo haber dado pasos hacia la madurez poética y donde conocí un cambio radical en mi vida sacerdotal. No pasó por mi mente en momento alguno que ese adiós habría de resultar tan emotivo y el último.

Ante el incontenible llanto de aquellas mujeres devotas y los sollozos de fornidos labriegos de rostros hieráticos y ásperas manos, poco a poco me fué inundando el sentimiento. Salté al estribo del carruaje que me esperaba, corrí la cortinilla de la ventana y di rienda suelta a mi emoción. Era 29 de mayo del año del Señor de 1895.

CAMBIO DE RUMBO

Decidí salir a Jalapa el 9 de junio, por el Ferrocarril Interoceánico. Partí de la estación Balbuena, abordé el primero de los dos coches especiales que habían sido puestos a nuestra disposición por el Venerable Cabildo Metropolitano. Un grupo numeroso de personas acudió a despedirse. Adicionalmente saludé a los integrantes de las nutridas comisiones designadas para acompañarme, algunas personas a Puebla y otras hasta Jalapa. Llegamos a la elegante ciudad de Puebla a las 5:00 p. m. El día siguiente, 10 de junio, salimos en dos coches especiales hacia Jalapa. Numerosa comitiva acudió a despedirme. En Puebla permaneció la comisión

nombrada para hacer el viaje de México a esta ciudad. Nos acompañó una nueva numerosa comitiva nombrada por el V. Cabildo de la Diócesis de Jalapa.

En Perote, primera estación del Interoceánico en Veracruz, nos detuvimos a saludar a la población que aguardaba. Fué una breve cuanto cálida recepción. Allí abordaron los comisionados oficiales de la Diócesis veracruzana. Llegamos a Jalapa bajo la lluvia pertinaz, en las primeras horas de la tarde. Me costaba trabajo creer en las dimensiones de la multitud que se arremolinaba en la estación y en cada una de las calles aledañas hasta llegar a la Catedral. Desde la estación del ferrocarril hasta la Catedral la multitud nos arrastró en apretado enjambre. Iba yo protegido por la Comisión de Recepción, bajo un bello palio color carmesí.

Se cantó el *Te Deum* y otorgué a la feligresía la bendición episcopal; debimos escuchar una amorosa y halagüeña oración dirigida a mi persona a manera de bienvenida a Jalapa. Era el momento de pronunciar un mensaje al pueblo católico de Veracruz, los fieles en mi nueva diócesis lo esperaban con expectación.

Se había distribuido con antelación mi primera Carta Pastoral a los feligreses de Jalapa y Veracruz. Por lo tanto, mi intervención sería más esquemática y somera. Desde la Sagrada Catedral improvisé un discurso, sin el tono y la retórica, de las que carezco, de los grandes oradores sagrados y tribunos populares.

El texto elegido para mi alocución fué, en parte, el siguiente: “Yo he venido al mundo no para ser servido, sino para servir”, y dije que era el más a propósito para un Obispo que por primera vez se presenta ante su pueblo, pues no podría emplear otras palabras ni se encontrarán en todas las Sagradas Escrituras unas más propias, como las que Jesús dirigió a sus discípulos.

Recordé el pasaje evangélico que refiere que en cierta vez los apóstoles trataban entre sí sobre cuál de ellos sería el mayor. Lo oyó Jesús, y les dijo: “los príncipes de la gente avasallan a sus pueblos, y los que son mayores, ejercen potestad sobre ellos. No será así entre vosotros, sino que el que quiera ser mayor hágase como el menor”.

Hice una aplicación de este pasaje evangélico, diciendo que él, Obispo mandado por

Dios, iba a permanecer entre sus diocesanos, así como el que sirve (palabras del Evangelio); que iba a ejercer el poder, no como los príncipes del mundo, avasallando a las gentes, sino haciéndose el menor, y que desempeñaría diversos oficios para remediar las necesidades espirituales de sus hijos, y aún las temporales, si esto último estaba en su mano. Describí esos oficios, y en seguida exclamé:

Soy vuestro Obispo, soy vuestro padre. Estaré en medio de vosotros hasta que Dios disponga de mí. Vengo dispuesto a oír y atender a todos. Podéis acudir a mí a toda hora del día y de la noche y estad seguros de que siempre seréis recibidos, oídos, considerados y consolados. No vengo en busca de descanso, vengo dispuesto a llevar vida de trabajo y abnegación. Vosotros oídme también, atended a lo que os diga, y esperad de mí cuanto pueda hacer por vosotros. En una palabra, vengo a ser servidor vuestro.⁸⁹

CORPUS CHRISTI

En mi fuero interno tomé una decisión que me permitiría afianzar los lazos de afecto con mis feligreses y el clero veracruzano. Esa oportunidad me la brindaba la celebración de la gran fiesta católica que llegaba unos cuantos días después de mi arribo a Jalapa: la tradicional fiesta del *Corpus Christi*. La celebración de la festividad del Cuerpo de Cristo es una tradición que se arraigó en México desde los tiempos de la Colonia y es ahora uno de los grandes días religiosos que celebra la Iglesia mexicana. Me preparé cuidadosamente: habría una procesión alrededor del jardín central; utilizaría la distinguida vestimenta pluvial para el caso de lluvia; arroparíame con el mismo delicado palió del día de mi recibimiento. Invitaría a dos de los sacerdotes más queridos en Jalapa como concelebrantes. Durante la Misa Solemne luciría los mejores atuendos que el ritual sugiere; pensaba en el mejor amito; alguna de las albas bordadas que me habían obsequiado; uno de los cíngulos con hilos de oro también en color púrpura; el manípulo cuyos colores hicieran juego con el resto de los vestidos; la estola bordada en oro que

me fué obsequiada, también, el día de mi Consagración; una bella casulla romana; la dogmática púrpura sobre los hombros; durante la celebración de la Santa Misa luciría el bonete español o bonete condal; portaría la capa magna o cauda que me acompañó el día de la Consagración; usaría las cáligas o polainas color púrpura o color de rosa, las zapatillas de seda negras con hebilla de plata; y, finalmente, para la bendición episcopal me cambiarían el bonete por la mitra y me darían en la mano izquierda el báculo con mango de plata dorada.

Estaba fresco en mi memoria el arreglo floral y la iluminación en la Iglesia de la Profesa el día de mi Consagración; sería difícil competir con la iluminación de aquella venerable Casa de Dios, en cambio, seguramente sí podríamos rivalizar echando mano de las esplendorosas flores veracruzanas. La ceremonia resultó impresionante, como la había imaginado. Constaté personalmente las reacciones positivas del clero y los feligreses ante la solemnidad de la celebración del *Corpus Christi*. Estoy seguro que dejó una huella profunda en su ánimo. Poco tiempo después volví a concelebrar una solemne misa de

honras fúnebres para el hijo del Gobernador de Veracruz, el joven Antonio Dehesa.

Ahora podría dedicarme con mayor tranquilidad a organizar el gobierno de la diócesis e iniciar mis primeras visitas pastorales en el vastísimo territorio de Veracruz.

UNA ESPINA DOLOROSA QUE EXTRAER

A mi llegada a Jalapa bajo la enorme presión de la responsabilidad inmensa que representa gobernar una diócesis tan grande, de tanta importancia social como la de Veracruz, intenté compartir con mis futuros feligreses la sensación que abrumaba mi espíritu y mi estado decaído de ánimo. Iba en busca de un apoyo moral. Visto a la distancia creo que me equivoqué en el modo de aproximarme a este deseo de comprensión y simpatía de parte de quienes esperaban que yo les otorgara, precisamente, un sostén espiritual.

Una delicada situación se presentó cuando redacté e hice circular la Primera Carta Pastoral dirigida a mis diocesanos. Abrí mi corazón y mostré mi deprimido talante cuando les expresé:

PRIMERA CARTA PASTORAL

Venerables Hermanos y muy Amados Hijos:
El piloto que tras asidua y peligrosa navegación logra por fin anclar, á su entender para siempre; si por causas del todo imprevistas se ve en el caso de retornar á la lucha en mares aún más borrascosos y sombríos, justo es que se lamente, siquiera sea á solas, de la rudeza y crueldad de su destino. Esto es lo que hoy me pasa á mí.

[...]

No quería ni aspiraba á otra cosa. Mas ved que cuando era menos de esperarse, el Soberano Pontífice León XIII se dignó poner en mí la mirada al proveer de Obispo a la Diócesis de Veracruz, huérfana á la sazón por muerte del Illmo. Sr. Lic. D. Ignacio Suárez Peredo, á quien traté con alguna intimidad y cuyas prendas y modesta virtud me fueron harto conocidas.

Es indescriptible el estado de abatimiento y tristeza profunda en que me dejó la noticia de mi promoción al episcopado. Veía, por una parte, en mis largos insomnios indicios clarísimos de ser esta la voluntad de Dios, supuesto que fui escogido por el Padre Santo de la manera más espontánea, sin que yo tuviera antecedente alguno; y consideraba, por la otra, no el cúmulo de

inquietudes y graves cuidados que necesariamente debería acarrearle esta encumbrada dignidad, no el sacrificio del propio querer á que se me sometía, no el doloroso apartamiento de personas respetables y queridas á quienes he debido tantas consideraciones en esta ciudad, sino la carga que se me imponía al constituirme Pastor de numeroso rebaño y Padre de esa porción escogida de la gran familia cristiana.

El primer pensamiento que se apoderó de mí, y que persistió por varios días, fue resignar ante el mismo Sumo Pontífice, aun cuando me fuera necesario emprender un viaje á Roma, el señalado honor que se me concedía. Más consultado este negocio con detenimiento y madurez, y sometido al dictamen de sacerdotes no menos doctos que espirituales, resolvieron de común acuerdo: que en el caso presente parecía tan manifiesta la voluntad de Dios, que no podría resistir por más tiempo sin desagradarle y aun sin poner en riesgo mi salvación eterna. No me quedó por lo mismo otro recurso que doblar la cerviz, diciendo con el profeta: “Héme aquí, Señor.... yo vengo á cumplir tu voluntad”. *Ecce venio.... Ut facerem voluntatem tuam.*

[...]

Fui preconizado, como bien lo sabéis, en el Consistorio habido el 18 del último Marzo; y recibí la consagración episcopal de manos de nuestro Ilmo. y Venerable Metropolitano en el templo de la Profesa, el día 1º del actual. ...Habría querido al terminar aquel acto, conmovedor para los circunstantes y para mí terrible, arrancarme de los brazos del Ilmo. Metropolitano consagrante para arrojarme en los vuestros. Mas ya que esto no fué permitido, me consuelo con enviaros desde acá, mientras me es dado veros, la salutación más afectuosa. [...]

No me llevan otras miras, creedme, que trabajar sin descanso por vuestro propio bien, tomando por modelo á nuestro Señor Jesucristo, y santificarme en el cumplimiento de mis deberes, ya que plugo á Dios en sus altos designios elevarme á esta dignidad que nunca en la vida osé apetecer.⁹⁰

La mayoría de las almas esclarecidas u otras de buena voluntad entendieron las reticencias y angustias que me provocó la decisión del Santo Padre, antes que la satisfacción, el orgullo y la alegría de una decisión de tal magnitud.

Mas para los espíritus simples, las almas sencillas o los infaltables envidiosos, mis

expresiones provocaron azoro, asombro y un dejo de malestar.

¿Cómo es posible que el señor Pagaza afirmara que deseaba presentarse ante Su Santidad para renunciar a tan grande distinción? ¿Se trata de soberbia mayúscula o de falsa y estudiada modestia? Supe que así pensaban algunas personas que poco o nada me conocían.

Decidí, entonces, concentrar mis esfuerzos en la tarea pastoral, para borrar aquella impresión que se creó en algunas almas.⁹¹

VISITAS PASTORALES EN VERACRUZ

La extensión territorial del estado de Veracruz es muy grande; tómese en cuenta que abarca una buena parte de la costa del Golfo de México, desde la frontera con Tamaulipas hasta la frontera sur con Oaxaca y Tabasco tal vez unos 1,000 kilómetros de extensión. La parte central del estado es la más densamente poblada y la mejor comunicada. No obstante, en época de lluvias los ríos del estado desbordan su cauce aislando a las poblaciones de los principales

centros urbanos y no se diga de las aldeas y rancherías.

Para mis visitas pastorales, antes del inicio de la temporada de lluvias, escogí los principales núcleos de población, tales como: Orizaba, Córdoba, y el propio Puerto de Veracruz.

En la relativa cercanía de Jalapa se ubican: Perote, Coatepec, Naolinco, Jilotepec, Actopan y Teocelo; cerca de Orizaba se ubica Huatusco.⁹²

Mis experiencias en Taxco, en Tenango del Valle y en la propia ciudad de México sugerían que la labor pastoral alcanza mayor éxito cuando el clero asignado a las iglesias, santuarios y otros lugares de culto, se integra con personas de cultura media y, de ser posible, superior a la media. El reto que representaba la Diócesis de Veracruz con una longitud de 800 o 900 kilómetros, me llevó a la convicción de que los nombramientos que haría conforme hubiere vacantes deberían recaer sobre los sacerdotes de mejor reputación en su conducta ética, en su comportamiento, virtud y sabiduría. Resultaba que el clero más capaz, objetivamente, provenía en su mayoría de la Madre Patria. Eran sacerdotes que habían estudiado en los antiguos seminarios

de tradición en aquella tierra; que no sólo hablaban correctamente el español sino que un elevado número de ellos leía y se expresaba correctamente en Latín. Los señores curas, hijos de la Madre Patria, habían profesado sus cátedras en varios seminarios, unos más antiguos que otros. Entre ellos el Seminario Diocesano de San Cayetano; el Colegio Mayor-Seminario de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María; el Seminario Conciliar Diocesano de Málaga; el Seminario Metropolitano de Valencia; el muy antiguo Seminario de la Santa Cruz de Huesca, Oscence, y algún otro.⁹³ La escasez de vocaciones que padecía nuestra Patria en aquellos tiempos era intensa; y en nuestros seminarios no se exigían calificaciones elevadas en algunas materias. Muchos de los primeros nombramientos para las parroquias acéfalas recayeron, ciertamente, en sacerdotes españoles. En ese momento me di cuenta cabal que algunos elementos del clero veracruzano, tal vez promovidos por una comprensible, aunque insana envidia, juzgaron mal esa preferencia otorgada no por razones de nacionalidad, sino estrictamente de preparación y capacidad.

En el diseño de mis visitas pastorales me propuse seguir un poco la geografía veracruzana de características tan especiales. Decidí trazar una línea que, iniciando en Jalapa, llegara a Orizaba, a Córdoba y luego hasta Veracruz. Así mismo, resolví que, aprovechando la circunstancia de hallarme en visita pastoral en una ciudad mayor, poblada y con varias parroquias comarcanas, llevaría también la pastoral a esas poblaciones.

Decidí relatar el tema de las pastorales con cierto detalle tal vez tedioso, porque constituyó un punto de gran desacuerdo entre el representante de Su Santidad en México y mi persona. Aquel diferendo fué iniciado y auspiciado por un pequeño grupo, muy activo, del clero regular veracruzano, cuya intención era dañar a mi persona. Lo consiguieron, como se verá páginas adelante, sin importar que se estaba faltando a la verdad.

Una vez terminadas las primeras visitas pastorales en la forma que lo señalé, continuaría rumbo al norte a Martínez de la Torre, Papan-tla y Tecolutla; volvería de esas visitas pastorales a la sede de la diócesis y luego de un tiempo razonable, marcharía hacia el Sur hacia el Sotavento.

Inicié la primera ronda de pastorales en poblaciones aledañas a Jalapa como Banderilla, San Antonio Limón, Las Vigas, Jilotepec hasta llegar a Perote. Hacia el Sur nos dirigimos a Coatepec, Xico, Teocelo, Tuzamapan, Jalcomulco y Huatusco. Finalmente marchamos hacia el Poniente partiendo de Tuzamapan rumbo a José Cardel y Úrsulo Galván. No recuerdo si en aquellos primeros meses de trabajo incluimos la visita pastoral a Huatusco. A principios del año siguiente, 1896, las visitas pastorales comenzaron en Orizaba y en las parroquias próximas; incluimos Río Blanco y Nogales, centros fabriles de importancia; camino arriba llegamos hasta Maltrata; regresamos por Ciudad Mendoza y nuevamente hasta Orizaba. La siguiente visita pastoral se inició en Córdoba, estuvimos en Fortín; hacia el Noreste llegamos a Paso de Macho; viajando hacia el Sur visitamos Cuichapa hasta Acatlán de Pérez; en multitud de poblaciones menores invitábamos a la población a que llevaran a sus niños para confirmarlos en Orizaba.

Como lo ordena el Canon, durante cada una de las visitas levantamos el acta correspondiente tomando nota del estado físico que guardaba la

iglesia, la existencia o no de los adminículos y otros objetos sagrados para los oficios y la Santa Misa. En las actas se asentaban, igualmente, las sugerencias, recomendaciones y órdenes precisas que dejaba el Obispo a los párrocos, cuyo cumplimiento o falta del mismo sería el punto de partida de la siguiente visita pastoral. En las grandes poblaciones, cabeceras de una parroquia amplia, convocábamos a una ceremonia final consistente en una procesión en el interior de la parroquia, después de la cual se cantaba el *Te Deum* y concluía con la Bendición Episcopal.⁹⁴

La geografía del estado de Veracruz es huraña y hasta agresiva en ciertos momentos; desde las bajas llanuras, casi al nivel del mar, hasta las enormes cimas del Cofre de Perote y el Pico de Orizaba.

En medio de llanuras de las tierras bajas se levanta una región montañosa conocida como la Sierra de los Tuxtlas. De la Sierra Madre Oriental bajan numerosos ramales que generan profundas barrancas por donde corren numerosos ríos que en tiempos de lluvias hacen muy difícil el paso; la unión de los arroyuelos origina ríos cada vez más caudalosos de donde surgen bellísimas cascadas que luego se deslizan lentamente

por la llanura hasta el mar; en la estación de lluvias, por lo general, se desbordan; inundan grandes superficies y forman pantanos, ciénegas y lagunas. De hecho, las visitas pastorales se programaban tomando en cuenta estos obstáculos de la selvática y feraz naturaleza veracruzana, para realizarlas en los meses más secos. Veracruz es el segundo lugar en la producción de café, de piña, de caña de azúcar, con importantes volúmenes de maíz y frijol. En la parte baja de algunos ríos se facilita la comunicación entre aldeas y rancherías porque son corrientes navegables.⁹⁵

En dos ocasiones, cuando menos, suspendimos las visitas pastorales en el Sotavento, entre Cosamaloapan, Tlacotalpan y Alvarado por las grandes inundaciones del río Papaloapan.

SOY GUADALUPANO, LO SERÉ SIEMPRE

En el año de 1895, recién llegado a la diócesis, con la autorización y simpatía de Su Santidad León XIII, se tomó la determinación de coronar a la Virgen de Guadalupe como Reina de América y Reina de los mexicanos. El señor D.

Próspero María, Arzobispo de México, invitó a los Obispos del país para que al frente de una comisión de sus feligreses se trasladaran a la Villa de Guadalupe en la fecha previamente seleccionada, para rendir pleitesía a la Reina de los mexicanos. Fueron invitados a la coronación Obispos de todo el continente, incluidos los de Estados Unidos. Sin duda, ésa fué la razón para el cambio de fecha que preliminarmente se había señalado, el 12 de diciembre, a la nueva fecha definitiva del 12 de octubre de 1895; el motivo era que se deseaba que la coronación fuera una fiesta de América y no sólo nacional.⁹⁷ Para esa ocasión, escribí al grupo de feligreses que me acompañarían un Himno a la Virgen María de Guadalupe, cuyo coro fué cantado durante la jornada y en el seno de la propia Basílica, para deleite general.

Aunque tal vez de no gran valor literario, el Himno tuvo éxito entre los fieles quienes convencidos y ardorosos repetían el coro:

Su filial gratitud y ternura
la nación mexicana pregona

hoy que ciñe con áurea corona
oh María, tu sien virginal.

[...] ⁹⁷

Las puertas de la basílica se abrieron a las ocho de la mañana. Pronto se llenó todo el recinto profusamente engalanado, la mayor parte de la multitud quedó fuera. Los diplomáticos y los invitados se colocaron en sitios especiales. Una comisión de damas llevó la corona hasta el altar. En este, cerca del baldaquino, se puso una plataforma, y al lado del evangelio se hallaba el dosel para el Arzobispo oficiante. Estaban presentes 38 prelados nacionales y extranjeros. Después del canto de nona, principió la misa pontifical presidida por el Arzobispo Próspero María Alarcón. ⁹⁸

Desde la fecha de mi Consagración, en mayo de 1895, no había vuelto a la ciudad de México. No disfruté de las acostumbradas vacaciones en mi tierra natal. En la ciudad de México, con motivo de la visita que acabo de reseñar, sentí nostalgia por mi antiguo Seminario, al que tanto he querido en mi vida; pero también tristeza por no haber encontrado el tiempo necesario para ver a mi añorado Valle de Bravo.

ATAQUES A LA JURISDICCIÓN DIOCESANA

Debo mencionar que en los primeros días de septiembre de 1903 recibí una nota del Venerable Cabildo de la Diócesis, que nuevamente hacía mención de las fuertes presiones que ejercía su S.S. Ilmo. Obispo de Oaxaca para integrar la provincia de Tehuantepec a la Diócesis oaxaqueña y formara, eventualmente, una nueva diócesis. Nos opusimos vehementemente; en aquel momento semejante pretensión no tuvo éxito.⁹⁹

Varios años después hubo otro intento de desmembración, esta vez, para crear un nuevo Obispado en Teziutlán, en la frontera de Puebla y Veracruz incluyendo “los cantones de Papan-tla, Jalacingo y Misantla para que pueda sostenerse”.¹⁰⁰

Era el final del siglo XIX; en Europa se vivía con euforia la *Belle époque*, aunque sonaban lejanamente algunos tambores de la terrible guerra que se aproximaba. En México se transitaba por una época de paz y tranquilidad sin precedente. Pocos podían imaginar lo que en los siguientes dos lustros habría de ocurrir.

GRAVES SOBRESALTOS

En el año de 1903 dió inicio un tiempo de calamidades en el país y dolores de cabeza para mi tarea pastoral: movimientos cuyas consecuencias sociales, políticas y económicas fueron inimaginables. Harían padecer durante años al país y especialmente al estado de Veracruz. Puedo afirmar que no volví a recuperar la tranquilidad perdida. Mi intuición me decía que la habría de recuperar hasta el día en que el Señor Nuestro decidiera recoger mi alma y dar por concluida mi vida a su servicio. Ese día ya estaba cerca, pensaba.

Hoy que siento, en verdad, la proximidad de mi muerte, tomé la decisión de escribir en un texto breve, está resumida biografía con los principales hechos de mi existencia, misma que he consagrado al servicio de Dios Altísimo, de su Iglesia y de los feligreses que por Su Santísima Voluntad me fueron encomendados.



Plaza, kiosko y jardín (1910-1930) de Tenango. Imagen tomada del sitio web México en Fotos.

IV



El Obispo Pagaza en sus primeros años como diocesano. Colección Particular de Ignacio Pichardo Pagaza, autor anónimo, *ca.* 1899.

REBELIÓN CONTRA EL OBISPO

Existe un tema sobre el que nunca hice referencia expresa a persona alguna, salvo cuando respondí las misivas de Su Santidad, que me fueron remitidas por conducto de alguno de sus Ilmos. dicasterios. Aquí en la diócesis y en el país, tampoco se difundieron los pormenores de esta delicada cuanto enojosa materia. Hoy aludiré a ella de manera somera, porque ése es mi deseo y porque así lo exigen las sagradas disposiciones del Derecho Canónico que también me obligan como al Vaticano.

Desde los primeros años de mi elevado ministerio como Obispo de Veracruz, un pequeño pero muy activo grupo de miembros del clero veracruzano se manifestaron en contra de mi modo de gobernar la diócesis. Me abstuve de conversar con ellos ni prestar atención alguna a sus infundios. Su comportamiento se exacerbó y se comunicaron de manera directa con S. S. el Delegado Apostólico del Vaticano en México, Monseñor Tomás Boggiani.

El Honorable Delegado Apostólico mandóme llamar a su oficina en México. No acudí porque parecióme que faltaría a la debida consideración que merece la alta investidura que me fué conferida por S. S. el Papa León XIII. No puedo evitar suponer que esta actitud de mi parte fue mal interpretada y, en consecuencia, algunos años después, la respuesta no se hizo esperar:

Mediante un decreto de la Santa Sede, quitóseme la administración de la Diócesis la cual pasó a manos de un Administrador Apostólico. Este procedimiento es poco común. Es utilizado en casos de avanzada edad o graves impedimentos de salud.

La nueva administración apostólica recayó en la persona del señor Secretario de la Mitra en Morelia, Francisco Banegas.

El decreto de la Santa Sede no daba muchas luces sobre las razones que motivaron su decisión. Aludía con cierta vaguedad a mi estado de salud, la edad provectora, agravadas por el clima riguroso del estado de Veracruz. Yo sabía que además de estas razones que eran, en mi caso, probablemente válidas aunque

tal vez insuficientes, había otras más. Existían aquellas intrigas que un grupo pequeño del clero veracruzano, encabezado por un Canónigo de nombre N. Correa y Díaz, había transmitido al Delegado Apostólico de la Santa Sede en México. Seguramente este último personaje remitió directamente los documentos al Vaticano, quien con ellos implantó el procedimiento; impulsado por el resentimiento del Canónigo y la negativa de mi parte a someterme a las inapropiadas indagaciones intentadas por el representante de la Santa Sede.

Las numerosas advertencias, que recibí en aquellos años por parte del clero veracruzano fiel y amistoso, apuntaban al malestar que acusaba mi supuesta preferencia por los sacerdotes españoles; por otro lado, por la falsa declaración de ciertas insuficiencias en mis visitas pastorales al vasto territorio de la diócesis; igualmente, se decía que tenía más interés en mis actividades literarias que en las pastorales. Lo que no se tomó en cuenta ni por las críticas ni por los redactores del decreto vaticano, fueron los sacudimientos y obstáculos para la vida cotidiana de los veracruzanos, generados por las profundas turbulencias

experimentadas en el estado y en el país, a partir del año de 1906 y acentuadas en los años de 1913, 1914, 1915 y hasta 1916.

EL SIGILO

Únicamente puedo referirme a los hechos del dominio público; los argumentos, razonamientos y contraargumentos, propios de un procedimiento tribunalicio, fueron reservados en los archivos del Vaticano, y no se abrirán al público hasta transcurrir 50 años.

El detalle de las acusaciones elevadas en mi contra y las resoluciones adoptadas por la Santa Sede quedaron restringidas por el sigilo. No así las conclusiones del Vaticano ni la reacción de mi parte, pues son del dominio público; por tanto, no están afectas a la mordaza del silencio episcopal.

Cercana la hora undécima de mi vida y del mandato eclesiástico recibido, sólo diré nuevamente, en defensa propia, que no se tomaron en cuenta los graves acontecimientos políticos y económicos que envolvieron al país

y al estado de Veracruz, a partir de 1906; mismos que se han prolongado hasta los presentes días en que escribo sobre de mi vida.

Tampoco fueron tomadas en cuenta las claras explicaciones y aclaraciones que me permití hacer llegar a la Sacra Congregación Consistorial del Vaticano, encabezada por el Cardenal De Lai, Obispo Sabina, por el honorable conducto del Delegado Apostólico del Vaticano en México S. E. Ilmo. Tomás Boggiani; naturalmente conocidas por el propio Delegado.

Habrá que esperar muchos años para que los investigadores de la historia de los asuntos religiosos en México tengan libre acceso a esta minúscula pero significativa parte en los archivos vaticanos.

Sujetas a la restricción vaticana fueron, también, las calumnias y denuncias en contra del gobierno de la diócesis, y de buenos y honorables eclesiásticos que auxiliábanme en las complejas tareas pastorales y de gobierno. Las acusaciones iniciadas muchos años antes del 1913, enderezadas en mi contra, culminaron dolorosamente en octubre de ese año. En esa fecha El Vaticano tomó la decisión de enviar a

Veracruz, como Vicario General de esta diócesis, encargado del gobierno de la misma, al Señor Canónigo Francisco Banegas, hasta entonces Secretario de la Sagrada Mitra de la Diócesis de Michoacán. Cumplí puntualmente con las instrucciones de la Santa Sede.

Me veo obligado a omitir numerosas comunicaciones de ida y vuelta con S. S. Ilustrísimas el Obispo Del Val, Secretario de la Congregación Consistorial en Roma, y Del Delegado Apostólico en México, Monseñor Tomás Boggiani. Lo anterior en razón de las tantas veces invocada secrecía que recae sobre este tipo de nefandos asuntos llegados a la elevada atención de la Santa Sede.¹⁰¹

Volvamos la atención hasta los acontecimientos en Veracruz a partir del año 1906:

FIN A 50 AÑOS DE SIGILO DECRETADO POR EL VATICANO

En abril de 2012 el Doctor Celestino Barradas, historiador de la Iglesia veracruzana, recibió la autorización de D. Gilberto Suarez, Vicario General, Censor, para la publicación de un

nuevo libro sobre la vida de Joaquín Arcadio Pagaza, IV Obispo de Veracruz. La obra tiene un interés especial porque hasta donde se sabe es el primer historiador mexicano, después de 50 años del sigilo restrictivo, que obtuvo autorización para estudiar los Archivos Secretos del Vaticano, relacionados con las acusaciones contra el Obispo Pagaza. Tales acusaciones, por mala administración en el gobierno diocesano, que hasta donde se sabe no pasaron por ningún tribunal eclesiástico tuvieron por consecuencia que, la Santa Sede, tomara la grave decisión de designar un Vicario General para hacerse cargo en su totalidad del gobierno de la Diócesis veracruzana. Este procedimiento es inusual. La Santa Sede hace uso de él en casos particularmente delicados de escándalo, deshonestidad, falta de probidad o desorden generalizado en el gobierno de la diócesis de que se trata. En el caso, los alegatos aluden a supuestos o reales desórdenes en el gobierno diocesano y más bien a las pugnas internas entre distintos sectores del clero veracruzano. En los resúmenes biográficos sobre la vida de Pagaza esta materia no se aborda o solo con referencias

indirectas. Se presenta en seguida un extracto de las acusaciones y las consecuencias posteriores:

a) Insuficiente trabajo pastoral; las visitas del Obispo, se concentran en unas cuantas poblaciones al centro del estado; solo esporádicamente se lleven a cabo en la región Norte o la región Sur.

b) Las visitas son superficiales y las actas respectivas no reflejan las situaciones reales del clero local.

c) El Obispo se ha rodeado para el gobierno de la diócesis casi exclusivamente de sacerdotes de nacionalidad española; hace a un lado al clero mexicano.

d) Dedicar poco tiempo a las tareas pastorales; está más interesado en su trabajo literario.

e) Es propietario de una imprenta que trabaja en la impresión de sus obras literarias; no rinde cuentas de las finanzas de la empresa.

Las denuncias y acusaciones primero fueron verbales, posteriormente quedaron plasmadas en misivas que el clero inconforme de Veracruz hizo llegar al Delegado Apostólico de la Santa Sede en México; más tarde, las investigaciones ordenadas secretamente por el Delegado Apostólico y, finalmente, las numerosas comunicaciones entre el Obispo Pagaza y el Delegado Apostólico de la Santa Sede. Tomás, Arzobispo Boggiani. Los reclamos en contra de la diócesis y de su Obispo eran variados y algunos presentados en forma poco comedida. Una última categoría de inconformidades respecto de la diócesis fue la que señaló Tomás, Arzobispo Boggiani, Delegado Apostólico. Dice así: Octubre 7 de 1913. El asunto del DIEZMO afecta seriamente a la diócesis desde su inicio hasta el presente.

Por expreso encargo de la Sagrada Congregación Consistorial, ruego... tenga la bondad de darme las más exactas noticias acerca de la expresión y repartición de los DIEZMOS en su diócesis, contestando a las preguntas siguientes:

- 1) Criterios y modos con que se fijan y se determinan los diezmos, que los fieles deben pagar a la Iglesia.
- 2) Cómo cumplen los fieles con este deber.
- 3) De qué modo se exigen y se recogen los diezmos.
- 4) Si hay que deplorar abusos y cuáles en la exacción y en el pago de los diezmos.
- 5) Normas con que se reparten y se aplican los diezmos.
- 6) Observaciones y propuestas sobre los diezmos.

Con mucho gusto aprovecho la ocasión de expresar a V. S. Ilma. los sentimientos de mi particular obsequio...

† Tomás Arzbp. Boggiani,
Delegado Apostólico¹⁰²

LA HUELGA DE RÍO BLANCO

A mediados del año 1906, motivados por una huelga patronal de los textileros de la región de Orizaba, los obreros de la fábrica de Río Blanco hicieron un paro total de labores. Pidieron la intervención del Presidente Díaz en el conflicto. El Presidente Díaz les dió la razón a los patronos de las empresas y ordenó al ejército federal reprimir el levantamiento obrero. El ejército atacó a los obreros desarmados causando la muerte de un número no claramente determinado de obreros, mujeres y niños; posiblemente más de un centenar. El levantamiento quedó sofocado en un baño de sangre obrera. Se creó un ambiente social de temor entre las clases pudientes y de gran resentimiento de los trabajadores y sus familias hacia las autoridades. La huelga de los patronos tuvo origen en el hecho de que los trabajadores de la fábrica de Río Blanco se habían organizado para solicitar el mejoramiento de sus condiciones de trabajo: más corta jornada laboral, mejores salarios y condiciones de higiene y seguridad en los talleres de hilados y tejidos; y otras semejantes. Las peticiones laborales fueron

rechazadas. El Presidente Díaz ofreció un banquete a los propietarios e inversionistas extranjeros de Veracruz, en desagravio. La feligresía veracruzana se dividió en torno a una y otra partes.

LOS CARRANCISTAS EN VERACRUZ, 1913

Durante la llamada Decena Trágica que se originó en la traición de Victoriano Huerta contra el Presidente Francisco I. Madero, los acontecimientos desembocaron en el asesinato del Presidente Madero y su acompañante Pino Suárez. Las tres grandes facciones revolucionarias no reconocieron el gobierno espurio del General Victoriano Huerta. Estos grupos armados estaban encabezados por Don Venustiano Carranza, autodesignado Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, a quien acompañaban el triunfante General Álvaro Obregón; las huestes del General Francisco Villa; y los rebeldes sureños comandados por el General Emiliano Zapata. A principios de 1914 se intensificaron los ataques contra el ejército federal huertista por parte de los militares que no reconocían la legitimidad de aquel

gobierno. Don Venustiano Carranza convocó a todas las fuerzas contrarias al gobierno huertista a una convención para decidir el camino a seguir frente al usurpador. Los convencionistas tuvieron sus primeras reuniones en la capital de la república; sin embargo, surgieron allí las primeras discrepancias entre los tres grupos. Las fuerzas villistas y las zapatistas decidieron continuar con sus deliberaciones y se trasladaron a la ciudad de Aguascalientes. Desconocieron a Don Venustiano como primer comandante de los ejércitos revolucionarios. Villistas y zapatistas hostigaron agresivamente a los constitucionalistas, razón por la cual Don Venustiano Carranza decidió trasladar su gobierno a Veracruz.¹⁰³

Durante los primeros meses del año de 1914, el recién electo Presidente norteamericano Woodrow Wilson ordenó a los barcos de guerra norteamericanos que se estacionaran frente a los puertos de Tampico y Veracruz, bajo el pretexto de impedir la llegada de armas tanto al gobierno de Victoriano Huerta como a cualquier otro grupo revolucionario. En tanto, el ejército carrancista extendió su dominio a todo el estado de Veracruz y a otras porciones

del Sureste. Bajo un pretexto menor, en abril de ese mismo año se inició el desembarco norteamericano en Veracruz. Ante la heroica pero débil resistencia de la población civil veracruzana, los marinos norteamericanos se apoderan del puerto en su totalidad.

La vida cotidiana de la población civil se vió intensamente afectada. Rumores variados sobre una invasión norteamericana en el resto del estado y sobre posibles ataques militares con las tropas carrancistas, generaron pánico entre los habitantes. Familias con posibilidades económicas decidieron abandonar el país o trasladarse a otras ciudades tierra adentro. Amigos acaudalados me ofrecían y rogaban que aceptara exiliarme como lo habían hecho tantos otros miembros del Alto Clero. Me negué rotundamente; menos aún a bordo de una nave de los invasores de mi Patria.¹⁰⁴

VENDADO PARA NO VER A LOS INVASORES DE MI PATRIA

Al salir los norteamericanos de Veracruz, dejaron en la retaguardia algunas tropas para evitar

ataques sobre las que se retiraban. Decidí, en ese momento, hacer una visita a la parroquia del puerto para brindar apoyo moral a los feligreses de la ciudad y a su señor cura párroco. Exigí a mis acompañantes que al acercarnos al templo me vendaran los ojos para evitar ver la penosa escena de los soldados extranjeros invasores acantonados en la plaza, jardín central o en el atrio de la iglesia.¹⁰⁵

Ocho meses después, las negociaciones del gobierno provisional de Venustiano Carranza concluyeron con la retirada de las naves norteamericanas.

El estado de Veracruz, como otras regiones del país, se vió asolado por la grave escasez de alimentos básicos; por el imparable incremento en los precios de todas las mercancías de primera necesidad y por la presencia incontenible de gavillas que robaban, asaltaban y asesinaban en gran parte del territorio veracruzano.

Luego de la salida de las tropas norteamericanas de Veracruz, ocurrió una nueva situación crítica en los principales centros de urbanos del estado, poblaciones menores y en el campo. Las tropas del ejército de D. Venustiano Carranza,

hambrientas y mal pagadas, se apoderaban de cuantas cosas de valor se cruzaban en su camino: alimentos, vestidos, zapatos, transportes, caballos, objetos de plata y oro y demás objetos que pudieran ayudarles a sobrevivir. En verdad que D. Venustiano Carranza y el gobernador del estado, General Cándido Aguilar, decretaron fuertes penas a los soldados y oficiales que incurrieran o permitieran cualquier saqueo o despojo de las tropas bajo su mando. Los castigos eran insuficientes para detener los desmanes. Yo mismo me vi afectado gravemente por estos hechos.¹⁰⁷

ÚLTIMOS LOGROS LITERARIOS

En 1913 se publicó el primero de dos tomos de las *Obras completas* de Virgilio en versión literal. A pesar de mi avanzada edad (74 años) había terminado, también, el segundo tomo de esa obra. La razón que me animó a hacer la traducción literal de la poesía de Virgilio fué, lo confieso, prestar oídos a algunos críticos que desde tiempo atrás habían señalado que en realidad

mis traducciones, tanto de este poeta como las de Horacio, no seguían con fidelidad ni el ritmo ni la métrica originales de esos inigualables autores latinos; se decía que, por momentos, me servían de pretexto para la creación literaria propia. No estoy convencido de la justeza de tales comentarios, porque el traductor, además de ser afín a los autores que traduce, no debe quedar satisfecho con verter el sentido de las palabras del idioma original a la lengua que se traduce; debe permanecer fiel al sentimiento y a la emoción que el poeta original quiso comunicar a sus lectores. Ello explica el porqué de ese empeño tardío.

VIRGILIO EN LA LONJA

El segundo volumen estaba en impresión en la imprenta de mi propiedad, a la que llamé Imprenta Católica; hablo del último trimestre del año 1913. Ese tiempo coincidió con la avalancha carrancista que descendió a Jalapa y a otras poblaciones del estado de Veracruz. En alguna ocasión reciente, mi entrañable amigo Alberto

María Carreño pidióme le enviara el material que existiera de esa traducción literal porque había recibido la invitación del director de la Academia Mexicana de la Lengua, para que en algún momento participara en una sesión dedicada a honrar a quien esto escribe; le hice saber que el destino de aquellos pliegos impresos con la traducción literal de Virgilio, había sido terminar como papel de envoltura en las panaderías, lonjas y misceláneas de la ciudad de Jalapa; habían sido arrancadas por la fuerza a los empleados de la imprenta, tal vez para cambiar el papel por unos billetes de escaso valor o algunos mendrugos.¹⁰⁷

La población del estado padeció intensamente con la llegada del gobierno provisional del General Venustiano Carranza; se dice que descendieron sobre Veracruz 25 mil elementos entre militares, ministros, oficiales, burócratas, tropa y hasta soldaderas. El fenómeno de la desvalorización de los “bilimbiques” y hasta de los “infalsificables” resultó desastroso, pues acarrió la desmesurada elevación de precios de los alimentos básicos; se presentó la necesidad de confiscar granos básicos a los comerciantes,

a los almacenistas y hasta a los hacendados que los guardaban celosamente para especular con el hambre de la población. Los encargados de aplicar las medidas de control de los precios de los productos básicos eran los secretarios del gobernador Cándido Aguilar, los generales Heriberto Jara y Agustín Millán. Jilotepec fue otra población del centro del estado que padeció la presencia del gobierno provisional. Pero no sólo el gobierno provisional acarreó serias molestias con su presencia en Veracruz; el estado padeció las desmesuras de innumerables grupos de gavilleros que hacían sumamente difícil el traslado de una población a otra; sobre todo en aquellas de acceso difícil.¹⁰⁸

HAMBRE EN VERACRUZ

El año de 1915 fue especialmente angustioso para los veracruzanos aunque también para las tropas carrancistas. En términos financieros la situación se había transformado en un círculo perverso: por una parte, D. Venustiano recababa y guardaba cualquier moneda en oro y en plata

para destinarla a la compra de armamento y parque; por la otra, pagaba a sus tropas y a los burócratas, que habían venido desde México con billetes impresos en los talleres del gobierno provisional. Los comerciantes y hacendados estaban dispuestos a vender sus productos alimenticios y de vestimenta únicamente a cambio de oro o plata, porque la moneda en papel perdía valor a las pocas horas de haberse emitido. Las amas de casa no querían conservar billetes carrancistas un solo día, porque conforme pasaban las horas perdían valor. El primer jefe ordenó que se confiscaran todas las existencias de pan y harina a las panaderías y tiendas. Si los propietarios de los alimentos se negaban a venderlas a cambio del papel moneda, las tropas carrancistas las tomaban por la fuerza; así surgió el término “carranpear” para referirse a la acción de apoderarse de objetos que eran propiedad de un tercero; la reacción de los comerciantes y hacendados que tenían almacenada la recolecta de granos del último diciembre fué esconderla celosamente. Los militares ordenaron preparar una lista de todos los sitios en el estado de Veracruz donde se sembrara arroz, frijol y maíz; así como el volumen

probable de la recolección, bajo el pretexto de que se enviarían tropas a proteger los graneros de almacenamiento. Por otro lado, la Secretaría de Hacienda y Crédito Público del gobierno federal provisional ordenó la prohibición tajante de que los propietarios de alimentos básicos vendieran a otros estados del país y al extranjero cebada y frijol, aparte de los granos mencionados con anterioridad. Ante los fenómenos de escasez que se acentuaban, las autoridades del gobierno provisional iniciaron la importación de granos pagándolos con moneda dura (seguramente del tesoro nacional que trajo consigo D. Venustiano Carranza). Para mantener una semblanza de control sobre la población de Veracruz, el gobernador del estado, General Cándido Aguilar, acudía al trabajo incesante de sus secretarios Heriberto Jara y Agustín Millán. Estos personajes se habían radicalizado y transformado en jacobinos intransigentes; sobre todo el último de los mencionados. Le exigían al gobernador Aguilar que se aplicaran con rigor las Leyes de Reforma.

LA PERSECUCIÓN

En cierto momento a mediados de ese año (1915), me enteré de que el General Agustín Millán había hecho un serio reclamo al gobernador Aguilar porque, en su opinión, el Gobierno del Estado no estaba actuando con el vigor necesario para implantar las medidas en contra de los bienes del clero y sus prestanombres, en los términos que ordenaban las Leyes de Reforma en vigor desde hacía algunas décadas. Ponía como muestra el trato preferencial que, en su opinión, recibía yo en mi calidad de Obispo. Señalaba que no sólo había conservado los bienes diocesanos sino especialmente la residencia del Obispado.¹⁰⁹ Los rumores de una acción militar en mi contra crecían. Opté por hacer preparativos para esconderme en algún lugar apropiado, evitar mi detención y posible apriamiento. Algunos feligreses, tan amistosos cuanto generosos, de posición económica desahogada, ofrecieronme, nuevamente, su intermediación ante el Gobernador y el Presidente Carranza, para que se permitiera exiliarme a los Estados Unidos, incluso en algún país europeo.

Respondía que agradecía su noble intención de cuidar a mi persona; que no aceptaba viajar en una nave de los invasores de mi Patria y menos refugiarme en un país enemigo de México. A nadie manifesté que estaba acelerando los preparativos para mi destierro. Una noche, junto con dos fieles sacerdotes parientes míos partimos hacia Sotavento, porque me llegó el rumor de que el General Agustín Millán había ordenado mi detención y la confiscación de mis bienes.

Una vez tomada la determinación de escapar de mis perseguidores y evitar ir a la prisión, se nos planteó otra delicada cuestión; estaba decidido a no salir del territorio de mi diócesis. ¿Por cuál de las regiones del estado debía yo decidir?, simplifiqué el razonamiento pensando que podía elegir entre la montaña o la llanura; entre el espesor de la selva umbría o las planicies feraces cercanas a la costa; me decidí por la segunda, a saber, la región del Sotavento,¹¹⁰ porque parecióme que su clima cálido y húmedo, con planicies abiertas, podría sernos menos incómodo durante el errabundo periplo. El Sotavento, pletórica de lagunas, de tumultuosos arroyos y ríos que dificultan los

caminos, es también una región que, por su feracidad, se convierte en granero y alhóndiga para todo Veracruz. En la dura realidad que enfrenté con mis compañeros, aquella reflexión no resultó cierta en términos prácticos: la región no me proporcionó el anhelado escondite; los breñales no fueron refugio suficiente para ocultarnos y las barrancas sirvieron más para dar nombre a algún municipio que para escondernos.¹¹¹ La fecundidad de esas tierras no nos allegó el ansiado sustento, pues evitábamos acercarnos a las humildes chozas de los agrícolas para no comprometerlos con nuestra presencia, si acaso los rondines de avanzada llegaban hasta ellos. Padecimos hambre y sed en la intemperie.

CAPTURA Y ABATIMIENTO

Algún día hubo en que, para alimentarnos, nos atuvimos a los añejos conocimientos herbolarios que nos indicaban cuáles hierbas sí y cuáles no podíamos masticar y obtener su nutritivo néctar. Tuve que lamentar la pérdida de uno de mis

compañeros, quien, agotado por las fatigas, decidió no seguir adelante por simple imposibilidad física; se refugió en la humilde choza campesina donde pocos días después, según me enteré más tarde, falleció. No habré de negar que en varios momentos me sentí abatido, entristecido por el abandono, por la lejanía de mi suelo natío, próximo a la desesperanza. Sólo la fe en Dios me mantuvo enhiesto. Los dolores intestinales que he padecido desde joven se intensificaron; sentía la necesidad de detenerme y descansar. Sabía los riesgos que implicaba. En efecto, una partida militar carrancista dió con nosotros en la alborada de aquel día aciago; prisioneros nos trasladaron hasta la ciudad de Jalapa.¹¹²

Algún tiempo después escribí a mi entrañable paisano el entonces joven Canónigo José Castillo y Piña, una carta que narra aquellas terribles circunstancias. La narración que envié a mi paisano era un desahogo. Le decía en aquella misiva, según recuerdo el texto:

Errantes de un campo al otro en esta zona ardiente y la más necesitada... afrontando mil y mil peligros, sin más libros que el breviario y el

añalejo, sin otra defensa que la cruz de Cristo, hemos atravesado mil veces yo y mis familiares, sacerdotes ambos, estos breñales hoscas, de día y de noche, absolviéndonos mutuamente y dando alivio a las necesidades en cuanto nos era posible.

Y en estas condiciones, aún más difíciles porque me habían arrancado mis jóvenes compañeros, con solo una moneda de cincuenta centavos, que dejaron caída los asaltantes, abandonado en aquella soledad, ya al obscurecer, escribí en aquel día terrible, el 28 de abril del año anterior (1915) *el juguetillo* que hoy llega a tu poder. *Carmina proveniunt animo deducta sereno*, escribió alguno en la edad de oro y creo que dijo bien... Y *El juguetillo* es el que sigue:

AL DIVINO REDENTOR DEL MUNDO

¡Cuánto padece el hombre! ... Tú lo sabes;
tú al mundo das vida, la luz al cielo,
Color al iris, cuevas en el suelo
A las raposas, nidos a las aves.

Mi querer, por ser ciego, daños graves
Traer pudiera, luto y desconsuelo;

Y no así el tuyo, porque ves sin velo
Y empuñas del poder las áureas llaves.¹¹³
[...]

POSTRIMERÍAS¹¹⁴

Al regresar al Obispado en los primeros meses del año de 1916, me invadió el optimismo hasta con un talante de alegría. Había motivos para ello. No permaneció mucho tiempo ese aliento y ánimo levantados; al ofrecer la misa diaria exclamaba con la mayor convicción *Sursum Corda; Deo Gratias*. La vigorosa exhortación que había formulado al General Venustiano Carranza, Presidente Provisional de la República, para que su gobierno devolviera el Palacio Obispal a su legítima dueña, Nuestra Santa Madre Iglesia, fué atendida. Estaba deambulando solitario y satisfecho en aquellos corredores y aposentos entrañables, cabe los muros del oratorio privado, rodeado de imágenes y objetos litúrgicos que me eran caros; junto a mis libros de mayor significación personal. Íntegras encontré las

numerosas joyas y objetos de valor que me habían sido obsequiados casi cinco lustros atrás. También había recuperado la libertad y vencido la ignorancia y el trato vejatorio al que injustificada y calumniosamente me sometieron los esbirros de un general jacobino, Agustín Millán; al menos eso creía. Sin saberlo, avanzaba la traicionera y oculta enfermedad que me invadía.

Por las mañanas costábame un esfuerzo adicional vencer el mareo y la náusea, antes de descender a la Capilla del Palacio Obispal, a la que acudían los eclesiásticos que residían en él y la servidumbre; cuando tenía invitados, me acompañaban. Mi desayuno era ligero, adicinado de variadas pócimas a base de hierbas, tés y otros remedios no menos extraños. El resto de la mañana contestaba la numerosa correspondencia sobre asuntos de la diócesis, en particular concernientes al Seminario; la de mis amigos literatos y eclesiásticos y la de mis paisanos o de los administradores de La Labor en Otzoloapan y de La Huerta en Ixtapan del Oro.

Por las tardes intentaba concentrarme en reponer la traducción literal de las obras de

Virgilio, destruidas por las tropas carrancistas de la manera que ya relaté. Era inútil; como inútiles resultaban las encarecidas solicitudes de mis compañeros, preocupados por mi salud, para seguir escribiendo poesía.

Algo más que las dolencias físicas presionaba mi estado de ánimo. Lo dije así en un soneto que pienso haya sido suficientemente esclarecedor:

A UN POETA

Omnia fert oetas

Virgilio

Como en el mar las naves voladoras
como en las algas gélido el rocío
como en declive el espumoso río,
resbalan, Tirsi, las fugaces horas.

Dulce poeta, ¿por ventura ignoras
que el grave Otoño sucedió al Estío,
y que sus alas bate el cierzo frío
sembrando sus escarchas roedoras?

¿Cómo es que pides versos, ¡Inocente!,
al bardo lugareño, que marchito
ostenta el lauro en la surcada frente?

Huyó ese tiempo de cantar bendito:
y a mi lira dorada y plectro ardiente
les dije adiós, en lastimero grito.¹¹⁵

Aquellas tardes en el jardín del Obispado, cuando el sol regalaba sus postreros rayos a Jalapa o en la intimidad de mi alcoba, si no llegaba la inspiración, dedicábame a traer a la memoria algunos poemas, como quien hojea un viejo álbum de daguerrotipos.

Al recibir una carta de mis parientes de apellido Rebollar, vecinos del pueblo de San Martín Otzoloapan, les contesté con un breve saludo y una más breve reseña de mis males-tares y les transcribí aquel soneto escrito muchos años antes:

LA ORACIÓN DE LA TARDE

Tiende la tarde el silencioso manto
de albos vapores y húmidas neblinas
y los valles y lagos y colinas
mudos deponen su divino encanto.

Las estrellas en solio de amaranto
al horizonte yérguense vecinas,
salpicando de gotas cristalinas
las negras hojas del dormido acanto.

De un árbol a otro en verberar se afana
nocturna el ave con pesado vuelo
las auras leves y la sombra vana;

y presa el alma de pavor y duelo,
al místico rumor de la campana
se encoge, y treme, y se remonta al cielo.¹¹⁶

En la ocasión reciente que mis amados paisanos del Valle de Bravo de la familia Maduro escribiéronme lamentando los efectos sobre mi salud originados en la persecución y encarcelamiento que, vejatoriamente, me impusieron los enemigos de la Iglesia, torné a responderles, agradecido; les recordé una estrofa que me pareció muy a propósito.

[...]

Os pediré un favor: si en otro suelo
Llego a morir, muy lejos del amado,

Patrio terruño, porque el alto cielo
Me niegue lo que más le he suplicado,
Mis restos reclamad con doble anhelo:
Ved que si el corazón os tengo dado
Y prefiero a un palacio las pajizas
Chozas de aquí, son vuestras mis cenizas.¹¹⁷

Cada semana experimentaba mayores dificultades para desempeñar las actividades cotidianas: mareo, náusea y falta de equilibrio al iniciar la jornada; una molestia permanente en la función digestiva que se manifestaba en ardor en el esófago, acidez y cólicos constantes. Confiaba en el régimen de dietas, lo cual me aliviaba por algunos días hasta que los síntomas aparecían de nuevo. Mi cuerpo y ánimo se debilitaban; mis colaboradores lo percibían con preocupación; yo también. Costábame trabajo mantenerme alerta en la oración y en la lectura del libro de las Horas.

En las primeras semanas del año de 1917, mi querido sobrino Pbro. Pedro Ávila, compañero de satisfacciones y angustias pastorales, enfermó de un tumor que había crecido, hasta hacerse visible, por el área donde se dice que se aloja el hígado. Pocos días después entérome que ya no

se levantaba de la cama. Murió el 27 de marzo de 1917. Me invadió una profunda tristeza; lo quería mucho, era una alma cercana a la mía. Dominando mi caído estado de ánimo, de abandono y desesperanza, redacté una elegía en su memoria que aproveché para recordar, también con nostalgia, a mi madre. Transcribiré algunos trípticos:

ELEGÍA

[...]

4. Sobre tu obscura fosa inmóvil arda
Y flébil el lucero de la tarde,
Ya que al mundo cobije sombra parda.

[...]

7. Hoy que cual ave, sobre yermo nido
Te ciernes, y colmado de ventura
Al cielo subes de su luz vestido.

8. A recibirte acude con ternura
Y gloriosa tu madre, de la mía
Acompañada..... ¡angelical criatura

9. Mi único, inmenso amor, mi poesía,
Temprano arrebatada por la muerte
Que a libar diome un caliz de agonía!

[...]

¡De inocencia, modelo y poesía,
Y de virtud, dulzura y mansedumbre,
Pide al Señor que cese mi agonía,
O que me llame a la celeste cumbre!¹¹⁸

Abril de 1917. A partir de aquel infausto acontecimiento mis dolencias y abatimiento aumentaron. Contra mi deseo dejé de ofrecer la Santa Misa en la Catedral; sólo de vez en cuando bajaba a la Capilla del Obispado.

El golpe final a mi espíritu desfallecido se ocasionó con la postración física y moral que me produjo, por la debilidad senil, la pérdida casi total de la vista y con ello la capacidad para leer y escribir.

Hoy, enero de 1918, pongo punto final a esta sencilla recordación de mi vida. De memoria dictaré una poesía que me viene a la mente:

A MI PUEBLO NATAL

Si en libertad dejárame el destino
Que hoy me encadena con inicua saña,
No buscaría por región extraña
Desnudos montes y raudal mezquino.

Antes tus selvas de oloroso pino,
¡Oh fértil Valle! y silbadora caña,
Y aquellos llanos que el *Salitre* baña
Con linfa azul de murmurar divino.

Tus abetos de plácida memoria
Guardan aún grabada en la corteza
De mi niñez la peregrina historia.

Y los mirtos que pueblan tu maleza
(¡Temprano augurio de futura gloria!)
Con sus hojas cubrieron mi cabeza.¹¹⁹

Epílogo



Óleo del Obispo Pagaza. Propiedad de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, N. Romero, *ca.* 1899.

Uno de sus biógrafos que conoció de cerca los últimos momentos del Obispo Pagaza, los relata de esta manera:

Quince días estuvo postrado, sin poder abandonar un instante su lecho; pero con la gracia particularísima de conservar hasta el último instante el perfecto uso de sus facultades, aunque no el de la palabra, pues lo perdió setenta y dos horas antes de fallecer. Muy poco era lo que conversaba con las personas que acudían a verle; parecía no querer robar tiempo alguno a su alma, que ansiosa estaba por dedicarlo todo a su Dios. ¡Qué finezas, qué requiebros, qué halagos no recibiría de su divino esposo en aquellos supremos instantes!... El presentimiento de una gloria cercana y de una felicidad sin término, le hacía no prestar atención a los terrenales negocios, que para él habían terminado. “Ya soy alma de otro mundo, y sólo tengo aquí el cuerpo”, dijo a un padre que le preguntaba algo relacionado con la mitra.

Sus más dulces palabras y más francas expresiones eran para el virtuoso Sacerdote Castor Rodríguez, quien le asistió en toda su enfermedad, sin separarse día y noche de su lado. Muchos, muchos favores tiene que esperar del cielo este buen padre, español, por su abnegación y constancia, por su amor y fidelidad demostrados a un amigo en los momentos de prueba y abandono. Para acudir a la cabecera de un paciente de quien sólo favores hemos recibido, no son menester las heroicas virtudes de los santos, basta poseer la sencilla y cristiana caridad. Que el ilustre enfermo se daba cuenta de todo lo que en torno suyo acontecía, es indudable, y aunque no tuvo para expresarlo una queja, nosotros hemos podido interpretar toda una reveladora elocuencia, en este al parecer, insignificante rasgo. —Es cosa por muchos conocida, que sin fuerzas apenas para mover sus miembros, estrechaba entre sus extenuados y temblorosas manos las de su providencial servidor, el ya citado Padre, y llevándolas a sus labios, las besaba repetidas veces, con un fervor y devoción que conmovían a cuantos los presenciaban.... Por ser tan sencilla, y estar al alcance de toda la traducción de este hecho, huelga que yo comente su significado.

La noche del martes, día diez, se agravó de tal modo, que se creyó necesario pasar aviso al Vicario de la Mitra para que se presentara urgentemente. A las dos de la mañana llegó el P. Castillo, y el moribundo, haciendo un supremo esfuerzo, pudo apenas musitar estas palabras: “vigila todo”. Y en seguida su respiración se hizo más anhelosa, y el frío comenzaba ya a invadir su cuerpo; prueba de que muy poco le restaba de vida, y así fue. A las seis y media de la madrugada del miércoles 11 de septiembre, voló su alma al cielo, dejando en la tierra a millares que le recuerdan y le lloran.

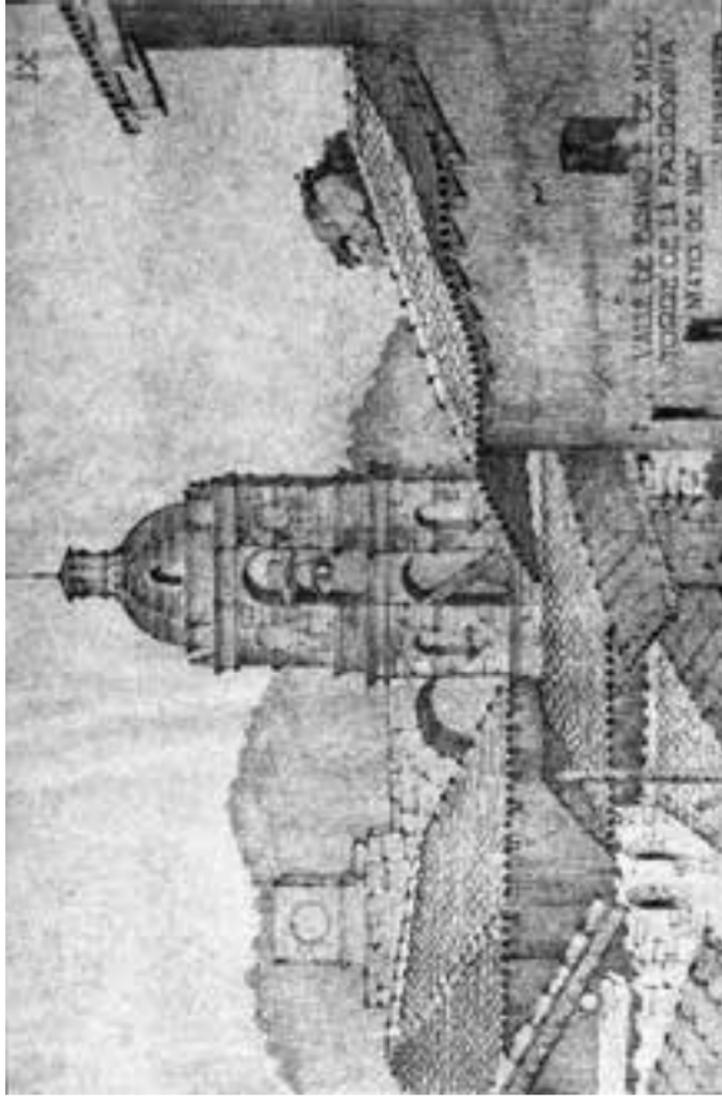
¡Gracias mil! Y que os colme de ventura
En vida y muerte el cielo generoso;
Que jamás un resabio de amargura
Perturbe vuestro plácido reposo.
La mirada clavad siempre en la altura
Donde mora perenne y venturoso
Dios, justo premio de las almas bellas;
Caminemos hacia Él; seguid mis huellas.

Estos versos, por él escritos, le sirven hoy de eterna despedida.¹²⁰



De izq. a der.: Guillermo Muñiz, Excmos. Sres. Pagaza y Carlos de Jesús Mejía (segundo Obispo de Tehuantepec y alumno fundador del Seminario de Jalapa) y el padre del Sr. Mejía. Colección particular de Ignacio Pichardo Pagaza, autor anónimo, s. f.

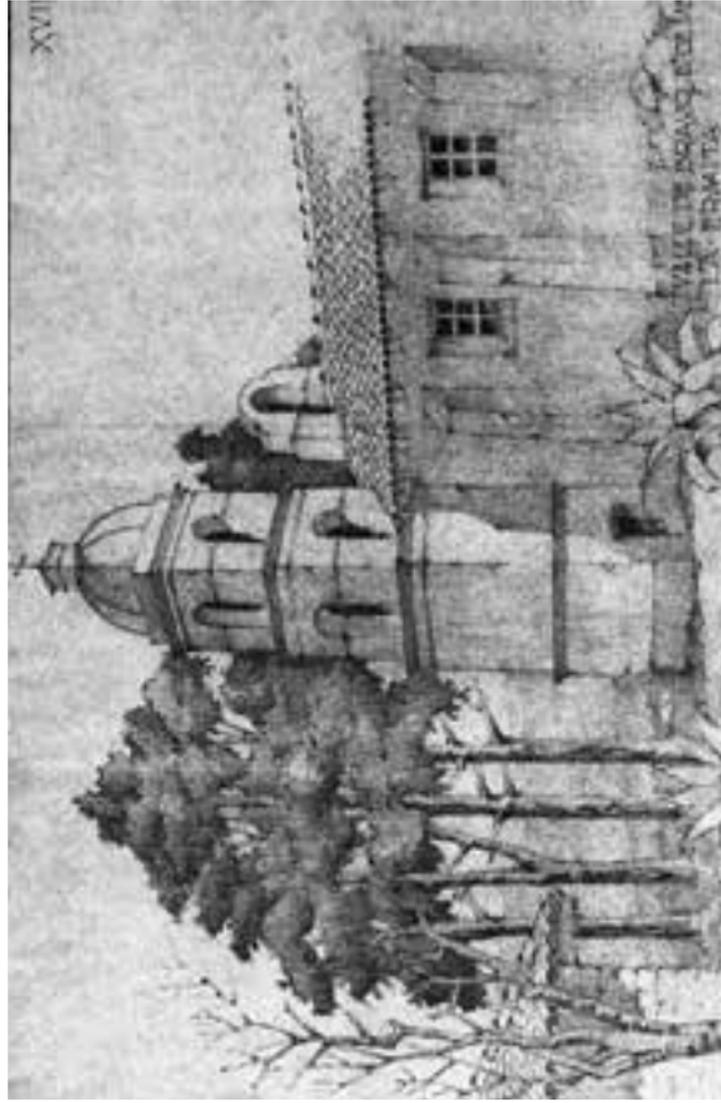
El Valle de Bravo
de Joaquín Arcadio Pagaza



Vista de la torre vieja de la parroquia, aún en pie. "Valle de Bravo, E. de Méx. Torre de la parroquia".
Imagen tomada de *Esbozos Valle de Bravo*, de V. Pingarrón, 1947.



Calle Independencia. Al fondo, torre vieja y fachada semidestruida de la parroquia. Colección particular de Ignacio Pichardo Pagaza, autor desconocido, ca. 1924.



“Valle de Bravo, E. de Méx. La Ermita”. Imagen tomada de *Esbozos. Valle de Bravo*, de V. Pingarrón, 1947. Hoy en día La Ermita es conocida como La Capilla.



Calle de Santa María. La torre y la cúpula de la iglesia fueron destruidas por un sismo, y muchos años después, reconstruidas. Colección particular de Ignacio Pichardo Pagaza, autor desconocido, *ca.* 1920.



Calle Francisco González Bocanegra, la principal del pueblo, vista desde la calle Monte Alegre. Colección particular de Ignacio Pichardo Pagaza, autor desconocido, ca. 1920.



Calle principal en domingo, día de “plaza”. Colección particular de Ignacio Pichardo Pagaza, autor desconocido, ca. 1920.

Principales efemérides
en la vida del Obispo Pagaza
(1839-1918)

- 1836 Enero 6. Nace Joaquín Arcadio Pagaza en la Villa de Temascaltepec, hoy Valle de Bravo, Estado de México. Fue hijo de Julián Pagaza y de Josefa Ordóñez.
- 1845 Ingresa a la escuela parroquial en la Villa de Valle (de Temascaltepec).
- 1853 Ingresa al Seminario Conciliar de México.
- 1856 Febrero 17. Recibe la primera tonsura (primero de los grados clericales).
Octubre. Regresa por dos meses y medio a su casa del Valle de Bravo.
- 1857 Enero. Vuelve al Seminario a continuar con sus estudios superiores.
- 1861 Culmina sus estudios eclesiásticos.
Con otros seminaristas viaja a Monterrey para su Ordenación Sacerdotal. Ante la muerte del obispo de Nuevo León, se ven obligados a regresar a la ciudad de México.

Tramita y obtiene autorización para viajar a La Habana, Cuba, en busca de un Obispo que les ordene.

Consigue un salvoconducto del General Ignacio Zaragoza para transitar hacia la ciudad de México. Lo obtiene condicionado a que el regreso se realice vía Tehuacán, Puebla.

19 de mayo. Es ordenado sacerdote en Orizaba, Veracruz.

Viaja de Jalapa a la ciudad de México por Tehuacán. La ruta que siguieron los recién ordenados sacerdotes, por las instrucciones del salvoconducto del General. Zaragoza, fue probablemente la siguiente: Jalapa, Córdoba, Orizaba, Maltrata, Tehuacán, Atlixco, Cholula, San Martín Texmelucan, Río Frío, Ayotla (Ixtapaluca), ciudad de México.

1862 Regresa como sacerdote junto con otros seis compañeros en un guayín o carromato, llevando seis ánforas de Santos Óleos con un peso total de 20 arrobas. Se instala en la ciudad de México.

1863 A los 24 años de edad es nombrado cura interino de Taxco hasta principios de 1865.

- 1865 En el Seminario Conciliar de México, imparte
a 1870 las cátedras de Latín y Retórica.
- 1871 Funge como cura párroco de Cuernavaca
durante seis meses.
- 1872 Es párroco en Tenango del Valle, Estado de
a 1882 México.
- 1875 El Padre José María Silva, profesor del Seminario Conciliar de México, da a conocer entre sus amigos de la capital, Rafael Ángel de la Peña, Alejandro Arango y Escandón y el Padre Tirso Rafael de Córdoba, algunos sonetos escritos por Pagaza, sin revelar el nombre del autor y atribuyéndolos a un tal padre Gómez, de Tenango del Valle.
- 1876 En Tenango, recibe la visita pastoral del Arzobispo de México, D. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos. Cambia el rumbo de su vida eclesiástica para siempre.
- 1879 Escribe “Siluetas contemporáneas”, poema que queda inconcluso. Lo publica en 1944 Joaquín Antonio Peñalosa (*Estilo. Revista de Cultura*, núm. 44, octubre-diciembre, 1957, pp. 208-220).

- 1881 Septiembre. El Padre Tirso Rafael de Córdoba descubre que Pagaza es el autor de los sonetos que se han hecho pasar como escritos por el padre Gómez.
- 1882 Desde Tenango del Valle, primer envío de sonetos a una publicación en la ciudad de México. 2 de septiembre. Toma posesión como párroco del Sagrario Metropolitano.
- 1883 La Academia Mexicana de la Lengua publica varios sonetos del Padre Pagaza. Deja Tenango del Valle. Regresa al Arzobispado de México como profesor del Seminario Conciliar.
“Soneto a la muerte de un Árcade” (Alejandro Escandón, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua).
- 1884 10 de abril. *El Tiempo* publica cuatro sonetos de Pagaza.
19 de octubre. *La Voz de México* da a conocer cuatro sonetos de Pagaza.
- 1885 Prebendado del Cabildo Metropolitano.
- 1886 a 1889 Se publican en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua* varios poemas y la

traducción de algunos fragmentos de la *Rusticatio Mexicana*, de Landivar.

- 1887 Es designado Canónigo Prebendado de la Catedral de México.
Publica su primer libro, *Murmurios de la selva*, que contiene traducciones de Horacio y de Virgilio. Incluye memorias, sonetos y otras poesías originales.
- 1888 Recibe la famosa epístola de Justo Sierra, en la que éste le exhorta a ocuparse de otros temas que no se refieran a la naturaleza ni a la vida bucólica.
- 1889 Publica su libro *Corona literaria*. Contiene el poema “Reto”, en honor al Arzobispo Labastida y otras poesías originales.
Ingresa a la Academia de los Arcades de Roma. Le asignan el nombre de Clearco Meonio entre los Arcades.
Ingresa al Liceo Mexicano Científico y Literario, fundado por Luis González Obregón.
- 1890 Secretario de Gobierno del Arzobispado de México (Secretario de la Mitra).
Su amigo el cura párroco D. Lucio Estrada publica, por su cuenta, un largo poema del

Padre Pagaza denominado *María: fragmentos de un poema descriptivo de la Tierra Caliente*.

- 1891 Participa directamente en la fundación de la Pontificia Universidad de México.
Es enviado temporalmente a fortalecer la parroquia en Cuernavaca.
Muere el Arzobispo de México Dr. Pelagio Antonio Labastida y Dávalos, protector y amigo. El Arzobispo Alarcón le confirma como Secretario de Cámara y Gobierno de la Diócesis de México.
- 1892 Es designado Rector del Seminario Conciliar de México.
- 1893 Publica su libro de poemas intitulado *Algunas trovas últimas*. Incluye traducciones parafrásticas de Horacio, Virgilio, Francisco Javier Alegre y Rafael Landívar. Incluye también un conjunto de poesías llamado *Sitios poéticos del Valle de Bravo*.
Respuesta en *Algunas trovas últimas* a la epístola de D. Justo Sierra.
El ilustre crítico español D. Marcelino Menéndez y Pelayo publica su libro *Antología de la poesía hispanoamericana*, en el cual formula comentarios elogiosos al Padre Pagaza por la finura y exquisitez de su poesía.

- 1894 Se publica la *Antología de la Academia Mexicana de la Lengua* que incluye varias poesías originales del Padre Pagaza.
- 1895 Enero. Es preconizado por El Vaticano (León XIII) como cuarto Obispo de Veracruz.
Mayo. Se celebra la ceremonia de Consagración de Joaquín Arcadio Pagaza como Obispo en la Iglesia de San Francisco, en la ciudad de México, “con solemnidad inusitada”. Un importante discurso es pronunciado por Ignacio Montes de Oca y Obregón, “Ipandro Acaico”, Obispo de San Luis Potosí.
Junio. El nuevo Obispo retorna al Valle de Bravo y a Tenango del Valle a despedirse de su tierra natal y, en la última población mencionada, de sus feligreses.
Septiembre. El Obispo Pagaza ve el mar por primera vez. Escribe un soneto alusivo.
Diciembre. Visita la ciudad de México para asistir, con un grupo de peregrinos de Veracruz, a la coronación de la Virgen de Guadalupe.
- 1896 Estancia en la ciudad de México para asistir al Concilio Provincial Mexicano.
- 1905 Publica su libro *Horacio*, con traducciones del poeta latino y algunos sonetos.

- 1907 Publica el libro *Virgilio: traducción parafrástica de las Geórgicas. Cuatro libros de la Eneida y dos églogas.*
- 1912 Inicio del asunto del Administrador Apostólico del Arzobispado de Veracruz.
- 1913 Publica el primer tomo de las obras completas de Virgilio (*Bucólicas, Geórgicas, cuatro libros de la Eneida*).
Destrucción y pérdida de su imprenta y del segundo tomo de las obras completas de Virgilio.
- 1914 Abril. Invasión de la Marina de Estados Unidos al Puerto de Veracruz.
Abril-mayo. Incidente con las tropas invasoras. Se venden los ojos para no ver la ciudad invadida.
Agosto. Los revolucionarios confiscan el palacio episcopal del Obispado de Veracruz en Jalapa.
- 1915 Es perseguido en el estado de Veracruz por las fuerzas carrancistas.
Es sujeto de un asalto personal por parte de los soldados constitucionalistas; son secuestrados el Obispo y dos de sus acompañantes.
Abril. Se renueva con fuerza el tema del Administrador Apostólico del Arzobispado de Veracruz. Cae en abatimiento.

- 1916 Enero. Carta del Obispo al Padre Castillo y Piña.
Septiembre. Queja del General Agustín Millán ante el gobernador Cándido Aguilar por la presencia de Joaquín Arcadio Pagaza en el estado de Veracruz.
Octubre. Sale el General Heriberto Jara de Veracruz.
Joaquín Arcadio Pagaza es reintegrado a su diócesis y a la posesión de su palacio arzobispal.
Nueva queja del General Agustín Millán por la libertad y devolución de bienes al Obispo Pagaza.
Regreso de Joaquín Arcadio Pagaza al Obispado en Jalapa.
- 1918 Mayo 30. Cae en cama enfermo.
Julio 15. Última misa.
Septiembre 11. Muere Joaquín Arcadio Pagaza.
- 1986 El señor Othón Pagaza entrega personalmente a Ignacio Pichardo Pagaza el manuscrito, perdido en la Revolución, del segundo tomo de las obras completas de Virgilio. El filólogo Dr. Sergio López Mena, a petición del señor Pichardo Pagaza, estudia minuciosamente el manuscrito. Publica con la Secretaría de Educación Pública las traducciones faltantes de las obras completas de Virgilio.

NOTAS

- 1 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Corona literaria ofrecida al Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Dignísimo Arzobispo de México, en su Jubileo Sacerdotal*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1889, p. 7; 198 pp.
- 2 El señor Othón Pagaza, sobrino carnal de D. Joaquín Arcadio Pagaza, fue primo “segundo” de la señora Carmen Pagaza Varela de Pichardo, madre del autor de este libro. El tío Othón mandó llamar a este último cuando sintió que su muerte estaba cercana. Le obsequió varias pertenencias del Obispo Pagaza, entre ellas algunas fotografías y un óleo del propio Obispo, original de la época, y le entregó una caja de cartón como las que se usaban para guardar sombreros, diciendo lo siguiente: “Nacho, a ti te ha gustado coleccionar libros y papeles relacionados con el Señor Obispo, quiero entregarte esta caja que creo que contiene unos manuscritos; ni siquiera la he destapado. Tal como la recibí te la doy”. De inmediato me comuniqué con el entonces Maestro, hoy Doctor, Sergio López Mena y le hice entrega de aquellos documentos. Unas semanas después me llamó

por teléfono muy emocionado y me dijo: “Qué cree usted, aquí se halla el manuscrito original de la traducción de dos libros de la *Eneida XI-XII* y otros libros de las *Bucólicas*. Constituyen casi la totalidad de los pliegos impresos del tomo II de las obras completas de Virgilio que se perdieron en Jalapa, durante la Revolución”. Para ambos fue un momento de la mayor euforia. Publio Virgilio Marón. *Eneida, X-XII*, traducción de Joaquín Arcadio Pagaza, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, p. 33; 293 pp.

- 3 De la Peña, Rafael Ángel. “Prólogo” (1978), en Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1887, pp. XIV-XV; 215 pp.
- 4 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva*, *op. cit.*, p. 32.
- 5 Este soneto fue compuesto por Joaquín Arcadio Pagaza en honor a Virgilio, pero es la mejor descripción del espíritu, de la inspiración y de la vocación del propio Joaquín Arcadio Pagaza. Como en el caso de muchos renombrados pintores, es un autorretrato. El poema se encuentra en: Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas*, Toluca,

Estado de México, Imprenta de J. Joaquín Terrazas, 1893, p. 185; 250 pp.

- 6 Algunos biógrafos señalan el día 9 de enero como el del nacimiento del poeta. La mayoría se inclina por el día 6.
- 7 Pichardo Pagaza, Carlos. *Alfonso Pagaza. Semblanza de un vallesano*, Valle de Bravo, Estado de México, edición hecha en mimeógrafo, ca. 1980, pp. 1-16; 155 pp.
- 8 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Corona literaria...*, *op. cit.*, p. 7. Tomado del poema "Reto" (así se llama en algunas aldeas a las loas que alternativamente dicen dos personas, y que pueden compararse a los versos amebos de ciertas églogas), en una aldea del Arzobispado de México, el día 8 de diciembre de 1889.
- 9 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas*, *op. cit.*, p. 150.
- 10 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva*, *op. cit.*, p. III.
- 11 Conversaciones con miembros de las antiguas familias Rebollar y Maduro, así como con las sobrinas del Padre Pagaza: Amalia, Margarita y

Josefina Pagaza; igualmente con la señora Carmen Pagaza Varela, madre del autor de esta obra.

- 12 Pagaza, Joaquín Arcadio. “Epístola a una amiga de la niñez”, en López Mena, Sergio (sel. y pról.). *Joaquín Arcadio Pagaza. Poemas*, México, Praxis, 2004, p. 125; 177 pp.
- 13 Carreño, Alberto María. “Clearco Meonio”, en López Mena, Sergio (comp.). *La obra de Joaquín Arcadio Pagaza ante la crítica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1987, pp. 115-152; 341 pp.
- 14 Conversaciones con miembros de las antiguas familias Rebollar y Maduro, así como con las sobrinas del Padre Pagaza: Amalia, Margarita y Josefina Pagaza; igualmente con la señora Carmen Pagaza Varela, madre del autor de esta obra.
- 15 Vences López, Marcela y Arturo Víctor García Nelo. *Evolución geopolítica y social del Valle de Bravo 1820-1917*, México, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Gobierno del Estado de México, 2009, p. 146; 153 pp.
- 16 El erudito pagaciano Sergio López Mena, al aludir a la personalidad del joven Joaquín Arcadio,

dice: [el] “personaje elegido, quien, de espíritu sensible en extremo, se preparó para ser guía de conciencias; tímido y ensimismado, vivió la solemnidad y las normas; y, arrebatado por la poesía se dedicó al ministerio eclesiástico”. Más adelante, el autor señala: “tal fue la vida de Pagaza: un viaje por la constitución de su personalidad, por la definición de su presencia político-religiosa; empresa que, partiendo de la atonía y la timidez provinciana, perfiló al paso de los años un personaje de estatura gigantesca. López Mena, Sergio (comp. y pról.). *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios, 1996, pp. 11-12; 112 pp.

- 17 Sánchez J., Pedro. *Episodios eclesiásticos de México*, México, D. F., Impresora Barrié, S. A., 1948, p. 442; 629 pp.
- 18 Entre los eclesiásticos de México, Montes de Oca era uno de los más ilustrados. Se había formado en los colegios europeos; había sido capellán de honor de Maximiliano; escribía poesía, traducía a los autores griegos, sabía varios idiomas; era guía espiritual de muchos políticos y hombres de negocios. López Mena, Sergio. *Joaquín Arcadio Pagaza. Poemas*, *op. cit.*, p. 18.

- 19 Sánchez J., Pedro. *Op. cit.*, p. 442.
- 20 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas, op. cit.*, p. 120.
- 21 Chávez Sánchez, Eduardo. *Historia del Seminario Conciliar de México*, tomo I, México, Porrúa, 1996, p. 586; 847 pp.
- 22 *Ibidem*, pp. 590-591.
- 23 *Ibidem*, p. 598.
- 24 De J. Tovar, Agustín (cronista). *Datos sobre la vida y muerte del Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor D. Joaquín Arcadio Pagaza Dignísimo 4º Obispo de Veracruz*, Jalapa, Veracruz, Eco Xalapeño, 1918, p. 7; 107 pp.
- 25 No se debe confundir al Obispo Joaquín Fernández Madrid, Obispo de Tenagra *Impartibus Infidelium*, con S. E. Monseñor Madrid, Obispo de Monterrey. No obstante las investigaciones realizadas, no fue posible encontrar mayores detalles sobre Joaquín Fernández Madrid, Obispo de Tenagra, pero se sabe que murió en España. El Obispo Madrid de Monterrey, que buscaban los seminaristas, murió precisamente en la capital de Nuevo León.

- 26 Tavera Alfaro, Xavier (comp.). *Viajes en México. Crónicas mexicanas*, México, Secretaría de Obras Públicas, Imprenta ARANA, S. A., 1972, p. 18; 448 pp.
- 27 *Cinco siglos de identidad viva. Camino Real de Tierra Adentro. Patrimonio de la Humanidad*, México, Secretaría de Cultura / Instituto Nacional de Antropología e Historia, Gobierno del Estado de México, 2016, pp. 15-73; 319 pp.
- 28 “En ese próspero siglo XVIII, Don José Escandón, fundador del Nuevo Santander (hoy Tamaulipas), principió al norte de Querétaro el camino a San Luis Potosí y a Monterrey, y en el Nuevo Reino de León edificó y logró comunicar por caminos de herradura y carreteras más de 21 poblaciones”. *Y se formaron caminos*, México, edición privada de Chrysler de México, S. A., 1986, p. 78; 177 pp.
- 29 Altamirano, Ignacio Manuel. “Relato de Ignacio Manuel Altamirano”, en Tavera Alfaro, Xavier, *op. cit.*, p. 299.
- 30 *Ibidem.*
- 31 David Rumsay Map Collection. *Carta Postal de la República Mexicana. Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala y*

- Oaxaca*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2M5la0r>> (consulta: 20/02/18).
- 32 El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos. *Historia general de México*, 3ª reimpresión, El Colegio de México, México, D. F., 2002, pp. 608-611; 1103 pp.
- 33 David Rumsay Map Collection. *Op. cit.*
- 34 El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos. *Op. cit.*, p. 612.
- 35 Jáuregui, Luis. *Los transportes, siglos XVI al XX*, México, Océano, 2004, p. 25; 159 pp.
- 36 Por otra parte, antes de constituirse la Academia Mexicana de la Lengua, fueron miembros correspondientes de la Real Academia Española: Joaquín María de Castillo y Lanzas, José Bernardo Couto, José Tomás de Cuéllar, Manuel Moreno y Jove, Clemente de Jesús Munguía, Manuel Payno, José Joaquín Pesado, José Fernando Ramírez y Vicente Riva Palacio. Wikipedia. *Anexo: Miembros de la Academia Mexicana de la Lengua*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2Mvxvr5>> (consulta: 11/07/2018).

- 37 David Rumsay Map Collection. *Op. cit.*
- 38 Altamirano, Ignacio Manuel. *Op. cit.*, pp. 295-344. Los datos particulares a los que alude el texto no los menciona Pagaza en ninguno de sus escritos; sin embargo, el camino y las posadas a las que alude en el texto son las mismas que conoció Altamirano unos años antes del viaje de Pagaza. El trayecto del camino no se había alterado.
- 39 Florescano Mayet, Sergio. *El camino México-Veracruz en la época colonial (importancia económica, social y estratégica)*, Jalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana-Centro de Investigaciones Históricas, 1987, pp. 79-81 y 94-97; 121 pp.
- 40 De J. Tovar, Agustín. *Op. cit.*, p. 7.
- 41 *Ibidem*, pp. 5-13. En casi la totalidad de las referencias biográficas del Obispo Pagaza se menciona que el Obispo Consagrante era titular de la Diócesis de Caradero. En la isla de Cuba no existe una ciudad con ese nombre; existe Varadero. Es posible que el nombre de Caradero, Caradro u otro similar se refiera a una ciudad no católica del Oriente; que el Obispo Fray Francisco Ramírez haya sido designado Obispo de una ciudad en tierras paganas, siguiendo la antigua tradición; sería

entonces un Obispo *Impartibus Infidelium* (conversaciones con Monseñor Samuel Marín Suárez, antiguo secretario de la Mitra de la Diócesis de Toluca).

- 42 El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos. *Op. cit.*, pp. 608-617.
- 43 Castillo y Piña, José. *El Valle de Bravo histórico y legendario*, Méjico, Imprenta Efrén Rebollar, 1939, pp. 258; 692 pp.
- 44 Vale la pena leer lo que un cronista expresa sobre ese penoso discurrir: “En un miserable vehículo emprendieron la marcha, llevando consigo los Santos Óleos de la Catedral de México, consagrados por el citado Obispo Sr. Ramírez. Lo abrupto de aquellas serranías obligaba a los pasajeros a descender del carruaje, haciendo largos recorridos a pie por entre brezales y riscos, desafiando repetidas veces las iras de los elementos. Así remontaron las cumbres de Acultzingo llevando sobre sus hombros el Sagrado depósito, que sumaba un peso de 20 arrobas”. Menéndez, Luis G. *Biografía del Ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz Dr. Joaquín Arcadio Pagaza*, Jalapa, Veracruz, Imprenta, Papelería y Librería de Aurelio D. Lara e Hijos, 1918, p. 14; 88 pp.

- 45 Wikipedia. *Batalla de Puebla*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2ASaCN3>> (consulta: 20/02/18).
- 46 Castillo y Piña, José. *El Valle de Bravo histórico y legendario*, *op. cit.*, p. 15.
- 47 Llegada a Valle de Bravo. *Ibidem*, p. 258.
- 48 Hoy avenida Toluca.
- 49 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas*, *op. cit.*, p. 144.
- 50 Este estado de ánimo que embargaba a Pagaza se deduce de los datos de su ferviente vocación, de la férrea voluntad demostrada en cuantos obstáculos para llegar al ansiado Sacramento de la Ordenación Sacerdotal. Así lo expresó también, ilusionado, en aquellos dos últimos tercetos del soneto al que llamó “A un girasol”. Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva*, *op. cit.*, p. 140.
- 51 Conversación con Monseñor Samuel Marín Suárez, 19 de febrero de 2018.

- 52 Pagaza, Joaquín Arcadio. *María: fragmentos de un poema descriptivo de la Tierra Caliente*, México, D. F., Tipografía de La Voz de México, 1890, p. 31; 130 pp.
- 53 *Ibidem*, p. 42.
- 54 *Ibidem*, pp. 5-9.
- 55 Las palabras del Obispo Consagrante atribuidas al Obispo cubano de visita en Jalapa en mayo de 1862, en realidad pertenecen al Obispo del Seminario Diocesano de Toluca; sin embargo, obedecen a una antigua costumbre trentina de siglos atrás. *Seminario Diocesano de Toluca. 50 años de su caminar 1952-2002*, Toluca, Estado de México, Litho Kolor, S. A. de C. V., 2002, pp. 147-166; 247 pp.
- 56 Pagaza, Joaquín Arcadio. *María...*, *op. cit.*, pp. 63-69.
- 57 El idilio en cita denominase: “A la muerte de Adonis (otra traducción)”. Dice el poeta: “Es mi primer ensayo en traducir del griego en verso castellano, hecho a los diez y siete años”. Montes de Oca y Obregón, Ignacio (Ipandro Acaico). *Bucólicos griegos*, ed. de la Academia Mexicana de la Lengua, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1877, p. 239; 405 pp.

- 58 Chávez Sánchez, Eduardo. *Op. cit.*, pp. 128-133.
- 59 López Mena, Sergio (comp. y pról.). *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza, op. cit.*, p. 16.
- 60 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva, op. cit.*, p. 193.
- 61 Este apartado se fundamenta en el trabajo de García Gutiérrez, Jesús y Gumersindo Valdés. *Apuntes para la historia de la Parroquia de La Asunción*, sacados del Archivo Parroquial, México, D. F., 1934, 36 pp.
- 62 “Durante los diez años anteriores a mi llegada a la Parroquia de Tenango del Valle los honorables párrocos que ocuparon esa posición fueron los siguientes: 1862-1865, Leonides Castro, cura encargado; 1865-1866, Luis Gonzaga Poza; 1866, Br. Pascual Díaz Leal, encargado de mayo a agosto; 1868-1872, Francisco de Orive; 1872, Zenón Paulino Gómez. De septiembre a diciembre; 1872-1882, Joaquín Arcadio Pagaza. De marzo a mayo de 1875 estuvo en calidad de encargado Felipe Arteaga”. *Ibidem*, p. 22.
- 63 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva, op. cit.*, p. 172.

- 64 En la época en la que el Padre Joaquín Arcadio Pagaza fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua fueron algunos integrantes los siguientes ilustres personajes: Ignacio Aguilar y Marocho, Alejandro Arango y Escandón, Joaquín García Icazbalceta, Casimiro del Collado, José Sebastián Argüelles, Juan Bautista Ormaechea y Ernáiz, Sebastián Lerdo de Tejada, Ramón Isaac Alcaraz, Francisco Pimentel, José María Roa Bárcena, Rafael Ángel de la Peña, Manuel Peredo, Tirso Rafael Córdoba, Francisco de Paula Guzmán, José María Vigil e Ignacio Mariscal Fagoaga. Academia Mexicana de la Lengua. *Académicos 1883*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2vS2Jl1>> (consulta: 11/07/2018).
- 65 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Murmurios de la selva*, *op. cit.*, p. 185.
- 66 Carreño, Alberto María. *Op. cit.*, pp. 115-152.
- 67 El doctor Sergio López Mena dice al respecto lo siguiente en una nota personal: “La información que poseemos es que Pagaza fue propuesto como socio foráneo de la Academia Mexicana en enero de 1882, y, cuando ya residía en la capital, como socio de número, el 4 de septiembre de 1883” (Cfr. Victoria Moreno, Dionisio. *Joaquín Arcadio Pagaza*.

Cantor del amor, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2006, p. 24; De la Peña, Rafael Ángel. “Reseña histórica de la Academia Mexicana”, en Academia Mexicana de la Lengua, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española*, tomo III, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1886, pp. 5-11). Tomado de López Mena, Sergio (comp. y pról.). *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza*, *op. cit.*, p. 32.

- 68 Los anteriores datos de su designación como Prebendado y posteriormente Canónigo de la Catedral Metropolitana aparecieron tanto en el ya referido texto de Don Alberto María Carreño (*op. cit.*, p. 197), como en el estudio de Don José Castillo y Piña en su obra *Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, dignísimo Obispo de Veracruz en Cuestiones Históricas*, México, Imprenta E. Rebollar, 1935, pp. 237-298; reproducido en López Mena, Sergio (comp. y pról.). *Op. cit.*, pp. 21-59.

- 69 Díaz y de Ovando, Clementina. “Joaquín Arcadio Pagaza y *La Voz de México*”, en López Mena, Sergio. *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, México, Universidad Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1992, p. 44; 128 pp.

- 70 El investigador D. en Filología Sergio López Mena, máximo conocedor actual de la poesía de Pagaza, escribió sobre el tema que comenta el Arcade Pagaza lo siguiente: “En 1884 aparecieron en *El Tiempo*, el diez de abril, cuatro sonetos de Pagaza (‘Dicen que el Tracio fue tan inspirado’, ‘Crece de un mar en la desierta playa’, ‘Lleno de amor, negado a las querellas’ y ‘¡Bestia cruel!... Demonio... ¿Es un bocado?’), y el 19 de octubre *La Voz de México* dio a conocer otros cuatro sonetos suyos (‘¡Gala del Valle, pudoroso nardo’, ‘Si vas, Enrique, vigoroso atleta’, ‘Soñaba, Delio, que un zagal extraño’ y ‘Quiero morir al pie de un alto pino’). El segundo periódico publicó el 26 del mismo mes cuatro sonetos más del autor vallesano (‘No envidio tu fulgor, querida estrella’, ‘Soñé que un ángel de apacible vuelo’, ‘Como en el mar las naves voladoras’ y ‘¿Culpable yo, Leucipo? Vana queja’). López Mena, Sergio. *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza*, *op. cit.*, p. 13.
- 71 El gran crítico literario español D. Marcelino Menéndez y Pelayo escribió una carta al Ilmo. Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz, el 19 de octubre de 1907, desde Santander, España. En el último párrafo de esa misiva el literato español dice: “La gallarda paráfrasis que Ud. ha hecho del primer libro de la ‘Rusticatio Mexicana’

del P. Landivar me hace desear que emplee Ud. parte de sus ocios en traducir algo más de este curiosísimo poema americano, que es a mi parecer, una de las obras más ingeniosas de la latinidad moderna, hasta por lo prolijo y extraño de sus detalles descriptivos”. La epístola completa fue publicada en De J. Tovar, Agustín. *Op. cit.*, pp. 97-98.

- 72 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas, op. cit.*, p. 115. Y en Martínez Peñaloza, Porfirio. *Antología poética*, vol. 5, México, Ediciones del Gobierno del Estado de México, 1969, p. 68; 160 pp.
- 73 Chávez Sánchez, Eduardo. *Op. cit.*, pp. 729-750.
- 74 Macías Sandoval, María del Refugio. “Larga trayectoria del Seminario Conciliar de México: xvii-xx”, en Piñera Ramírez, David (coord.). *La educación superior en el proceso histórico de México*, tomo III. Cuestiones esenciales. Prospectiva del siglo xxi, México, Secretaría de Educación Pública / Universidad Autónoma de Baja California, 2002, pp. 560-563; 711 pp., [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2B0eSdk>> (consulta: 20/02/2018).
- 75 Carreño, Alberto María. *Op. cit.*, p. 124.
- 76 *Ibidem*, p. 199.

- 77 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Corona literaria...*, *op. cit.*, pp. 3-32.
- 78 *Ibidem*, pp. 12-13.
- 79 Horacio. *Versión parafrástica de sus odas, por Don Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz*, Jalapa, Veracruz, Imprenta El Progreso de Concepción V. de Mendizábal, 1905, p. 340; 475 pp. Van añadidas algunas otras paráfrasis, imitaciones y poesías originales del traductor.
- 80 Argüelles, Rodolfo C. *Crónica de la Consagración del Ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, celebrada en México el día 1° de mayo de 1895*, Toluca, Estado de México, Talleres de El Lápiz, 1907, pp. 19, 45-46 y 47-49; primera parte 156 pp. y segunda parte 114 pp. Acopio completo de lo que, con motivo de su Consagración Episcopal, ofreció el autor de lo que al respecto publicó la prensa de la capital de México. La primera parte correspondió a lo publicado por el periódico *El Tiempo* y la segunda parte a toda la demás prensa.
- 81 *Ibidem*, p. 27 de la primera parte.
- 82 *Ibidem*, p. 34 de la primera parte.

- 83 *Ibidem*, p. 43 de la primera parte.
- 84 *Ibidem*, p. 47 de la primera parte.
- 85 *Ibidem*, p. 103 de la primera parte.
- 86 Velázquez, Gustavo G. *Valle de Bravo en la poesía de Joaquín Arcadio Pagaza*, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993, p. 29; 108 pp.
- 87 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas, op. cit.*, p. 167.
- 88 López Mena, Sergio. *Joaquín Arcadio Pagaza. Poesmas, op. cit.*, p. 57.
- 89 Menéndez, Luis G. *Op. cit.*, p. 28.
- 90 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Primera Carta Pastoral que Don Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz, dirige a sus Diocesanos*, México, Imprenta de Fernando Díaz de León, 1895, pp. 3-5 y 8-9; 12 pp.
- 91 *Ibidem*, pp. 3-9. El autor confiesa que la lectura inicial de la *Primera Carta Pastoral* le provocó desconcierto como inmediata reacción. Mas conociendo las aristas de timidez de la personalidad del Padre Pagaza, a las que se refirió su condiscípulo Montes

de Oca, quedó claro que su estado de ánimo cayó en explicable depresión, que fue superado por su gran fuerza de voluntad.

- 92 “Como datos precisos, de 1895 a 1912, prescindiendo de sus últimos seis años, sabemos que hizo 209 visitas pastorales, en las que pasaba normalmente varios días en cada una. En ellas administró la confirmación a 269,283 fieles, ocupando 905 días en estos recorridos. Sumando las distancias, recorrió 10,422 km en ferrocarril; 4,535 km a caballo, y 100 horas en lancha”. Barradas, Celestino. “Joaquín Arcadio Pagaza en la Iglesia de Veracruz”, en López Mena, Sergio (comp.). *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza, op. cit.*, p. 199.
- 93 Seminario Diocesano de San Cayetano. *Historia*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2MvN6Hb>> (consulta: 10/06/18).
Wikipedia. *El Colegio Mayor-Seminario de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María en el Templo y Santo Tomás de Villanueva*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2vrwoSI>> (consulta: 10/06/18).
Seminario Conciliar Diocesano de Málaga. *Historia*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2McdqZL>> (consulta: 10/06/18).
Wikipedia. *Seminario Metropolitano de Valencia*, [en

- línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2AWqs9y>> (consulta: 10/06/18).
- 94 Barradas, Celestino. *Joaquín Arcadio Pagaza y su tiempo*, Jalapa, Veracruz, Ediciones San José, 2012, pp. 240-283; 399 pp.
- 95 Turismo en Veracruz. *Descripción geográfica del estado de Veracruz*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OohGmE>> (consulta: 04/06/2018).
- 96 “Significado de la coronación de la imagen de nuestra Señora de Guadalupe en 1895”, en *Estudio sobre política y religión*, p. 273, [en línea], documento PDF disponible en: <<https://bit.ly/2OVuv9a>> (consulta: 11/06/ 2018).
- 97 López Mena, Sergio. *Joaquín Arcadio Pagaza. Poesmas, op. cit.*, p. 22.
- 98 México Desconocido. *La coronación de la Virgen de Guadalupe*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OnVQ2v>> (consulta: 04/06/2018).
- 99 Véase la nota del editor en la página XVII, en Publio Virgilio Marón, *op. cit.*, pp. 32-33.

- 100 Barradas, Celestino. “Joaquín Arcadio Pagaza en la Iglesia de Veracruz”, *op. cit.* pp. 175-178.
- 101 Barradas, Celestino. *Joaquín Arcadio Pagaza y su tiempo, op. cit.*
- 102 *Ibidem*, pp. 175-178.
- 103 Vonwobeser, Gisela (coord.). *Historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública / Academia Mexicana de Historia, 2010, pp. 231-232; 288 pp.
- 104 Conde Ortega, José Francisco. *Joaquín Arcadio Pagaza y el siglo XIX mexicano*, México, D. F., Universidad Autónoma Metropolitana, 1991, pp. 33-34; 83 pp.
- 105 Castillo y Piña, José. *Siluetas del Estado de Méjico*, Méjico, Imprenta Efrén Rebollar, 1947, pp. 389-393; 474 pp.
- 106 Vonwobeser, Gisela. *Op. cit.*, p. 233.
- 107 El 19 de febrero de 1919, la Real Academia Mexicana de la Lengua celebró una sesión para honrar la memoria del Ilmo. Sr. Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, uno de los ponentes fue D. Alberto María

Carreño, quien publicó el texto completo de su intervención con el nombre de *Clearco Meonio, breves noticias acerca del Ilmo. Sr. D. Joaquín Arcadio Pagaza Obispo de Veracruz*, México, Imprenta Victoria, 1919; 36 pp. Conocemos esta obra gracias a la publicación de un libro del notable filólogo Doctor López Mena, Sergio (comp.). *La obra de Joaquín Arcadio Pagaza ante la crítica, op. cit.*, pp. 115; 341 pp. En la nota número 41 de la conferencia de Alberto María Carreño, publicada por López Mena, se lee lo siguiente: “Poco antes de su muerte se ocupaba en publicar las *Obras completas* de Virgilio y sólo corre impreso el primer tomo; el segundo fué destruido cuando la revolución saqueó la imprenta donde se hacía el trabajo. Lo que estaba ya concluido sirvió para envolver mercancías en las tiendas. El propio Señor Pagaza me refería el hecho en carta de 28 de agosto de 1917, para que los transmitiera a algún amigo nuestro, en estos términos: ‘Sírvete decirle: que la versión de la *Eneida* apenas comenzó a imprimirse en el año de 1913 en una imprenta que me había sido regalada para ese fin; que se imprimió el primer tomo muy de prisa para enviarlo a Roma con destino a la biblioteca Constantiniana, que se estableció (o debió establecerse) en ese año, pues nada sé; que se imprimía el 2º Tomo cuando la revolución vino y destruyó la imprenta y todo, en términos que

vendían, para servir de envoltura en las tiendas de abarrotes, los pliegos ya impresos, de los que he logrado recoger algunos; y que, por lo mismo, lo que escapó es una obra trunca e inservible; mas, que si esto quiere, lo enviaré”.

- 108 Juárez Martínez, Abel. “Especulación y crisis en el centro de Veracruz, 1915”, en *Anuario VI*, Jalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1989, pp. 231-261, [en línea], documento PDF disponible en: <<https://bit.ly/2vwPeI1>> (consulta: 08/06/2018).
- 109 Carreño, Alberto María. *Op. cit.*, pp. 127-128.
- 110 Llanuras del Sotavento. s. d., [en línea], documento html disponible en: <<http://sota-benv.blogspot.com>> (consulta: 18/06/18).
- 111 Probablemente Pagaza aludía al municipio de Saltabarranca, precisamente ubicado en el Sotavento. David Rumsay Map Collection. *Op. cit.*
- 112 Es ilustrativo transcribir párrafos de la obra de un investigador contemporáneo: “Según documentación existente en el primer archivo del Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, el 6 de mayo de 1915, Gustavo Espinosa Mireles, secretario particular de Carranza, fué informado de lo siguiente: Se

encuentran en Veracruz dos frailes presos en el cuartel Supremos Poderes: uno mexicano, otro extranjero; éstos pertenecen a la pandilla del obispo, que sostuvo y sostiene revuelta por aquel rumbo. Se mandó a Soledad (hacienda o pueblo, no me explican, ni tampoco rumbo), se mandó, repito, un coronel con fuerzas. Dicho coronel, cuyo nombre tampoco me dan, se dejó quizá influir por dicho obispo, que simuló gran indignación por habersele extraviado un reloj suyo, que achacó a abusos de la tropa; total: dicho coronel se llegó a Veracruz llevándolo sólo esos dos frailes y dejando allá en Soledad al famoso Obispo, parque, armas y dinero...”. Ese mismo investigador transcribe párrafos de una información que revela las actitudes y opiniones sobre el Obispo Pagaza de una parte de las fuerzas del Ejército Constitucionalista: “Soledad, 9 de agosto (1915).- Coronel, Jefe del Estado Mayor.- Terminal.- Hónrome poner superior conocimiento de Ud., que habiendo tenido conocimiento que en ranchería llamada Buenavista, distante cinco a seis leguas, existían madrigueras zapatistas, emprendí expedición anoche, diez p.m. frente 30 hombres, mi escolta, habiendo llegado lugar arriba mencionado 3 mañana y con el éxito apetecido. Encontramos obispo José Joaquín Arcadio Pagaza, verdadero emulo de la traición y fanatismo, así como tres más connotados enemigos causa constitucionalista,

llamado uno de ellos José María Flores. Documentación importantísima encontrarse en nuestro poder. Ya encontrarse disposición jefe de armas. Felicítale haber caído principal demagogo de la traición, haciéndole extensiva mi general Aguilar. Saludo respetuosamente. —El Cap. I: Jefe de la escolta. José Espinoza”. López Mena, Sergio. “Pagaza y la revolución mexicana”, en *Fragmentos. Revista de Língua e Literatura Extranjeiras*, vol. 8, núm. 1. Florianópolis. Brasil, julio-diciembre, 1998.

113 Carreño, Alberto María. *Op. cit.* p. 127.

114 Estos párrafos finales se apoyaron en dos obras escritas poco tiempo después de la muerte del Obispo. Son las referencias más cercanas de que se dispone sobre los últimos días de la vida del poeta y Obispo. Se transcriben con la intención de dar una imagen de la tristeza general y el abatimiento del Padre Pagaza cuando sentía cercana su muerte. Las referencias son las siguientes: 1. De J. Tovar, Agustín (cronista). *Datos sobre la vida y muerte del Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor D. Joaquín Arcadio Pagaza Dignísimo 4º Obispo de Veracruz*, Jalapa, Veracruz, Eco Xalapeño, 1918, 107 pp. 2. Menéndez, Luis G. *Biografía del Ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz Dr. Joaquín Arcadio Pagaza*, Jalapa, Veracruz, Imprenta, Papelería y Librería de Aurelio D. Lara e Hijos, 1918, 88 pp.

- 115 López Mena, Sergio. *Joaquín Arcadio Pagaza. Poemas, op. cit.* p. 87.
- 116 *Ibidem*, p. 97.
- 117 *Ibidem*, pp. 120-121.
- 118 De J. Tovar, Agustín. *Op. cit.*, pp. 102-104.
- 119 Pagaza, Joaquín Arcadio. *Algunas trovas últimas, op. cit.*, p. 197.
- 120 Menéndez, Luis G. *Op. cit.*, pp. 37-39.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Jorge (inv.). *Joaquín Arcadio Pagaza. Poeta. Fotografías*, s. d., 1973.
- Altamirano, Ignacio Manuel. “Relato de Ignacio Manuel Altamirano”, en Tavera Alfaro, Xavier (comp.). *Viajes en México. Crónicas mexicanas*, México, Secretaría de Obras Públicas, Imprenta ARANA, S. A., 1972, 448 pp.
- Argüelles, Rodolfo C. *Crónica de la Consagración del Ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza, celebrada en México el día 1° de mayo de 1895*, Toluca, Estado de México, Talleres de El Lápiz, 1907, primera parte 156 pp., y segunda parte 114 pp.
- Barradas, Celestino. *Joaquín Arcadio Pagaza y su tiempo*, Jalapa, Veracruz, Ediciones San José, 2011, 399 pp.
- Castillo y Piña, José. *Mis recuerdos*. Méjico, Imprenta Efrén Rebollar, 1900, 507 pp.
- _____. *Cuestiones históricas*, Méjico, Imprenta Efrén Rebollar, 1935, 553 pp.
- _____. *El Valle de Bravo histórico y legendario*, Méjico, Imprenta Efrén Rebollar, 1939, 692 pp.
- _____. *Siluetas del Estado de Méjico*, Méjico, Imprenta Efrén Rebollar, 1947, 474 pp.

- Cáceres Careno, Raúl (sel., pról. y notas). *Joaquín Arcadio Pagaza. El Valle de la luz*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1990, 146 pp.
- Carreño, Alberto María. “Clearco Meonio”, en López Mena, Sergio (comp.), *La obra de Joaquín Arcadio Pagaza ante la crítica*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1987, pp. 115-152; 341 pp.
- Chávez Sánchez, Eduardo. *Historia del Seminario Conciliar de México*, tomo I, México, Porrúa, 1996, 847 pp.
- Cinco siglos de identidad viva. Camino Real de Tierra Adentro. Patrimonio de la Humanidad*, México, Secretaría de Cultura / Instituto Nacional de Antropología e Historia / Gobierno del Estado de México, 2016, 319 pp.
- Conde Ortega, José Francisco. *Joaquín Arcadio Pagaza y el siglo XIX mexicano*, México, D. F., Universidad Autónoma Metropolitana, 1991, 83pp.
- De J. Tovar, Agustín (cronista). *Datos sobre la vida y muerte del Ilmo. y Rvdmo. Señor Doctor D. Joaquín Arcadio Pagaza Dignísimo 4º Obispo de Veracruz*, Jalapa, Veracruz, Eco Xalapeño, 1918, 107 pp.
- De la Peña, Rafael Ángel. “Reseña histórica de la Academia Mexicana”, en Academia Mexicana de la Lengua, *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española*, tomo III, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1886, pp. 5-11.

- El Colegio de México-Centro de Estudios Históricos. *Historia general de México*, 3ª reimpresión, El Colegio de México, México, D. F., 2002, 1103 pp.
- Florescano Mayet, Sergio. *El camino México-Veracruz en la época colonial (importancia económica, social y estratégica)*, Jalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana-Centro de Investigaciones Históricas, 1987, 121 pp.
- García Gutiérrez, Jesús y Gumersindo Valdés. *Apuntes para la historia de la Parroquia de La Asunción*, sacados del Archivo Parroquial, México, D. F., 1934, 36 pp.
- García Luna, Margarita y José N. Iturriaga. *Viajeros extranjeros en el Estado de México*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, 1999, 396 pp.
- Jáuregui, Luis. *Los transportes, siglos XVI al XX*. México, Océano, 2004, 159 pp.
- Lechuga Martínez, Susana. *Tenango del Valle. Monografía municipal*, Toluca, Estado de México, 1999, 97 pp.
- López Mena, Sergio (comp.). *La obra de Joaquín Arcadio Pagaza ante la crítica*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1987; 341 pp.
- _____. *Homenaje a Joaquín Arcadio Pagaza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura, 1992, 229 pp.

- _____. (comp. y pról.). *Perfil de Joaquín Arcadio Pagaza*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios, 1996, 112 pp.
- _____. “Pagaza y la revolución mexicana”, en *Fragmentos. Revista de Língua e Literatura Exrangeiras*, vol. 8, núm. 1. Florianópolis. Brasil, julio-diciembre, 1998.
- _____. (sel. y pról.). *Joaquín Arcadio Pagaza. Poemas*, México, Praxis, 2004, 177 pp.
- María Serrera, Ramón. *Tráfico terrestre y red vial en las indias españolas*, Madrid, España, Dirección General de Tráfico, Ministerio del Interior, Lunweg, 1992, 336 pp.
- Martínez Peñaloza, Porfirio. *Antología poética*, vol. 5, México, Ediciones del Gobierno del Estado de México, 1969, 160 pp.
- Menéndez, Luis G. *Biografía del Ilustrísimo Sr. Obispo de Veracruz Dr. Joaquín Arcadio Pagaza*, Jalapa, Veracruz, Imprenta, Papelería y Librería de Aurelio D. Lara e Hijos, 1918, 88 pp.
- Montes de Oca y Obregón, Ignacio (Ipandro Acaico). *Bucólicos griegos*, ed. de la Academia Mexicana de la Lengua, México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1877, 405 pp.
- Pagaza, Joaquín Arcadio. *Corona literaria ofrecida al Ilmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, Dignísimo*

- Arzobispo de México, en su Jubileo Sacerdotal*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1889, 198 pp.
- _____. *Murmurios de la selva*, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1887, 215 pp.
- _____. *María: fragmentos de un poema descriptivo de la Tierra Caliente*, México, D. F., Tipografía La Voz de México, 1890, 130 pp.
- _____. *Algunas trovas últimas*, Toluca, Estado de México, Imprenta de J. Joaquín Terrazas, 1893, 250 pp.
- _____. *Primera Carta Pastoral que Don Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz, dirige a sus Diocesanos*, México, Imprenta de Fernando Díaz de León, 1895, 12 pp.
- _____. *Horacio. Versión parafrástica de sus odas, por Don Joaquín Arcadio Pagaza, Obispo de Veracruz*, Jalapa, Veracruz, Imprenta El Progreso de Concepción V. de Mendizábal, 1905, 475 pp.
- _____. *Sitios poéticos del Valle de Bravo*, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1989, 83 pp.
- Pichardo Pagaza, Carlos. *Alfonso Pagaza. Semblanza de un vallesano*, Valle de Bravo, Estado de México, edición hecha en mimeógrafo, ca. 1980, 155 pp.
- Pingarrón, V. *Esbozos. Valle de Bravo*, s. d.
- Publio Virgilio Marón. *Eneida, X-XII*, traducción de Joaquín Arcadio Pagaza, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, 293 pp.

- Quiñones Melgoza, José. *Pagaza y sus traducciones de las odas y los epodos de Horacio*, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1989.
- Sánchez J., Pedro. *Episodios eclesiásticos de México*, México, D. F., Impresora Barrié, S. A., 1948, 629 pp.
- Seminario Diocesano de Toluca. 50 años de su caminar 1952-2002*, Toluca, Estado de México, Litho Kolor, S. A. de C. V., 2002. 247 pp.
- Staples, Anne. *Recuento de una batalla inconclusa. La educación mexicana de Iturbide a Juárez*, México, El Colegio de México, 2005, 472 pp.
- Tank Estrada, Dorothy. *La Educación ilustrada (1786-1836)*, México, El Colegio de México, 1977, 261 pp.
- Vences López, Marcela y Víctor Arturo García Nelo. *Evolución geopolítica y social del Valle de Bravo 1820-1971*, México, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Gobierno del Estado de México, 2009, 151 pp.
- Velázquez, Gustavo G. *Retablos de Valle de Bravo*. México, Biblioteca Mexiquense del Bicentenario, Gobierno del Estado de México, 2007, 134 pp.
- _____. *Valle de Bravo en la poesía de Joaquín Arcadio Pagaza*, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 1993, 108 pp.

- Victoria Moreno, Dionisio (comp.). *Joaquín Arcadio Pagaza. Antología Poética*, México, Gobierno del Estado de México, 2014, 152 pp.
- _____. *Joaquín Arcadio Pagaza. Cantor del amor*, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2006, 126 pp.
- Vonwobeser, Gisela (coord.). *Historia de México*, México, Fondo de Cultura Económica / Secretaría de Educación Pública / Academia Mexicana de Historia, 2010, 288 pp.
- Y se formaron caminos*, México, edición privada de Chrysler de México, S. A., 1986, 177 pp.

CORREO ELECTRÓNICO PERSONAL

- Rak, Giovanna. info@accademiadellarcadia.it (2018), información, intercambio epistolar, correo electrónico a Rosenzweig P., Gabriel (grosenzweig@emexitalia.it), enviado el 9 de abril de 2018, (consulta: 10/04/2018).

PÁGINAS ELECTRÓNICAS

Academia Mexicana de la Lengua. *Académicos 1883*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2vS2Jl1>> (consulta: 11/07/2018).

_____. *Tirso Rafael Córdoba*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OOE9u9>> (consulta: 23/04/2018).

Arquidiócesis de Puebla. *Excmo. Sr. Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos (1855-1863)*, [en línea], <<https://bit.ly/2OVmX6c>> (consulta: 17/04/2018).

Biografías y vidas. La enciclopedia biográfica en línea. *Gabino Barreda*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2G0vRte>> (consulta: 23/04/2018).

_____. *Horacio*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OODFnP>> (consulta: 02/04/2018).

_____. *Julio César*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2HwB7dZ>> (consulta: 02/04/2018).

_____. *Marco Tulio Cicerón*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OodYJM>> (consulta: 02/04/2018).

- _____. *Ovidio*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OjC9sH>> (consulta: 02/04/2018).
- _____. *Plauto*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2MbiFZN>> (consulta: 02/04/2018).
- _____. *Publio Terencio*. [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2M2iSiK>> (consulta: 02/04/2018).
- _____. *Séneca*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2uH07b1>> (consulta: 02/04/2018).
- _____. *Tito Livio*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OVtVbu>> (consulta: 02/04/2018).
- Caminos libres. *Los transportes de viajeros en el siglo XIX*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2MwtCIN>> (consulta: 08/02/2018).
- David Rumsay Map Collection. *Carta Postal de la República Mexicana. Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala y Oaxaca*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2vPmlX6>> (consulta: 25/06/2018).
- Música.com. *Gabino Barrera, letra* [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OnbKtT>> (consulta: 23/04/2018).
- Juárez Martínez, Abel. “Especulación y crisis en el centro de Veracruz, 1915”, en *Anuario VI*, Jalapa, Veracruz, Universidad Veracruzana, 1989, pp. 231-261, [en línea], documento PDF disponible en: <<https://bit.ly/2vwPeI1>> (consulta: 08/06/2018).

- Llanuras del Sotavento. s. d., [en línea], documento html disponible en: <<http://sota-benv.blogspot.com>> (consulta: 18/06/2018).
- Macías Sandoval, María del Refugio, “Larga trayectoria del Seminario Conciliar de México: xvii-xx”, en Piñera Ramírez, David (coord.). *La educación superior en el proceso histórico de México*, tomo III. Cuestiones esenciales. Prospectiva del siglo XXI, México, Secretaría de Educación Pública / Universidad Autónoma de Baja California, 2002, 711 pp., [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2B0eSdk>> (consulta: 20/02/18).
- México Desconocido. *La coronación de la Virgen de Guadalupe*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OnVQ2v>> (consulta: 04/06/2018).
- Moveiter. *Carros, carretas y diligencias*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2nlg9IL>> (consulta: 08/02/2018).
- “Significado de la coronación de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en 1895”, en *Estudios sobre política y religión*, [en línea], documento PDF disponible en: <<https://bit.ly/2OVuv9a>> (consulta: 11/06/2018).

- Seminario Conciliar Diocesano de Málaga. *Historia*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2McdqZL>> (consulta: 10/06/2018).
- Seminario Conciliar Santa Cruz Huesca. *Noticias*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2KAzhp6>> (consulta: 10/06/2018).
- Seminario Diocesano de San Cayetano. *Historia*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2MvN6Hb>> (consulta: 10/06/2018).
- Turismo en Veracruz. *Descripción geográfica del estado de Veracruz*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OohGmE>> (consulta: 04/06/2018).
- Wikipedia. *Batalla de Puebla*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2ASaCN3>> (consulta: 20/02/2018).
- _____. *Diligencia (carruaje)*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2M41PwM>> (consulta: 08/02/2018).
- _____. *Escuela Nacional Preparatoria*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2npb-BuO>> (consulta: 23/04/2018).
- _____. *François Achille Bazaine*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2ASaCN3>> (consulta: 20/02/2018).

- _____. *Fundación de la Ciudad de Monterrey*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2AWpkmk>> (consulta: 13/03/2018).
- _____. *Gabino Barrera*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2KAv6tq>> (consulta: 23/04/2018).
- _____. *Guerra de las Galias*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OVlzR2>> (consulta: 17/04/2018).
- _____. *Historia de Saltillo*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2nm5mHZ>> (consulta: 13/03/2018).
- _____. *Ignacio Zaragoza*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2MeGOP2>> (consulta: 20/02/2018).
- _____. *Manuel Payno*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OnOxb8>> (consulta: 02/04/2018).
- _____. *Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2OYq1lw>> (consulta: 17/04/2018).
- _____. *Segunda intervención francesa en México*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2no7C1B>> (consulta: 13/03/2018).

- _____. *Tirso Rafael Córdoba*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2M6IQI2>> (consulta: 23/04/2018).
- _____. *Anexo: Miembros de la Academia Mexicana de la Lengua*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2Mvxvr5>> (consulta: 11/07/2018).
- _____. *El Colegio Mayor-Seminario de la Presentación de la Bienaventurada Virgen María en el Templo y Santo Tomás de Villanueva*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2vrwoSI>> (consulta: 10/06/2018).
- _____. *Seminario Metropolitano de Valencia*, [en línea], documento html disponible en: <<https://bit.ly/2AWqs9y>> (consulta: 10/06/2018).

ÍNDICE

Prólogo	IX
Proemio	XXIII
Dedicatoria Arcadio	XXIX

I

El niño vallesano	33
Una amiga de la niñez	45
Gusto por la vestimenta litúrgica	47
Se define mi vocación	49
En el Seminario	53
Nostalgia por mi tierra	56
Regreso al Seminario	60

II

El ansiado Orden	71
Decepción en Monterrey	75
A Jalapa	91
Por fin, el Orden Sacerdotal	102
Sobre un viejo “guayín”	106

III

La fama inesperada	115
Visita con deje de nostalgia	116
Taxco indómito	122
Retorno al Seminario	134
En Tenango del Valle	140
Párroco en cuerpo y alma	141
Vida cotidiana en la parroquia	145
Laureles literarios en la gran ciudad	158
Rector del Seminario	162
En el Seminario, aire fresco	167
Diferendos con los jesuitas	169
La máxima distinción	173
Muerte de Pelagio Antonio, Arzobispo de Labastida y Dávalos	176
Suntuosa ceremonia de Consagración	180
Regalos para el nuevo Obispo	186
Cantamisa	188
Cambio de rumbo	197
<i>Corpus Christi</i>	201
Una espina dolorosa que extraer	203
Visitas pastorales en Veracruz	207
Soy guadalupano, lo seré siempre	213
Ataques a la jurisdicción diocesana	216
Graves sobresaltos	217

IV

Rebelión contra el Obispo	221
El sigilo	224
La huelga de Río Blanco	231
Los carrancistas en Veracruz, 1913	232
Vendado para no ver a los invasores de mi patria	234
Últimos logros literarios	236
Virgilio en la lonja	237
Hambre en Veracruz	239
La persecución	241
Captura y abatimiento	244
Postrimerías	247
Epílogo	257
El Valle de Bravo de Joaquín Arcadio Pagaza	263
Principales efemérides en la vida del Obispo Pagaza (1839-1918)	271
Notas	283
Bibliografía	311



soy
Joaquín
Arcadio Pagaza

Yo, de natura admirador ferviente

de Ignacio Pichardo Pagaza, se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., ubicados en oficina de ventas Otumba núms. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040.

El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Baskerville, de John Baskerville. Concepto editorial: Félix Suárez e Iván Emmanuel Jiménez Mercado. Portada:

Irma Bastida Herrera. Formación y supervisión en

imprenta: Iván Emmanuel Jiménez

Mercado. Cuidado de la edición:

Laura Zúñiga Orta y el autor.

Editor responsable: Félix Suárez.